



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Magíster en Comunicación Política

Tesis para optar al grado de Magíster en Comunicación Política

Genealogía del racismo chileno: Ensayos sobre
***Raza Chilena* de Nicolás Palacios**

Pablo Alberto Bivort Salinas
Tesista

Hans Eduardo Stange Marcus
Profesor guía

Santiago de Chile

2022

Este trabajo ha sido financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), a través de la beca de Magíster Nacional CONICYT-PFCHA/Magíster Nacional/2018 - Folio 22180442.

La historia, genealógicamente dirigida, no tiene por meta encontrar las raíces de nuestra identidad, sino, al contrario, empeñarse en disiparla; no intenta descubrir el hogar único del que venimos, esa patria primera a la que los metafísicos prometen que regresaremos; intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan.

Michel Foucault

Agradecimientos

Además de los apoyos institucionales mencionados, me gustaría agradecer a las personas que, quizás sin saberlo, han hecho posible este trabajo.

A mis padres Bruno Bivort y Loreto Salinas, que me han entregado su amor y confianza siempre. Agradezco también a mis abuelos, con quienes también he tenido la oportunidad de compartir el pan y la vida estos últimos meses.

A Valentina Vargas, mi pareja, que ha tenido una paciencia infinita con mis obsesiones y estuvo literalmente a mi lado durante las jornadas de trabajo, siendo siempre un apoyo, desde que entré al magíster hasta que finalicé este proyecto.

Al equipo del Magíster en Comunicación Política, por sostener un espacio clave para el pensamiento crítico. Agradezco especialmente a profesores/as y compañeros/as por su amistad y generosidad, y al profesor Hans Stange, por guiar este proyecto y ofrecer innumerables aportes para este trabajo y mi formación.

A las y los colegas de la línea de “racismos, extranjería y migraciones” del NSCE y del proyecto ANID PIA ECOS 170030, especialmente a María Emilia Tijoux, que guió mis primeras aproximaciones a la obra de Palacios, y a Iván Trujillo, Gisela Valenzuela, Charlotte Gregoreski y Véronique Béneï, con quienes colaboré en diversos seminarios y espacios de reflexión sobre estas temáticas.

A Matías Sánchez, que a través del "Taller permanente de estudios nietzscheanos" del Centro Marabunta dio consistencia a un espacio de reflexión decisivo para este trabajo, sus referencias teóricas y problematizaciones.

A Gabriel Cid y Ricardo Amigo, que amablemente han compartido referencias bibliográficas de difícil hallazgo, y al equipo de la Biblioteca Nacional Digital de Chile, que ha puesto en línea la mayoría de las referencias consultadas para este trabajo.

A mis amigos y amigas, que me entregan su confianza y me siguen invitando a sus conspiraciones y delirios a pesar del reiterativo “veámoslo después de la tesis”. Ahora es cuando me toca cumplir y corresponder a su cariño.

Índice

Resumen	7
Introducción	8
Planteamiento del problema	13
Problema de investigación.....	14
Pregunta de Investigación	14
Objetivo General.....	14
Objetivos Específicos	14
Antecedentes sociohistóricos	15
La crisis de dominación oligárquica.....	15
El centenario y los ensayistas de la crisis	20
Raza y nación en Chile a comienzos del siglo XX	24
Marco teórico.....	30
Racismo.....	30
Nacionalismo	41
Discurso público político.....	51
Relación entre conceptos: racismo chileno	60
Argumento metodológico	64
Interpretación.....	64
Crítica	67
Archivo.....	70
Genealogía	71
Capítulo I. Nicolás Palacios y la <i>raza chilena</i>.....	73
Chileno de raza	74
El roto chileno.....	82
Raza chilena.....	88
Decadencia del espíritu de nacionalidad.....	98

Elementos para una genealogía del racismo chileno.....	103
Capítulo II. Monumento a la raza: debates sobre <i>Raza Chilena</i> de Nicolás	
Palacios.....	105
Monumento.....	105
<i>Raza Chilena</i> . Un libro escrito por un chileno y para los chilenos. La recepción científica de <i>Raza Chilena</i> (1904-1945)	111
La reinterpretación de <i>Raza Chilena</i> en el contexto del declive del racialismo (1945-1973)	120
El interés por la obra de Palacios en la dictadura civil-militar (1973-1986)..	126
La reedición de <i>Raza Chilena</i> (1986-1987).....	132
Documento de cultura / Documento de barbarie (1987-1988)	137
La politización del debate sobre el racismo y la recepción de la obra de Palacios en el contexto académico (1988-2020).....	145
Capítulo III. Genealogía del racismo chileno.....	151
Genealogía de la <i>raza chilena</i>	152
Nicolás Palacios, la genealogía, la historia	162
La <i>raza chilena</i> como mito político	175
Conclusiones.....	184
Procedencia de las imágenes	195
Bibliografía	196

Resumen

La presente investigación busca aportar a la comprensión y crítica del racismo chileno, describiendo desde una perspectiva genealógica el desarrollo del concepto de *raza chilena*, desde su formulación en la obra de Nicolás Palacios hasta la actualidad. Para este propósito, se analizan las obras de Palacios, los debates en torno al concepto de *raza chilena* y el aportes de diversas teorías críticas a la comprensión del racismo. El documento consta de tres capítulos, que pueden ser leídos como ensayos de crítica cultural desde el campo de la comunicación política.

En el primer capítulo se aborda el concepto de *raza chilena* y su vínculo con el surgimiento y consolidación del racismo chileno, tomando como objeto de crítica la biografía que Senén Palacios publicó sobre Nicolás Palacios, para describir, a partir de un recorrido biográfico, los argumentos centrales de la obra del médico chileno.

En el segundo capítulo se describen los debates y transformaciones en torno al concepto de *raza chilena* en el discurso público político, desde la publicación de *Raza Chilena* hasta la actualidad (1904-2020). La reflexión se articula en torno a la historia del monumento “*Raza Chilena*” u “*Homenaje al Dr. Palacios*” como metáfora de la presencia de Nicolás Palacios en el espacio público.

En el tercer capítulo se realiza una crítica genealógica del concepto de *raza chilena*, tomando como referencia el aporte de diversas teorías críticas contemporáneas y las interpretaciones académicas que se han hecho de la obra de Palacios. En base a estos elementos se profundiza en el surgimiento del concepto de raza chilena y su devenir, interpretando este proceso como la formación de un *mito político* sobre los orígenes y fundamentos de la comunidad nacional en Chile.

Los tres capítulos van precedidos por un apartado de antecedentes sociohistóricos, un marco teórico y un argumento metodológico, que permiten contextualizar de mejor manera el objeto de estudio y delimitar de forma más precisa las definiciones empleadas en el contexto del presente trabajo.

Palabras Clave: Raza chilena – Nicolás Palacios – Racismo – Nacionalismo.

Introducción

Cuando Nicolás Palacios publicó *Raza Chilena*, en 1904, el concepto de *raza* poseía una amplia legitimidad, y era considerado una de las principales formas de acceder al entendimiento de lo social, en un contexto marcado por profundas transformaciones e incertidumbres. La existencia de razas humanas, y de una jerarquía entre estas razas, era una cuestión aceptada transversalmente, e incluso era un concepto de uso común entre políticos e intelectuales.

Lo que hizo que Palacios destacara en ese contexto, y se diferenciara de sus contemporáneos, fueron sus ideas sobre la existencia de una *raza chilena* de origen araucano-gótico, que además calificó como “una raza homogénea con sentimientos i pensamientos análogos a los de las razas que han creado las naciones mas cultas i poderosas de la tierra” (N. Palacios, 1987, p. 743).

Con esta teoría, Palacios aportó un mito político al nacionalismo étnico de comienzos del siglo XX, que acogió las ideas del médico como un argumento que confirmaba la tesis de la superioridad de Chile en el contexto latinoamericano. Una idea recurrente en el periodo y que se basaba tanto en los sucesivos triunfos militares del país como en la aparente estabilidad política que lo diferenciaba de sus países vecinos. Pero además, las ideas de Palacios desempeñaron un lugar central en la reconfiguración de la identidad nacional desde una perspectiva homogeneizante, incorporando a los sectores subalternos al imaginario nacional bajo un fuerte concepto de selección social.

Es importante mencionar que la valoración de la obra de Palacios trascendió el contexto de efervescencia nacionalista de comienzos del siglo XX, ya que a pesar del paso del tiempo, y el merecido descrédito que tienen las teorías sobre las razas, su figura aún continúa teniendo una presencia significativa en la sociedad chilena, a través de monumentos, calles y conmemoraciones, que recuerdan al médico chileno y su obra. Estos homenajes, en general, no se centran en el contenido “científico” de su obra, sino en el lugar que *Raza Chilena* desempeña en la comprensión de la *chilenidad*, es decir, en la cultura e identidad nacional.

Pero no solo la figura personal de Palacios persiste, si no que también el concepto mismo de *raza chilena* continúa teniendo una presencia significativa en el imaginario nacional y en el habla cotidiana. Aún cuando hace más de medio siglo la UNESCO postuló en sucesivas declaraciones la inexistencia de las razas humanas, y advirtió del peligro que la clasificación de los seres humanos en razas representa y ha representado para la humanidad (UNESCO, 1969).

En cuanto a la presencia de ideas sobre la raza en Chile, un estudio publicado por el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) en el 2017 señala que un tercio de los encuestados considera que la mayoría o gran parte de los chilenos consideran ser *más blancos que otras personas de países latinoamericanos* y *más desarrollados que otros pueblos de Latinoamérica*. El estudio también indica que para un 71,3% de los encuestados, *con la llegada de inmigrantes a Chile hay mayor mezcla de razas*, y un 68% de los encuestados está de acuerdo con medidas que limiten el ingreso de inmigrantes a Chile (Instituto Nacional de Derechos Humanos, 2017).

Así mismo, publicaciones académicas como *Historias de racismo y discriminación en Chile*, editado por Rafael Gaune y Martín Lara (2009) y *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración*, editado por María Emilia Tijoux (2016), recogen diversas investigaciones sociales que confirman la persistencia de imaginarios y prácticas racistas en la sociedad chilena, y destacan el preocupante auge que ha tenido este fenómeno en los últimos años.

Entre los factores que la opinión pública ha esgrimido para explicar la fuerza que ha adquirido el racismo en las últimas décadas, se señala que este se produce como reacción a los procesos recientes de inmigración en Chile. Desde nuestro punto de vista, la acentuación del racismo no se explica exclusivamente por transformaciones demográficas, sino que debe ser comprendida en el marco de procesos más complejos de redefinición de las identidades nacionales y de adaptación del racismo a nuevos contextos y sentidos. Esto implica dirigir la mirada a la historia nacional, con su amplio repertorio de violencias, humillaciones y racializaciones. Es decir, los motivos que explican el *racismo chileno* deben ser buscados en su propia historia.

Para comprender la historia del racismo chileno es necesario reflexionar sobre los discursos, imágenes y mitologías a través de los que Chile se ha constituido, usando una expresión de Balibar, como una comunidad racista (1991). Esto exige poner atención necesariamente a aquellas doctrinas y planteamientos que ofrecieron un fundamento para la idea de esta supuesta raza chilena.

La teoría de Nicolás Palacios sobre la raza chilena sistematizó y otorgó una apariencia científica a prejuicios e imaginarios raciales que circulaban ampliamente en el periodo, y que en general provenían del racialismo europeo. Pero también fue un discurso que dio lugar a una forma nacional de racismo, que afirma la existencia y superioridad de una raza en Chile, y que en el contexto de este y otros trabajos hemos definido como *racismo chileno*.

Es a partir del interés por comprender el surgimiento de éste discurso que nos hemos interesado por las ideas de Palacios. Expresadas en un conjunto de textos que de acuerdo a nuestra interpretación desempeñan en la historia del racismo chileno un papel fundacional y estructurante. Desde nuestra perspectiva, el concepto de *raza chilena* desarrollado por Palacios tiene un lugar central en la configuración de los debates y discursos públicos sobre la cuestión racial en Chile, desde que Palacios propone la existencia de esta raza hasta la actualidad. Esta permanencia, por más de un siglo, ha sido posible por la forma en que las ideas de Palacios han sido reinterpretadas y resignificadas en diversas coyunturas, donde, con posterioridad al declive del racialismo, se ha puesto énfasis en otros aspectos de su obra, como su contenido patriótico o su relevancia en la construcción de la identidad nacional.

Se puede señalar que las ideas de Palacios efectivamente han desempeñado un papel relevante en la construcción de la *chilenidad*. Pero a diferencia de los defensores de Palacios, consideramos que la historia de la *raza chilena* no ha sido para todos una historia de glorias militares y empuje de la raza, sino el fundamento de una verdadera historia nacional de la infamia, donde el horror y la violencia han sido la contracara permanente de las festividades y homenajes a la raza y la nación. En ese contexto, la historia de la *raza chilena* es indisociable del racismo chileno.

Si se atribuye esta relevancia a la obra de Palacios es fundamentalmente por el impacto que algunas de sus ideas han tenido en representaciones culturales que ocupan un papel decisivo en la identidad chilena, como la exaltación del roto chileno, la reivindicación del factor militar en la constitución de la sociedad chilena, y la idea de que en Chile existe solo una raza, a la que se atribuyen determinadas actitudes y cualidades morales.

Estas ideas han constituido un fundamento recurrente para el nacionalismo y el racismo en Chile, contribuyendo a la construcción identitaria de la sociedad chilena desde una perspectiva homogeneizante y totalizante, negando la diversidad cultural del país y estableciendo a conveniencia una distinción entre buenos y malos chilenos. O como diría Palacios, entre quienes son chilenos de raza, fieles representantes de la identidad nacional, y quienes sólo son chilenos de nacimiento, cuyas acciones amenazan la unidad de la nación y podrían provocar su disolución (N. Palacios, 1987). Este discurso, con distintos énfasis, ha desempeñado un papel fundamental en el disciplinamiento social en Chile, y fue el sustento de un proyecto político nacionalista que disputó terreno tanto al liberalismo de corte europeo que propugnaban las elites criollas como al marxismo, como ideas que se consideraban ajenas al alma nacional y una amenaza para la unidad del país.

Una reflexión sobre el contexto teórico en que surge la obra de Palacios permite comprender el contexto social y político en que se produce esta reconfiguración del discurso sobre la nación y las razas en Chile, y cartografiar la influencia del nacionalismo étnico y el racialismo europeo en la obra de Palacios. Este último factor es relevante, porque permite desmontar tanto aquellas narrativas nacionalistas o patrimoniales que representan las ideas de Palacios como una producción exclusivamente autóctona —fruto de un conocimiento profundo del ser nacional—, como aquellas interpretaciones que reivindican a Palacios pretendiendo que se puede pasar por alto el racismo explícito de su obra porque este no sería el aspecto más relevante de su producción intelectual. Dos estrategias que en conjunto han dado lugar a una reivindicación de *Raza Chilena* de Palacios como un bien cultural o documento de cultura.

El concepto de *documento de cultura* lo recogemos de la obra de Walter Benjamin, que en sus tesis sobre el concepto de historia señala que:

Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea también de barbarie. Y como él mismo no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión por el que ha pasado de unas manos a otras (Benjamin, 2018, p. 311).

Desde esta perspectiva, los bienes culturales representan una especie de botín de guerra, cuyo proceso de circulación disimula las guerras y enfrentamientos que están en su origen. Consideramos que el proceso de reconsideración de la obra de Palacios como un bien cultural ha operado bajo esta lógica, porque en su transmisión, se ha disociado el concepto de *raza chilena* del contexto de barbarie y violencia que lo constituye y reactualiza, como el seleccionismo racial de comienzos del siglo XX, la exaltación de la figura de Palacios en el contexto de la dictadura pinochetista, y el rescate del médico chileno por parte de la ultraderecha chilena.

Frente a este contexto de reapropiación y resignificación nos preguntamos, ¿A través de qué procesos un documento de barbarie puede ser reconsiderado como documento de cultura? ¿Cómo es que un texto de un contenido racista tan explícito y descarnado puede tener tal influencia luego del declive del racismo?

La genealogía del racismo chileno que se propone en el presente trabajo busca aportar a la comprensión de estos problemas, poniendo en tensión el vínculo que existe entre el surgimiento del concepto de *raza chilena* y el desarrollo del racismo chileno, a través de un análisis genealógico de la historia de los discursos, prácticas, instituciones y monumentos vinculados al concepto de *raza chilena*. En esta genealogía, se concede un especial interés a la transformación histórica de este concepto, que ha pasado de ser un concepto “científico” con connotaciones sociobiológicas y una voluntad de verdad fuerte, a un concepto que en la actualidad se reivindica como una simple metáfora para defender la identidad nacional. Constituyendo un ejemplo de la forma en que, contemporáneamente, el racismo puede prescindir de un concepto biológico de raza para manifestarse bajo la forma de un racismo cultural (Balibar & Wallerstein, 1991).

Planteamiento del problema

El objetivo general del presente trabajo es comprender cómo se ha desarrollado la historia del concepto de *raza chilena* desde su formulación en la obra de Nicolás Palacios hasta la actualidad (1904-2020). Nos centramos específicamente en el concepto de *raza chilena* porque, tal como hemos señalado, consideramos que es una categoría que desempeña un papel central en el surgimiento de lo que en el presente trabajo conceptualizamos como *racismo chileno*. Tanto la delimitación espacio-temporal del objeto de estudio como la selección del archivo de esta investigación han sido llevadas a cabo a partir de criterios teóricos y sociohistóricos. Constituyendo esta investigación un trabajo de carácter genealógico que se realiza a través de tres objetivos específicos.

El primer objetivo de la investigación es caracterizar el concepto de “raza chilena” formulado por Nicolás Palacios, a través de un análisis de las ideas que el médico chileno desarrolla en su libro *Raza Chilena* (1904) y en la conferencia *Decadencia del espíritu de nacionalidad* (1908). Esta revisión permitirá determinar de forma más clara cuales son las implicancias que tiene el concepto de *raza chilena* y su lugar en el surgimiento del racismo chileno.

El segundo objetivo de la investigación es describir los principales debates en torno al concepto de *raza chilena*, y cuales son las principales transformaciones o reinterpretaciones que ha habido de este concepto en el ámbito del discurso público político. Un trabajo que se lleva a cabo a través de un análisis exhaustivo de los debates en torno a la obra de Palacios en el contexto de la prensa escrita y en bibliografía académica y no académica.

El tercer objetivo de la investigación, teniendo en cuenta tanto el análisis del concepto de *raza chilena* como su presencia en el discurso público político, es llevar a cabo una *crítica* del concepto de *raza chilena* desde una perspectiva genealógica. Este trabajo se lleva a cabo interpretando el desarrollo del concepto de *raza chilena* a partir de los aportes de la teoría crítica contemporánea. Tomando en cuenta las interpretaciones que se han realizado de la obra de Palacios en las últimas décadas.

Problema de investigación

Pregunta de Investigación

¿Cómo se ha desarrollado la historia del concepto de “raza chilena” desde su formulación en la obra de Nicolás Palacios hasta la actualidad? (1904-2020).

Objetivo General

Comprender cómo se ha desarrollado la historia del concepto de “raza chilena” desde su formulación en la obra de Nicolás Palacios hasta la actualidad (1904-2020).

Objetivos Específicos

- Caracterizar el concepto de “raza chilena” formulado por Nicolás Palacios, a partir de un análisis de su obra y su relación con el surgimiento y consolidación del racismo chileno.
- Describir los debates y transformaciones en torno al concepto de “raza chilena” en el ámbito del discurso público político, desde la publicación de la obra homónima de Nicolás Palacios a la actualidad (1904-2020).
- Criticar el concepto de “raza chilena” desde una perspectiva genealógica, tomando como referencia los aportes de la teoría crítica contemporánea y las interpretaciones de la obra de Nicolás Palacios.

Antecedentes sociohistóricos

Aunque la genealogía del concepto de raza chilena desarrollada en el presente trabajo abarca hasta la actualidad, se ha optado por circunscribir el apartado de antecedentes sociohistóricos al periodo específico en que se desarrolla la obra de Nicolás Palacios. Es decir, al periodo que comprende entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Esto con la consideración de no redundar ni presentar de forma descontextualizada acontecimientos posteriores que se abordarán de forma extensa en nuestro análisis. Se describe, por tanto, el contexto inmediato de Nicolás Palacios, atendiendo tanto a los principales procesos políticos y sociales del periodo como al contexto teórico en que se desarrolla su obra.

La crisis de dominación oligárquica

El periodo que abarca desde fines del siglo XIX a comienzos del siglo XX ha sido caracterizado, tanto en Chile como en el resto del continente, como un periodo de *crisis de dominación oligárquica*, debido a que los procesos de modernización económica y diversificación de la estructura social que se desarrollaron en esa coyuntura tuvieron como consecuencia un agotamiento del proyecto político de las oligarquías continentales y su capacidad hegemónica (Carmagnani, 1984).

Hasta ese momento, y a pesar de las sucesivas pugnas interoligárquicas, la oligarquía ejercía un liderazgo indiscutido en la sociedad chilena. Como señala Corvalán:

La clase alta decimonónica, al menos hasta el cambio de siglo, fue capaz de mantener su hegemonía intelectual y moral sobre prácticamente el conjunto de la sociedad chilena, quizá con la excepción de grupos menores. Tal cosa daba lugar a lo que podríamos denominar como la unidad del bloque nacional (Corvalán, 2009a, p. 123).

Pero esta hegemonía comenzó a verse amenazada por el desarrollo de tres procesos sociales que tuvieron lugar en ese periodo, que a pesar de haber sido

considerados en su momento como un triunfo para el Estado chileno y las oligarquías, implicaron una profunda reestructuración de las relaciones sociales y la emergencia o incorporación de nuevos actores sociales, que complicaron el desempeño de la oligarquía como clase dirigente, dando lugar a un periodo caracterizado por el pesimismo y una sensación de crisis.

El primer hecho a considerar es la Guerra del Pacífico. Un conflicto bélico que se desarrolló entre 1879 y 1884, y que enfrentó a Chile con los aliados Perú y Bolivia. Esta disputa terminó con el triunfo chileno y el control de ese país sobre el recurso salitrero, otorgando al país un monopolio que dio pie a un periodo de prosperidad económica, sin olvidar que esto provocó que la economía se basara en “una precaria base monoexportadora sometida a violentas fluctuaciones comerciales y a un preocupante control extranjero” (Pinto, 2016, p. 18).

Pero esta victoria militar no solo implicó una expansión geográfica y económica, si no que trajo profundas transformaciones culturales. Se consolidó tanto a nivel local como internacional la imagen de Chile como una potencia militar, al menos a nivel continental (Pinto, 2016), y se produjo una complejización de la estructura social del país (Correa, Figueroa, Jocelyn-Holt, Rolle & Vicuña, 2001). La expansión económica provocada por el salitre había implicado un crecimiento significativo del proletariado minero y sus respectivas organizaciones (Torres, 2010), lo que llevó al Estado a emprender un proceso de nacionalización y disciplinamiento de la fuerza laboral que no estuvo exento de tensiones. Las clases populares proletarizadas fueron progresivamente adquiriendo más conciencia y organización, representando una amenaza para “la rígida hegemonía económica, política y social que ejercían los grupos dirigentes” (Godoy, 1973, p. 33), lo que se tradujo en una intensificación del conflicto entre la oligarquía y las clases populares. Como señala Julio Pinto:

La supuesta unidad nacional se veía desmentida por la creciente intensidad de las luchas sociales, así como por la violencia con que el Estado oligárquico reprimía las demandas populares (Pinto, 2016, p. 18).

La modernización económica además provocó una ampliación de las capas medias, un segmento de la sociedad que en este periodo comenzó a “asumir rasgos políticos propios, tanto en contraposición a la oligarquía como a los estratos sociales inferiores” (Carmagnani, 1984, p. 135). Es así como surge, en este contexto, una intelectualidad mesocrática con un diagnóstico crítico de la situación nacional y el desempeño de las clases dirigentes, de la cual Nicolás Palacios es uno de sus más destacados representantes.

Hasta este periodo la economía chilena se había estructurado fundamentalmente bajo el esquema de la hacienda, que permitía a la oligarquía ejercer un dominio efectivo sobre el campesinado y aseguraba su representación política a través de cohecho y redes clientelares (Faletto & Ruiz, 1972). Un esquema de dominación en el que las clases populares y medias no tenían un lugar preestablecido. Las clases dominantes, por su parte, también vieron modificada su composición en ese periodo, porque el poder político y económico dejó de estar concentrado en los terratenientes para ampliarse a empresarios mineros del cobre y de la plata, pioneros del salitre, agricultores modernos y banqueros (Góngora, 2010).

Un segundo hecho relevante para comprender el desarrollo de la crisis de dominación oligárquica fue la guerra civil de 1891, un conflicto bélico que enfrentó a los partidarios del presidente José Manuel Balmaceda y a los partidarios del Congreso. El triunfo de esta última facción dio lugar a un periodo que se conoce como república parlamentaria, que para Mario Góngora, marcó el término del *régimen portaliano*, es decir, de la construcción del Estado chileno bajo la figura de un poder ejecutivo fuerte e impersonal (2010, p. 96). Esta transformación política, que en su momento fue caracterizada como una *revolución aristocrática*, no se tradujo en una relegitimación de las élites, si no que profundizó el cuestionamiento a su liderazgo, ya que el periodo parlamentario fue percibido por sus críticos como un periodo de estancamiento político, corrupción, declive de la autoridad nacional e indiferencia frente a la *cuestión social* (Correa et al., 2001; Góngora, 2010).

Un tercer proceso relevante para comprender el periodo está dado por “la llamada *pacificación de la Araucanía*, es decir, la conquista total del territorio mapuche y su

incorporación subordinada y forzada a la nación” (Santa Cruz, 2010, p. 99) que concluye en 1883. Un proceso que, tal como señala Eduardo Santa Cruz, permanece en un plano subordinado por la historiografía tradicional (2010, p. 99), pero que es de especial interés para nuestro trabajo, en tanto que la incorporación forzada del pueblo mapuche, a la que hace referencia Santa Cruz, implicó una transformación en la narrativa de la nación.

Desde el periodo de independencia, la relación entre el Estado chileno y el pueblo mapuche se había desarrollado fundamentalmente en un lenguaje bélico, “en donde el Estado chileno ejerció una presión sobre las tierras mapuches, constituyéndolo como un enemigo interno” (Mardones, 2017, p. 219). Sin embargo, y de forma paradójica, la mitología nacionalista y militar acudía frecuentemente a la idea de una continuidad entre la nación chilena y el pasado indígena. Como señala Láscar, “el Estado, aprovecha de suplir sus carencias fundacionales (legitimidad histórica para reclamar su soberanía) conectando su presente al pasado militar mapuche, para mostrarlo como su propio pasado” (2007, p. 137).

Esta idea de una continuidad entre la nación chilena y el pasado indígena, fuertemente vinculada a la mitología militar y a la idea de Chile como un país guerrero, tuvo una de sus expresiones más concretas en la teoría de Palacios sobre la raza chilena, ejemplificando cómo a partir de este periodo se incorpora al indígena “en el cuerpo de la nación” (Trujillo, 2017, p. 58), pero se excluye al sujeto indígena concreto, constituyendo esta asimilación una forma de negación. De esa forma, se construye toda una mitología en torno a la figura del *araucano* que puede remontarse a la obra de Alonso de Ercilla (Mardones, 2017), pero se desarrolla una relación ambivalente con el *mapuche* como sujeto concreto, en un proceso que no ha estado exento de tensiones y que constituye, junto a los factores que hemos revisado, uno de los principales antecedentes de este periodo de crisis y de la posterior reconfiguración del nacionalismo y la identidad chilena, que debió abordar necesariamente la relación con los pueblos y territorios incorporados.

En síntesis, se puede establecer que a través de estos tres procesos comienza a gestarse un ánimo de crisis transversal en la sociedad chilena, cuyos principales

factores fueron la modernización económica y política y la expansión territorial, como factores que gestaron una transformación y heterogeneización de la estructura social, que entró en tensión con el proyecto hegemónico de las oligarquías. Así, la emergencia y politización de los sectores populares fue considerada un factor de inestabilidad y división de la nación, mientras que la diversificación de las clases dirigentes y la creciente influencia de inmigrantes fue interpretada como un factor que introdujo en la élite de la época “el espíritu especulativo y financiero” (Góngora, 2010, p. 83) que provocó su decadencia, con la introducción de mercaderes que tenían un criterio puramente mercantil y no estaban identificados con el proyecto nacional. Argumento que estuvo a la base de los principales análisis del nacionalismo antioligárquico.

Lo cierto es que la sensación de crisis tuvo como consecuencia una transformación en el panorama político, que se tradujo en la emergencia de un nacionalismo antiliberal con vocación de masas, y en una reconfiguración general del debate político. Como señala Gazmuri:

Prueba de esta conciencia de crisis es que, en oposición a la ideología liberal dominante, ciertos grupos comienzan a mirar con añoranza las ideas y gestiones políticas autoritarias de la primera mitad del siglo XIX. Se enaltecen las figuras de Portales, Montt y otros.

Otros sectores toman rumbos diferentes en su afán de enfrentar la crisis nacional. Los partidos Conservador y Liberal (en sus varias facciones) no van más allá de un cambio en la retórica, pero el Partido Radical, sin abandonar sus objetivos laicizantes y anticlericales, incorpora a su programa político ideas de reivindicación económica y justicia social. Por otra parte, nacen grupos de ideas socialistas o anarquistas en el norte salitrero, en los puertos, en las minas de carbón de Arauco (Gazmuri, 1981, p. 226).

Pero la crisis de dominación oligárquica también tuvo una expresión en el debate intelectual y el discurso público político, donde se esbozaron diversos diagnósticos sobre la crisis y lo que se interpretaba como un proceso de decadencia de la nación.

Surgen en ese contexto una pluralidad de autores que compartían la crítica a la oligarquía y a la forma en que se estaba conduciendo el país, entre los que se puede contar a Nicolás Palacios. Estos autores, a pesar de diferir en los diagnósticos y propuestas, poseen algunos rasgos comunes, por lo que han sido incluidos por la historiografía o clasificados en lo que se conoce como *la generación del centenario* (Gazmuri, 1979) o *la literatura de la crisis* (Góngora, 2010), por el periodo en que desarrollan sus reflexiones y el tono crítico de su propuesta.

El centenario y los ensayistas de la crisis

El centenario de la república, en 1910, fue un contexto caracterizado por un amplio debate, teñido de autocrítica y pesimismo, sobre el rumbo que estaba tomando la nación. Aunque se desarrollaron una serie de lujosas celebraciones, estas estuvieron protagonizadas fundamentalmente por la élite y sus pares de otros países. No se podía distinguir los actos de Estado de las celebraciones privadas organizadas por las familias de la clase alta, pues “la élite que lideró los festejos identificaba el pasado de la nación con la historia de sus familias, y la gesta independentista con el heroísmo de sus antepasados” (Correa et al., 2001, p. 43). Al punto que el centenario terminó pareciendo una competencia entre grandes familias.

Sin embargo y tal como se ha señalado, emergieron en este periodo diversas voces disidentes, que expresaron el “clima de malestar generalizado y compartido” (Pinto, 2016, p. 19) que existía en el periodo. Se trata de un conjunto de autores, en su mayoría hombres pertenecientes a las clases medias y las élites de provincia, que publicaron diversas intervenciones sobre la situación nacional, en una discusión que estuvo atravesada tanto por los rasgos de la crisis de dominación oligárquica como por la *cuestión social*, es decir, el debate sobre las condiciones de vida de la clase trabajadora y la necesidad de una legislación que se hiciera cargo de esta situación.

La imagen que presentaban estos autores “no se condecía con la imagen de Chile suscrita por gran parte de la clase dirigente, satisfecha con las realizaciones del pasado, que, en general, percibía como una herencia viva, todavía operante”

(Correa et al., 2001, p. 44). Una cosa que demostraba por una parte las tensiones políticas que existían en el periodo y la desconexión que existía entre las élites y el conjunto de la sociedad. Entre las principales críticas que la generación del centenario hizo a la oligarquía estaba el afrancesamiento exagerado de sus costumbres, el deterioro del modo de ser aristocrático y el afán por la apariencia y el dinero (Subercaseaux, 2010, p. 27).

Entre los autores que se han considerado en el contexto de esta generación destaca en primer lugar la figura de Nicolás Palacios. Sobre su inclusión en la generación del centenario, corresponde señalar que Palacios se hizo un lugar en el ambiente intelectual con la publicación de su obra *Raza Chilena* de 1904, y que también es mencionado frecuentemente en el contexto de esta generación por su conferencia *Decadencia del espíritu de nacionalidad* de 1908, donde acusó una crisis moral de la sociedad chilena y su élite dirigente (2011). Como se ha señalado, Palacios hizo una exaltación del pueblo chileno tomando como referencia el racialismo y el nacionalismo étnico, y desarrolló una extensa crítica a la oligarquía, cuya decadencia atribuía a la mezcla con un elemento extranjero de origen latino que introducía ideas ajenas a la chilenidad (N. Palacios, 1987), una propuesta intelectual que iba en sintonía con el diagnóstico crítico del periodo y con las corrientes teóricas en boga en otras partes del mundo.

Otro autor relevante en este contexto —que al igual que Palacios ha sido considerado como un autor representativo de la generación del centenario y del nacionalismo étnico—, es Tancredo Pinochet, quien publicó en 1909 su ensayo *La conquista de Chile en el siglo XX*, donde denunció lo que consideraba una influencia extranjera en el país, especialmente en la economía, y acusó una falta de sensibilidad social por parte de la elite (Pinochet, 1909).

Un tercer autor representativo de este contexto fue el profesor Alejandro Venegas, que bajo el seudónimo de Dr. J. Valdés Cange publicó en 1910 su obra *Sinceridad: Chile íntimo en 1910*, una serie de epístolas en donde desarrolla la idea de esta crisis moral, a partir de reflexiones sobre el sistema educativo, la corrupción en los servicios públicos y la desigualdad social (Valdés, 1910).

Surge además en este periodo una historiografía nacionalista-conservadora, que se planteó críticamente frente a la historiografía liberal del siglo XIX y el tipo de sociedad que se había heredado de ese periodo (Pinto, 2016, p. 14), expresando en su producción historiográfica, o bien una añoranza del periodo colonial y el *reyno de Chile*, o una reivindicación del régimen portaliano, considerando su presente “como los tiempos sombríos posteriores a una edad de oro marcada por el auge nacional en el concierto hispanoamericano” (Correa et al., 2001, p. 46). Los autores más descolantes de esta tradición fueron Alberto Edwards y Francisco Encina. El primero de ellos estableció las bases de esta tradición en sus obras *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* de 1903 y *La fronda aristocrática* de 1927, donde planteó la tesis de que la decadencia de Chile estuvo dada por un alejamiento del orden portaliano. Para Edwards, el ministro Portales había establecido a comienzos del siglo XIX un gobierno impersonal y legítimo, que no era una ruptura sino una restauración del orden colonial (Pinto, 2016). Francisco Encina, por su parte, “reproduce, aunque con un sesgo más marcadamente racista, la apología al Estado portaliano, a los personajes providenciales y al orden tradicional” (Pinto, 2016, p. 30) de Edwards, incorporando a esta interpretación conservadora una marcada influencia de las ideas de Palacios y sus tesis sobre el origen étnico de la sociedad chilena.

También hubo en este periodo críticas formuladas desde los sectores populares, siendo el caso del sindicalista Luis Emilio Recabarren el más conocido, que en su texto *Ricos y Pobres* cuestionó la celebración del centenario, que consideraba un evento que solo era motivo de celebración para las clases dominantes (Correa et al, 2010). Para Recabarren, “nada tenían las grandes mayorías populares que celebrar de un siglo de vida independiente y republicana” (Pinto, 2016, p. 18).

Es importante señalar que además existieron voces autocríticas dentro de la oligarquía, como fue el caso del senador radical Enrique Mac-Iver y el escritor Luis Orrego Luco, quien “denunciaba a su propia clase retratando ácidamente en sus novelas sus vicios y claudicaciones” (Pinto, 2016, p. 19).

Como se puede ver, aunque estos autores compartían un cierto pesimismo y desconfianza en las oligarquías del periodo, no todos tenían el mismo origen social ni el mismo punto de vista sobre los problemas políticos y sociales. Las interpretaciones que adquirieron más relevancia en ese contexto, en concordancia con las tendencias intelectuales en boga y el ambiente intelectual a nivel internacional, fueron las que estuvieron vinculadas al “nacionalismo mesocrático y étnico” (Subercaseaux, 2010, p. 27), representado por autores como Palacios, Pinochet y Encina.

Estos autores emplearon una serie de metáforas sociobiológicas para explicar los fenómenos sociales, con una particular recepción del pensamiento racialista europeo, que fue acompañado por el impulso de un nacionalismo político que fue en la misma medida antioligárquico y contrarrevolucionario. Para Subercaseaux, el nacionalismo ofreció un discurso cohesionador para una sociedad en crisis y en proceso de transformación, y permitió desarrollar un concepto de nación más amplio e inclusivo que los discursos oligárquicos sobre la nación, lo que explica su éxito en este periodo y su transversalidad (2010).

A pesar de la clara influencia que el racialismo europeo y el darwinismo social tuvieron en estos autores, el nacionalismo chileno, como parte de su propia mitología, ha postulado que la producción intelectual de estos autores no estuvo marcada por influencias extranjeras, sino que sería más bien representativo de ciertas esencias nacionales o un conocimiento acabado del ser nacional (Corvalán, 2009a). Se ha afirmado, por ejemplo, que "los ensayistas sociales de comienzos del siglo XX parten del análisis de la sociedad chilena, con escaso aparato doctrinario y teórico pero mayor consideración de los datos de la realidad" (Godoy, 1973, p. 32), contraponiendo estos autores a la intelectualidad liberal del siglo XIX cuyo trabajo era mucho más doctrinario y especulativo. Para contrastar esta noción y desmitologizar los orígenes del nacionalismo chileno, es necesario considerar la influencia del racialismo europeo y el nacionalismo étnico (Hobsbawm, 2000a) en este conjunto de autores, para ver en qué medida las ideas sobre la raza y la nación en Chile se nutrieron de una coyuntura teórica y política más amplia.

Raza y nación en Chile a comienzos del siglo XX

La crisis de dominación oligárquica también implicó una crisis del imaginario sobre la comunidad nacional, siendo la nación y la nacionalidad categorías sometidas a un intenso debate, que implicó una ampliación y reconfiguración de la forma en que hasta ese momento se concebía la comunidad nacional. En el periodo oligárquico, tal como señala Subercaseaux, se establecía “una ecuación entre sectores dominantes y nación” (2010, p. 11), primando un concepto de comunidad nacional elitista y excluyente, donde sólo eran parte del imaginario nacional las elites criollas. Los demás sectores de la sociedad, o bien eran excluidos de este imaginario, o eran considerados como resabios de un pasado que representaba un obstáculo para la modernización y el progreso, como era el caso de los pueblos originarios. Bajo este imaginario, se concebían “los particularismos y las diferencias culturales como un estorbo” (Subercaseaux, 2010, p. 21), porque atentaban contra el concepto homogeneizador y excluyente sobre el que se asentaron las repúblicas americanas luego de los procesos de independencia.

El discurso de homogeneidad se había implementado con relativo éxito, siendo Chile a comienzos del siglo XX una nación que se percibía como culturalmente europea. De allí el mito que definía al país como la Suiza o Inglaterra de América Latina, y el mito nacionalista de su excepcionalidad en el contexto latinoamericano (Subercaseaux, 2010, p. 22), pero la crisis de dominación oligárquica provocó que ese imaginario nacional perdiera fuerza de convocatoria y debiese ser actualizado.

Esta actualización adoptó la forma de una ampliación de la narrativa de la nación, que tuvo como propósito integrar y asimilar a los sectores populares, medios e indígenas, que a raíz de las transformaciones que hemos comentado adquirieron cada vez más protagonismo. Esta integración se desarrolló en Chile fundamentalmente a partir de la categoría de raza, bajo el supuesto de que existía en el país una sola raza, con características homogéneas, bajo un concepto de mestizaje que negaba la diversidad (Subercaseaux, 2010). Es decir, se continuó apelando a la unidad y homogeneidad de la nación, pero ampliando lo que se entendía por nación al conjunto de la sociedad chilena. Esto se tradujo en términos

discursivos en una reivindicación de los sectores populares en clave nacionalista, bajo la figura del *roto chileno*, y en una mitologización del pasado indígena bajo la figura del *araucano*. Una integración que sin embargo negó la experiencia de los obreros y mapuche como sujetos concretos.

Bernardo Subercaseaux caracteriza este periodo como de *integración*, por la forma en que en este contexto se:

Incorpora discursivamente a los nuevos sectores sociales y étnicos que se han hecho visibles, reformulando la idea de nación hacia un mestizaje de connotaciones biológicas o culturales y confiriéndole al Estado un rol preponderante como agente de integración. Se trata de una reelaboración identitaria en la que subyace —en un contexto de crisis y cambios— la preocupación por mantener la cohesión social (Subercaseaux, 2010, p. 17).

La iniciativa de incluir, aunque solo fuese simbólicamente, a los sectores medios, populares e indígenas (Subercaseaux, 2007), se amparó en los supuestos del nacionalismo étnico, apelando a una identidad nacional compartida que permitió reajustar el imaginario republicano que regía desde la época de la independencia, y mantener la idea de una excepcionalidad chilena en el contexto latinoamericano, que ya no se basaba en una reivindicación de las oligarquías y su carácter modernizador, como en el siglo XIX, sino en el supuesto de una diferencia étnica o racial, que identificaba al conjunto de la sociedad chilena con las razas consideradas jerárquicamente superiores.

La teoría de la *raza chilena*, y la identificación del destino de esa *raza* con el de la nación corresponden a Nicolás Palacios, pero el uso de la categoría de raza en Chile se remonta a fines del siglo XIX, siendo un concepto de uso común en artículos de revistas y periódicos sobre la guerra del pacífico (Subercaseaux, 2007), un periodo de amplia efervescencia nacionalista en que se comienza a gestar la idea de que una diferencia racial chilena con respecto a los demás países mestizos del continente explicaba sus aptitudes militares y el aparente éxito que tenía la nación con relación a sus países vecinos (Klaiber, 1978; Subercaseaux, 2007).

Subercaseaux destaca que la categoría de raza chilena como base étnica de la nación es una invención intelectual que carece de fundamento objetivo, señalando que es también una invención emocional, que “obedece a una racionalidad distinta a la científica, más próxima a las zonas oscuras y misteriosas del ‘nacionalismo’ y la ‘religión’ que a la del conocimiento racional y empírico” (Subercaseaux, 2007, p. 30). Esto implica que, como representación, se ubicó “en un régimen de verosimilitud y credibilidad, y no en uno de veracidad” (Subercaseaux, 2007, p. 31). Como se plantea en el contexto del presente trabajo, la idea de una raza chilena desempeñó un papel significativo en la producción simbólica de la nación, a través de su figuración en el contexto del discurso público político.

Pero estas ideas solo pudieron adquirir relevancia en el contexto que estamos señalando porque a nivel internacional existía un contexto teórico que avalaba este tipo de hipótesis, siendo el nacionalismo étnico y el racialismo dos doctrinas que estaban en boga en ese momento. Estas ideas, en el contexto de crisis y modernización tuvieron una amplia acogida en la intelectualidad latinoamericana, siendo predominante la influencia del nacionalismo francés en los países del Atlántico y del nacionalismo alemán en el caso chileno (Corvalán, 2009a, p. 109). A esta influencia es necesario incorporar el racialismo europeo y el darwinismo social como doctrinas relevantes en el periodo.

Las teorías sobre la existencia de razas humanas fueron recepcionadas en Chile sobre todo bajo la influencia de Gustave Le Bon, “el darwinista social más leído y citado en América Latina” (Subercaseaux, 2007, p. 33), y por el estudio directo o indirecto de autores como Gobineau, Vacher de Lapouge, Spencer y Chamberlain¹, que ofrecieron los fundamentos para el pensamiento racialista a partir de las nociones de lucha, mezcla y selección de razas (Geulen, 2010).

Además de la intelectualidad, “las ideas nacionalistas también fueron recepcionadas por la mesocracia militar, en particular por la oficialidad media y

¹ En el capítulo 1 del presente trabajo se desarrolla una exposición más detallada sobre el lugar que cada uno de estos autores tiene en el pensamiento de Palacios y su contribución específica a la teoría de la raza chilena.

medio alta del ejército” (Corvalán, 2009a, p. 144), en el contexto de los procesos de profesionalización del ejército bajo la dirección de instructores prusianos (Corvalán, 2009a).

El pensamiento racialista y nacionalista también desempeñó un papel central en el desarrollo de políticas educacionales y sociales en el periodo, las que estuvieron atravesadas por un discurso sobre el progreso y el desarrollo de la raza que adoptó “el higienismo como sustento científico y el patriotismo como motivación política” (Mardones, 2017, p. 201). Situación que se expresó a través de diversas instituciones estatales y paraestatales que desarrollaron propuestas vinculadas al concepto de raza chilena y a la defensa de la nacionalidad, combinando las ideas de Palacios sobre la raza chilena con prácticas eugenésicas e higienistas.

Francis Galton, primo de Darwin fue quien primero acuñó el término de eugenesia, para designar el estudio de los factores socialmente controlables para mejorar las cualidades raciales (Subercaseaux, 2007), tales como la higiene social, la lucha contra el alcoholismo, la mejora de la vivienda y la nutrición. A propósito de estas ideas se propusieron medidas como la esterilización de locos, criminales, sifilíticos y alcohólicos, como una medida de eugenesia negativa que buscaba “prevenir la descendencia con taras hereditarias” (Subercaseaux, 2007, p. 56) y otro tipo de medidas “*positivas*” que apuntaban al mejoramiento y defensa de la raza.

En el caso chileno, destaca el caso de Carlos Fernández Peña, un destacado médico que participó en la fundación de dos instituciones que conocieron y promovieron estas ideas: la *Asociación Nacional de Educación* y la *Liga Chilena de Higiene Social*, que fijaron entre sus propósitos la preservación y desarrollo de la raza chilena (Subercaseaux, 2007). En la Asociación Nacional de Educación participaron algunos de los personajes más representativos de este contexto, siendo Palacios uno de sus fundadores y principales ideólogos (Subercaseaux, 2010) y Francisco Antonio Encina y el futuro presidente Pedro Aguirre Cerda (Ramos & Falabella, 2019) dos miembros relevantes.

La Asociación Nacional de Educación impulsó en 1910, por iniciativa de Germán Muñoz, la creación de la *Sociedad Nacional de Protección y Fomento de la Raza Chilena* (Subercaseaux, 2007), cuyos fines propuestos eran el desarrollo de estudios científicos orientados a “seleccionar naturalmente una raza chilena sana de músculo y cerebro” (Subercaseaux, 2007, p. 58), realizar trabajos de propaganda, exposiciones de homocultura donde se otorgara premios a los mejores ejemplares de la raza chilena, y organizar, en el marco de las actividades del Centenario de la Independencia, un concurso de “guaguas menores de un año, es decir de todas las nacidas en el Centenario de 1910, otorgando premios a las más sanas y mejor constituidas” (Subercaseaux, 2007, p. 59). Se propuso también crear una “fiesta de la Raza Chilena en que se otorgarían premios a las familias mas numerosas y mejor constituidas” (Subercaseaux, 2010, p. 102)

Esta propuesta se concretó, de forma oficial, unas décadas después, con la creación de la *Secretaría General de la defensa de la Raza* en el año 1939, en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Una institución que transformó el discurso sobre la raza chilena en una política de Estado. Cuando se decreta la formación de ésta institución, Aguirre pronunció un discurso, en el que habló sobre:

El amor a la raza, a la raza chilena, ese conjunto social que para nosotros es todo nuestro orgullo, que lo admiramos y queremos a pesar de los defectos que pudiera tener, como se quiere a la madre y a la bandera (Presidencia de la República, 1942, p. 2).

Aguirre además delineó los objetivos de ésta institución, entre los que destacaba “vigorizar y moralizar la raza por medio de ejercicios y entretenimientos honestos y el aprovechamiento higiénico y educativo de las horas libres” (1942, p. 3).

En sintonía con los discursos higienistas y eugenésicos, el organismo se propuso evitar las *enfermedades sociales* como la tuberculosis, el alcoholismo y la delincuencia que “están devorando las reservas raciales” (1942, p. 3). En el decreto que dio origen a la institución, se señala como deber del Estado “velar por el desarrollo y perfeccionamiento de las cualidades que constituyen las virtudes de la raza” (Presidencia de la República, 1942, p. 5), y se establece que las finalidades

del organismo serán el “cultivo de la conciencia del valer nacional y del honor patrio” (Presidencia de la República, 1942, p. 5), la práctica de la cultura física, la promoción de las costumbres higiénicas y el aprovechamiento de las horas libres.

El nacionalismo también tuvo expresión en la política partidaria, con la conformación del Partido Nacionalista en 1914, una organización de corta existencia en que participaron entre otros Alberto Edwards, Francisco Encina y Carlos Fernández (Góngora, 2010; Subercaseaux, 2010), y de una forma más indirecta en la formación del partido *Movimiento Nacional-Socialista de Chile*, un partido que es tributario del nacionalsocialismo alemán, pero que de acuerdo a Basso también tomó como referente a Nicolás Palacios, publicando un bisemanario denominado *la raza* en su homenaje (2020, p. 57).

En síntesis, se puede señalar que las ideas de Nicolás Palacios fueron determinantes en el desarrollo del nacionalismo chileno de comienzos del siglo pasado, y que los discursos sobre la raza chilena desempeñaron un papel relevante en la reconfiguración del proyecto nacional en el contexto de la crisis de dominación oligárquica, aportando a la integración simbólica de las clases medias y los sectores populares al imaginario de la nación. Las ideas desarrolladas por Palacios hicieron especial eco en un segmento de la mesocracia chilena compuesto por intelectuales, médicos, profesores y militares, que desde una perspectiva simultáneamente antioligárquica y contrarrevolucionaria, participaron en los principales acontecimientos políticos del periodo y encontraron en la obra de Palacios un sustento para sus inquietudes políticas, y un argumento para la desconfianza que tenían frente a los ideales liberales y marxistas. Por último, se debe señalar que el periodo abarcado en este apartado es fundamental para comprender el surgimiento de lo que proponemos conceptualizar como racismo chileno, porque da cuenta de la diversidad de ámbitos en que las tesis de Nicolás Palacios tuvieron un impacto, como fue la educación, la salud y la política partidista. Se puede concluir, por tanto, que las ideas de Palacios tuvieron una presencia significativa tanto en el discurso público político, como en el proceso de consolidación y modernización del Estado nación en Chile durante la primera mitad del siglo XX.

Marco teórico

Nuestro marco teórico se basa en la relación de tres conceptos: racismo, nacionalismo y discurso público político. Cada uno de ellos posee una amplia trayectoria en el ámbito de las ciencias sociales, con su propio desarrollo teórico, definiciones, y vínculo con procesos históricos. Para su exposición, hacemos una caracterización de los debates en torno a cada uno, y una argumentación sobre el uso específico que hacemos de ellos en el contexto de nuestro trabajo. Además, se incluye un apartado que expone la relación teórica entre los tres conceptos, cuya articulación permite comprender lo que en el contexto del presente trabajo conceptualizamos como racismo chileno, como idea que está en el centro de nuestras reflexiones y se constituye en los tres conceptos desarrollados.

Racismo

Un primer concepto a abordar es el de racismo, que como objeto de reflexión teórica empieza a ser tematizado por las ciencias sociales de forma sistemática en la década de 1920, a partir del interés por la *cuestión* negra en Estados Unidos y el auge del antisemitismo en la Alemania nazi (Wieviorka, 2009, p. 17). De un modo general, Todorov define la pregunta teórica por el racismo como “el estudio de las formas en que se ha abordado la cuestión de la unidad y la diversidad en el seno de la especie humana” (Todorov, 1991, p. 115).

El surgimiento del racismo como fenómeno concreto, sin embargo, se remonta varios siglos atrás, siendo su historicidad también objeto de debate en el contexto de las teorizaciones sobre el racismo, como se expondrá más adelante.

De acuerdo a la definición que propone el sociólogo Michel Wieviorka, el racismo:

Consiste en caracterizar un conjunto humano mediante atributos naturales, asociados a su vez a características intelectuales y morales aplicables a cada individuo relacionado con este conjunto y, a partir de ahí, adoptar algunas prácticas de inferiorización y exclusión (Wieviorka, 2009, p. 13).

La comprensión teórica del racismo implica, por tanto, atender a dos factores: la caracterización de un conjunto humano con relación a ciertos atributos naturales, y a la forma en que estas caracterizaciones se traducen en determinadas prácticas consideradas racistas. Esto implica, como señala Todorov, que a través de la palabra racismo se designe a dos dominios distintos de la realidad:

Se trata, por un lado, de un *comportamiento*, que la mayoría de las veces está constituido por odio y menosprecio con respecto a personas que poseen características físicas bien definidas y distintas a las nuestras; y, por el otro, de una *ideología*, de una doctrina concerniente a las razas humanas (Todorov, 1991, p. 115).

Con objeto de distinguir entre estos dos sentidos del término, Todorov propone hacer una distinción entre *racismo*, como concepto que designa el comportamiento, y *racialismo*, como término que reserva para las doctrinas (Todorov, 1991, p. 115). Para el autor, racismo y racialismo no se presentan necesariamente al mismo tiempo, ya que el racista no necesariamente justifica su comportamiento en una doctrina, pero cuando se expresan de forma simultánea, producen resultados particularmente catastróficos, siendo para Todorov el nazismo el caso más ejemplar de un racismo que se apoya en un racialismo (1991, p. 115).

Balibar sostiene que las doctrinas o teorías racialistas desempeñan un papel fundamental en la conformación de comunidades racistas, señalando incluso que no hay racismo sin teorías (Balibar & Wallerstein, 1991, p. 33), por lo que el estudio del racialismo, según la distinción que hace Todorov, es fundamental para comprender el racismo como fenómeno. Esta distinción es relevante para nuestra investigación, porque permite abordar la forma en que la historia del concepto de *raza chilena*, en tanto que historia de la doctrina, trasciende el espacio teórico o conceptual para vincularse con el racismo, y a la vez nos permite comprender cómo, lo que en el contexto de este trabajo se conceptualiza como *racismo chileno*, se relaciona con el ámbito de las doctrinas, es decir, tiene un sustento conceptual y una expresión como discurso político.

Todorov caracteriza las doctrinas racialistas sobre la base de cinco presupuestos, que están presentes en la generalidad de las doctrinas, dando origen a lo que caracteriza como un *tipo ideal* del racialismo. Un primer presupuesto del racialismo es la existencia de razas, es decir, de “agrupamientos humanos cuyos miembros poseen características físicas comunes” (Todorov, 1991, p. 116). Un segundo supuesto es “la correspondencia entre características físicas y morales” (Todorov, 1991, p. 117), lo que implica que, así como el mundo está dividido en razas, también existen culturas vinculadas a cada una de estas razas. En tercer lugar, Todorov establece que, para el racialismo, “el comportamiento del individuo depende, en muy gran medida, del grupo racial cultural (o ‘étnico’) al que pertenece” (1991, p. 118).

Así como el racialismo supone la existencia y diferencia de razas y una influencia de éstas en la colectividad, Todorov señala como cuarta proposición común a las doctrinas racialistas la existencia de una jerarquía entre las razas, considerándose algunas razas superiores y otras inferiores, y estableciendo una jerarquía única de valores que permite emitir juicios universales sobre las razas (Todorov, 1991, p. 118). Esta escala, como señala Todorov, es “en la mayoría de los casos, de origen etnocéntrico” (Todorov, 1991, p. 118), lo que implica que los autores que desarrollan doctrinas racialistas tienden a considerar su propia raza en un lugar superior de la jerarquía.

La quinta y última característica común a las doctrinas racialistas, según la tipología propuesta por Todorov, es que, de las cuatro premisas anteriores, el racialismo postula una necesidad de orientar la política basándose en estas ideas, con el objetivo de colocar el mundo en armonía con la existencia y jerarquía de razas. Como señala Todorov:

El racialista extrae de ellos un juicio moral y un ideal político. Así, el sometimiento de las razas inferiores, o incluso su eliminación, se puede justificar gracias al saber acumulado en materia de razas. Es aquí donde el racialismo se reúne con el racismo (Todorov, 1991, p. 119).

La descripción que hace Wieviorka del *racismo científico* coincide con la tipología propuesta por Todorov en la mayoría de los rasgos propuestos. Para Wieviorka:

El racismo científico propone, con diversas variantes, una pretendida demostración de la existencia de las 'razas', cuyas características biológicas o físicas corresponderían a capacidades psicológicas e intelectuales, a la vez colectivas y válidas para cada individuo. Este racismo contiene un fuerte determinismo que, en algunos casos, pretende explicar no solamente los atributos de cada miembro de una supuesta raza, sino también el funcionamiento de las sociedades o comunidades compuestas por tal o cual raza (Wieviorka, 2009, p. 29).

Taguieff, al igual que Todorov distingue entre racismo y racialismo, pero reserva el término racialista para las "elaboraciones ideológicas centradas sobre una intención explicativa", mientras que califica como racistas aquellas que "incluyen prescripciones, definen valores y normas que se traducen en discriminaciones o segregaciones, expulsiones o persecuciones, incluso exterminaciones" (Taguieff, 2010, p. 25), Guillaumin hace una distinción equivalente a la planteada por Taguieff, pero distingue entre *teorías* y *doctrinas*, donde "la teoría es considerada y presentada como una visión científica (de descripción y de análisis); la doctrina, al contrario, es considerada un juicio sobre el desarrollo del mundo y el estado de las cosas, y eventualmente un proyecto de sociedad" (Guillaumin, 2010, p. 39).

Consideramos por tanto que, a pesar de las distinciones propuestas por los autores, no existe una mayor contradicción en las definiciones del racismo como objeto de estudio en un sentido abstracto, y que al hablar de racialismo, Todorov alude al conjunto de doctrinas que Wieviorka denomina *racismo científico*, que a su vez, de acuerdo con las distinciones planteadas por Taguieff y Guillaumin, puede ser denominado *racismo doctrinario*, toda vez que racialismo, racismo científico y racismo doctrinario, son diversas maneras de contextualizar el conjunto de ideas sobre la existencia y jerarquía de razas humanas que tiene su origen a mediados del siglo XVIII y que tienen su declive en la primera mitad del siglo XX.

Sin embargo, es importante acotar que, en el contexto de la propuesta teórica de Todorov, la distinción entre racialismo y racismo no se emplea sólo para distinguir entre teorías y prácticas racistas, si no que contiene además una tesis sobre la trayectoria histórica del racismo, que para Todorov tiene una existencia anterior al racialismo. En ese sentido, las diversas teorías abordadas convergen en la definición abstracta del racismo, pero como fenómeno concreto existen diversas perspectivas, siendo el surgimiento del racismo y su historicidad un tema sobre el que no existe acuerdo entre las y los autores. Para Todorov:

El racismo es un comportamiento que viene de antiguo y cuya extensión probablemente es universal; el racialismo es un movimiento de ideas nacido en Europa occidental, y cuyo periodo más importante va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XX (Todorov, 1991, pp. 115-116).

El punto de vista de Todorov respecto a la antigüedad del racismo, difiere con la definición empírica que hacen de este concepto autores como Taguieff o Wieviorka, que circunscriben el racismo como fenómeno ideológico al espacio de lo moderno. Señala Taguieff que “el racismo no puede ser reducido a las actitudes o comportamientos etnocéntricos, que con buenas razones pueden ser considerados como universales, y que se trata más bien de un fenómeno moderno” (2010, p. 25), mientras que Wieviorka considera el racismo “como atributo de las sociedades modernas, individualistas, tal como se empezaron a desarrollar en Europa occidental al final de la Edad Media” (Wieviorka, 2009, p. 22).

Eso no implica que los autores desconozcan la existencia en contextos previos de etnocentrismo o jerarquizaciones, pero sólo desde la época moderna estas se empezaron a sustentar en el concepto de raza tal como lo hemos definido. Esta acotación tiene dos sentidos: vincular el racismo con el desarrollo de determinados procesos políticos y sociales, y enfrentar la tentativa de definir el racismo como un fenómeno de carácter universal (Geulen, 2010). Todorov propone una definición del racismo de carácter más amplia, que coincide con lo que Memmi llama “heterofobia”

(2010, p. 70), y reserva el término de racialismo para lo que en el contexto del presente trabajo entendemos como racismo.

En el contexto del presente trabajo coincidimos con la perspectiva de estos autores, y comprendemos, por tanto, el racismo como un fenómeno mucho más acotado y reciente que la forma en que lo concibe Todorov, recogiendo la idea de Wieviorka y Taguieff del racismo como una elaboración teórica propia de la modernidad. Esto porque, desde nuestra perspectiva, el surgimiento del racismo no se puede disociar de tres acontecimientos políticos y epistémicos que tuvieron lugar en este periodo: la colonización, el desarrollo del pensamiento ilustrado y el desarrollo de la *historia natural* en el contexto de la ciencia moderna.

En relación al vínculo que existe entre el surgimiento del racismo y los efectos de poder de la estructura colonial, señala Aníbal Quijano que:

La estructura colonial de poder produjo las discriminaciones sociales que posteriormente fueron calificadas como ‘raciales’, ‘étnicas’, ‘antropológicas’ o ‘nacionales’, según los momentos, los agentes y las poblaciones implicadas. Esas construcciones intersubjetivas, producto de la dominación colonial por parte de los europeos, fueron incluso asumidas como categorías (de pretensión ‘científica’ y ‘objetiva’) de significación ahistórica, es decir como fenómenos naturales y no de la historia del poder (Quijano, 2014, p. 59)

Bajo esta lógica, el proceso de mundialización económica que inició en el siglo XV (Wieviorka, 2009, p. 22), la expansión de las potencias europeas y su política de colonización, constituyen antecedentes fundamentales para comprender el surgimiento del racismo europeo moderno. La colonización tuvo como última finalidad “inscribir a los colonizados en el espacio de la modernidad” (Mbembe, 2016, p. 180), lo que se expresó a través de narrativas que buscaron describir y explicar la situación de esos pueblos, y doctrinas como el racialismo, que sirvieron como fundamento y legitimación al predominio europeo y sus pretensiones universalistas.

Un segundo elemento de carácter histórico-político que posibilitó y otorgó sentido a la emergencia del racismo fue el desarrollo de las ideas ilustradas, y los efectos de ruptura que la revolución francesa, bajo la guía de estas ideas, tuvo en el campo político. Específicamente desde la publicación de *la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano* de 1789 (Balibar, 2016), que implicó la instauración de la igualdad como un principio fundamental en las sociedades modernas. Esta transformación implicó que desigualdades y exclusiones que antes estaban legitimadas como naturales, desde ese momento en adelante requirieran de teorizaciones y argumentos científicos que les dieran legitimidad (Wieviorka, 1994).

La ilustración, en su pretensión universalista, también implicó una transformación en la forma en que se concebía la diferencia, porque instauró una idea lineal de progreso, donde los diferentes grupos humanos ya no se concebían como entidades diferentes, sino como agrupaciones caracterizadas por distintos grados y niveles de ‘civilización’ y ‘barbarie’ (Hall, 2019, p. 61-62).

El desarrollo de las ciencias modernas y el surgimiento de nuevos saberes y clasificaciones también fue un factor relevante en el surgimiento del racismo como discurso científico, donde tal vez el antecedente más relevante fue la incorporación del ser humano en el discurso de las ciencias. Una innovación fundamental para comprender la “doble función de racionalización de la dominación y de legitimación de los prejuicios etnocéntricos” (Taguieff, 2010, p. 25) que implicó el desarrollo del racismo como discurso científico.

Se suele considerar que el hito más relevante en este proceso está en la obra de Carl Von Linneo, quien en el siglo XVII clasificó por primera vez a los seres humanos dentro del reino animal, dando origen a la *historia natural* y al supuesto moderno de que la naturaleza y la historia tenían un carácter racional (Geulen, 2010). Esto ubicó por primera vez al ser humano en la teleología del progreso y la evolución, que hasta ese momento se reservaba al medio natural y los demás animales, secularizando la pregunta por el ser humano y haciendo posible su comprensión como objeto del discurso científico, al margen de las consideraciones teológicas que en el periodo previo le otorgaban al ser humano un estatuto ontológico distinto. Esta innovación

permitió que el concepto de raza comenzara a usarse para “destacar una dimensión fisiológica en las diferencias humanas” (Geulen, 2010, p. 18), y que el ser humano fuese susceptible de clasificaciones, jerarquizaciones y valoraciones científicas.

El racismo sin embargo no se originó, de acuerdo a Taguieff, con el surgimiento de las primeras clasificaciones jerarquizantes en razas, porque en la obra de naturalistas y antropólogos del periodo no se encontraba todavía una “afirmación de la superioridad absoluta de los europeos” (Taguieff, 2010, p. 26), lo que para el autor quiere decir que “el racismo no se había constituido en una visión de mundo, en metafísica de la historia y en ideología política, en suma en racialismo” (Taguieff, 2010, p. 26). De hecho, en el periodo previo al surgimiento del racismo, el protoracismo empleaba preferentemente el término de *sangre*, y el significante de raza, que todavía no adquiría su sentido moderno, se remitía más bien a la idea de un linaje y a los antepasados comunes. Para que surgiera el racialismo, tal como lo hemos definido, tuvieron que converger tres dominios distintos: la hipótesis historiográfica sobre la lucha de razas, la preocupación “científica” por la mezcla de razas y la defensa de una política de selección y creación de razas, como tres momentos sucesivos en la historia del discurso sobre las razas que de acuerdo a Geulen dieron forma al racismo (2010).

El discurso sobre las razas, que sentó un precedente para lo que conceptualizamos como racismo, tiene su origen en el siglo XVII, cuando aparece por primera vez, en el contexto de la historiografía, un discurso que concibe la historia como una lucha entre razas (Foucault, 2002). El representante más destacado de esta tradición fue Henri de Boulainvilliers, quien, como señala Geulen, “presentaba a los nobles y al pueblo como dos razas separadas, que básicamente nunca se habían mezclado, y cuya eterna lucha había determinado la historia de Francia desde siempre” (2010, p. 72).

El discurso sobre la lucha de razas rápidamente se generalizó y fue usado como esquema para la narración de las diversas historias nacionales, que a partir del siglo XVII comenzaron a presentarse como la historia de enfrentamientos entre dos o más razas. A pesar de que este discurso surgió con el propósito de defender a la

nobleza, rápidamente empezó a ser empleado con otras intenciones, incluso contrarias, sirviendo a los anhelos de emancipación burguesa o como un argumento en distintas revoluciones políticas (Foucault, 2002). Se puede destacar, por ejemplo, el caso de Augustin Thierry, quien, desde una perspectiva política distinta a la de Boulainvilliers, presentó la historia de la revolución francesa como una lucha de liberación del pueblo galo-celta contra la nobleza germánica (Geulen, 2010), siendo la idea de una lucha de razas una idea que adquirió bastante popularidad a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Como señala Geulen:

En general, allí donde el contexto intelectual de la emancipación burguesa o de la Ilustración permitía que surgieran —o al menos se aspiraba a que surgieran— formas nacional-revolucionarias de comunidades políticas, jugaban un papel importante las fantasías de una historia de luchas raciales parecidas o al menos estructuralmente equivalentes (Geulen, 2010, p. 80).

Un segundo antecedente para comprender el origen del racismo como fenómeno moderno está dado por el interés en la *mezcla de razas*, que adquirió especial relevancia en el contexto de los discursos sobre las razas en el siglo XIX, en plena expansión de las potencias coloniales y desarrollo de las migraciones a escala planetaria.

El texto fundamental para comprender la preocupación por la mezcla de razas es el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Joseph Arthur de Gobineau, quien presentó una novedosa teoría sobre la relación entre las razas y su evolución, identificando la mezcla de razas simultáneamente como el motor del progreso y la causa de toda decadencia cultural en la historia (Geulen, 2010).

Como señala Taguieff:

La doctrina racialista de Gobineau encarna la primera orientación del pensamiento sobre la 'raza' en el siglo XIX, en el cruce entre el materialismo biológico, un pesimismo cultural singular y una visión de la historia como decadencia final (Taguieff, 2010, p. 29).

Gobineau planteó que el desarrollo histórico estaba estrechamente relacionado con la mezcla de razas, señalando que, tras los procesos de conquista, las razas se terminan inevitablemente mezclando, sellando su decadencia a largo plazo. Eso explica el concepto negativo que tenía el autor sobre la mezcla de razas.

El sociólogo polaco Ludwig Gumplowicz, influenciado por las ideas de Gobineau, publicó en 1883 el libro *La lucha de razas: estudios sociológicos*, donde de acuerdo a Geulen, caracteriza el enfrentamiento entre las razas como:

Un principio general, determinante de los conflictos y procesos nacionales, étnicos e incluso sociales. La pertenencia a una raza se convertía aquí sobre todo en un concepto de vinculación colectiva, destacándose su carácter de ley natural y al mismo tiempo dinámico y combativo, de la que nadie podía sustraerse (Geulen, 2010, p. 108).

Al concepto del desarrollo histórico como una lucha de razas, y a la preocupación por la mezcla de razas, es necesario agregar un tercer tópico, que surgió entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que permite entender de forma más precisa lo que hoy entendemos por racismo: la idea de la creación artificial de la raza (Geulen, 2010), que implicó un nuevo concepto de la dinámica de las razas y el surgimiento de políticas de selección racial, que se plantearon como objetivo la mejora o defensa de la raza, y que estuvieron estrechamente vinculadas al desarrollo de la eugenesia, cuya caracterización ya realizamos en el apartado de antecedentes sociohistóricos.

Es en este contexto que surge el seleccionismo como tercera variante del discurso sobre las razas, con la publicación del libro *Las selecciones sociales* de Georges Vacher de Lapouge en 1896, quien propone de forma más explícita un racismo eugenésico, cuya variante alemana fue la *higiene racial* (Taguieff, 2010).

Esta nueva modalidad del racismo puso en el centro del debate sobre las razas la preocupación por la degeneración o deterioro de las cualidades hereditarias, dando impulso a una política de selección racial que vinculó de forma más directa el discurso sobre las razas con un programa político (Taguieff, 2010), y que al

requerir de una intervención estatal, que vigilara y controlara las uniones y la procreación (Taguieff, 2010, p. 33), posibilitó la inscripción del racismo en las prácticas gubernamentales y políticas de Estado.

Este asunto es central para el desarrollo de nuestro trabajo, porque, suscribiendo a la idea de Albert Memmi de que el racismo posee la función de “marcar y legitimar una dominación” (Memmi, 2010, p. 54), nos interesa especialmente la forma en que éste se inscribe en los discursos y prácticas políticas. Sean o no institucionales.

La genealogía del racismo que propone Michel Foucault ofrece una perspectiva política significativa para comprender el vínculo que existe entre racismo y política. Para Foucault, el racismo surge cuando los discursos sobre el enfrentamiento entre razas son desplazados por el surgimiento de un racismo de Estado, “un racismo que una sociedad va a ejercer sobre sí misma” (Foucault, 2002, p. 66). Esta transformación se produjo cuando el Estado dejó de ser concebido como el escenario de una disputa entre diversas razas, para empezar a identificarse como el Estado de una raza, concibiéndose como “el protector de la integridad, la superioridad y la pureza de la raza” (Foucault, 2002, pág. 80) Este discurso, para Foucault, tuvo su expresión más patente en los Estados totalitarios del siglo XX, pero está presente en el funcionamiento de todos los Estados (2002, p. 235).

A modo de recapitulación, se puede señalar que para el uso teórico que hacemos del concepto de racismo en el presente trabajo, recogemos en un sentido amplio la definición e historización del racismo propuesta por Wieviorka (2009) y Taguieff (2010) como un fenómeno moderno, la distinción planteada por Todorov entre racismo y racialismo, como distinción entre comportamiento y doctrinas, y la tipología que propone este autor para comprender los rasgos fundamentales del racialismo en un sentido abstracto (Todorov, 1991). Finalmente, consideramos que el vínculo entre racismo y política no se puede dissociar de la historia del racismo, por lo que damos un especial énfasis a los elementos sobre la historia del racismo propuestos por autores como Geulen (2010) o Taguieff (2010), y a la genealogía del racismo desarrollada por Michel Foucault (2002), siendo una propuesta que continuaremos profundizando en diversos momentos del presente trabajo.

Nacionalismo

A diferencia del racismo, que corresponde a un objeto de estudio reciente en Chile, el nacionalismo chileno ha sido ampliamente estudiado en las últimas décadas. Entre los trabajos más relevantes se puede mencionar el tomo de la *Historia de las ideas y la cultura en Chile* de Bernardo Subercaseaux dedicado al nacionalismo y la cultura (2010), *Nacionalismo y Autoritarismo durante el siglo XX en Chile* de Luis Corvalán (2009a), los trabajos historiográficos de Verónica Valdivia que han abordado la presencia del nacionalismo en diversos momentos de la historia de Chile (1995a; 1995b; 1996) y las obras editadas por Gabriel Cid y Alejandro San Francisco sobre el nacionalismo y la identidad nacional en los siglos XIX y XX (2009; 2010).

Sin embargo, ya desde la segunda mitad del siglo XX es posible encontrar algunos trabajos fundacionales sobre el tema, como el artículo *El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX* de Hernán Godoy (1973) y el *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* de Mario Góngora (2010), que desde una perspectiva más comprometida con el nacionalismo, ofrecieron las primeras hipótesis para interpretar el lugar del nacionalismo en la historia de Chile.

Lo que diferencia a los estudios más recientes de estos dos trabajos previos es la incorporación de una perspectiva crítica y analítica del nacionalismo, representada por autores como Benedict Anderson (1993), Eric Hobsbawm (2000a; 2000b), Ernest Gellner (1998; 2001), Étienne Balibar junto a Immanuel Wallerstein (1991) y Tomás Pérez (1999), entre otros autores, que en las últimas décadas se han abocado a la tarea de desarrollar una comprensión teórica del nacionalismo y sus orígenes. Sin embargo, es importante señalar que a pesar del diálogo que se establece entre estos autores y la similitud que tienen sus enfoques en algunos puntos, sus interpretaciones difieren en algunos rasgos fundamentales, como los factores a través de los cuales se explica el surgimiento del nacionalismo, y el énfasis que se pone en distintos materiales para estudiar sus manifestaciones, que va desde doctrinas políticas a textos literarios.

De acuerdo a la síntesis que realizan Gabriel Cid y Alejandro San Francisco:

Existen al menos cinco caracterizaciones del 'nacionalismo' en la literatura académica: como un proceso de formación, o crecimiento de las naciones; un sentimiento o conciencia de pertenencia a la nación; un lenguaje y un simbolismo de la nación; un movimiento político social en nombre de la nación; y, finalmente, como una doctrina o ideología acerca de la nación (Cid & San Francisco, 2010, p. XII).

Esto significa que el nacionalismo ha sido abordado respectivamente como fenómeno de identidad colectiva, como forma de producción simbólica, como movimiento político y como ideología política. En esta diversidad de enfoques que existen para definir el nacionalismo, se puede señalar que existen dos enfoques fundamentales, que caracterizaremos a partir de la distinción que propone Anthony Smith entre enfoques modernos y posmodernos del nacionalismo (2000).

El enfoque moderno, también llamado modernista, corresponde a la interpretación más tradicional y extendida en los estudios sobre el nacionalismo. Esta perspectiva, al igual que la posmodernista, asume que el nacionalismo no es un rasgo esencial de las culturas, pero pone el énfasis en las determinaciones sociales y políticas que provocaron el surgimiento del nacionalismo, concluyendo que el nacionalismo y los estados nacionales son consecuencia directa del desarrollo de "un mundo moderno capitalista, industrial y burocrático" (Smith, 2000, p. 191). Según el argumento desarrollado por Anthony Smith, la perspectiva modernista se caracteriza por plantear que:

La nación está determinada social y políticamente. Sus cimientos se hunden profundamente en los procesos de modernización económica, social y política que siguen a la Revolución Francesa, si es que no son más antiguos, y la nación participa de los beneficios sociales y políticos de la modernidad. Se sigue de ello que para un modernista las preguntas que interesan conciernen no a la naturaleza de las naciones y de los estados nacionales, sino a sus orígenes históricos y a sus bases sociológicas (Smith, 2000, p. 192).

A diferencia de los enfoques perennialistas o primordialistas, que remontaban la nación a un pasado inmemorial (Smith, 2000), los teóricos modernistas resaltan el vínculo que existe entre el surgimiento del nacionalismo y los procesos de modernización, enfatizando en las determinaciones políticas del nacionalismo y su génesis histórica. Uno de los autores más reconocidos de este enfoque en su variante marxista es Eric Hobsbawm, para quien:

El *nacionalismo* es un programa político bastante reciente en términos históricos, que sostiene que los grupos definidos como "naciones" tienen el derecho a formar —y por eso podrían hacerlo— estados territoriales del tipo del que se volvió estándar desde la Revolución Francesa (Hobsbawm, 2000b, p. 173).

Hobsbawm no sólo enfatiza en el carácter moderno y reciente del nacionalismo, si no que además concluye que las naciones son una invención de éste. Para Hobsbawm: “el nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen Estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés” (2000a, p. 18), a través de la búsqueda de una legitimidad histórica que se inventa, bajo la forma de una “mitología retrospectiva” (Hobsbawm, 2000b, p. 173).

Una idea con la que concuerda Ernest Gellner, otro representante de la teoría modernista, para quien: “el nacionalismo engendra las naciones. No a la inversa. No puede negarse que aprovecha —si bien de forma muy selectiva, y a menudo transformándolas radicalmente— la multiplicidad de culturas, o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente” (Gellner, 2001, p. 80).

Gellner define el nacionalismo como el “principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política” (2001, p. 13). Es decir, para los nacionalistas debe existir una correspondencia entre lo que se representan como la nación y las instituciones políticas. Desde la perspectiva nacionalista, “la semejanza cultural es el vínculo social básico” (Gellner, 1998, p. 19), y las comunidades que se consideran a sí mismas homogéneas deben ser el fundamento de las instituciones políticas.

Para Gellner, el nacionalismo es por tanto una “teoría de legitimidad política” (2001, p. 14), que tiene su origen en la necesidad de las sociedades industriales por contar con poblaciones culturalmente homogéneas, con lenguas comunes y una creciente especialización en el ámbito educativo (Gellner, 2001). Esta homogeneidad, para Gellner, no es una imposición del nacionalismo, sino que los procesos de modernización e industrialización actúan como “una obligación objetiva e inevitable [que] impone una homogeneidad que acaba aflorando en forma de nacionalismo” (Gellner, 2001, p. 60). Esto implica una hipótesis funcionalista sobre el nacionalismo que ha sido frecuentemente cuestionada desde los estudios poscoloniales y posmodernistas, pues no explica satisfactoriamente el desarrollo del nacionalismo en sociedades no industriales.

Un tercer autor relevante en esta perspectiva, que a pesar de ser modernista ejerció una influencia significativa en el surgimiento de la perspectiva posmodernista, es Benedict Anderson, quien define a la nación como una *comunidad imaginada*. Para Anderson, la nación es una “comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1993, p. 23).

La obra de Anderson, a diferencia de la de Gellner es mucho más empírica y menos abstracta, y se basa “en un enfoque más cultural-antropológico que social-economista” (Moreno, 2015, p. 7), pues si Gellner explicaba el surgimiento del nacionalismo a partir del paso de las sociedades agrarias a las sociedades industriales, Anderson considera que este proceso se desarrolla a partir de la invención de la imprenta y los procesos de secularización, en el contexto de lo que denomina capitalismo de imprenta (Anderson, 1993). Lo que implica que autores como Chaterjee, pertenecientes al ámbito de los estudios poscoloniales, señalaran que ambos enfoques convergen en un determinismo sociológico, que desatiende el proceso intelectual de creación de los nacionalismos para explicar su surgimiento exclusivamente a partir de factores estructurales (Chaterjee, 2000).

A pesar de los cuestionamientos que posteriormente realizó la interpretación posmodernista a este enfoque, se puede considerar que, desde la década de los ochenta, Gellner, Anderson y Hobsbawm se consolidaron como “la gran triada de

referencia en naciones y nacionalismos” (Moreno, 2015, p. 8), con la publicación de los principales trabajos sobre el nacionalismo y su aporte al desarrollo de la perspectiva modernista. Sin embargo, y para comprender el surgimiento de las perspectivas posteriores, es importante atender a las principales diferencias que existen entre las teorías de estos autores, y cual es la relación que a partir de estas diferencias se establece entre sus enfoques y las corrientes posteriores.

Aunque la idea de Anderson de la comunidad nacional como una *comunidad imaginada* es compatible en varios puntos con las ideas desarrolladas por Gellner y Hobsbawm, hay una diferencia en la valoración política que los autores hacen del nacionalismo. A diferencia de Hobsbawm y Gellner, Anderson no rechaza completamente la idea del nacionalismo y valora su dimensión utópica. Otra diferencia, de acuerdo a Partha Chatterjee, es que “Para Gellner ‘inventar’ significa ‘fabricación’ y ‘falsedad’, una pieza de oportunismo histórico; él no puede mirar la imaginación de la nación como una creación genuina” (Chatterjee, 2000, p. 150). Distanciándose de un aspecto de la teoría del nacionalismo de Anderson que también diferencia su propuesta de la que desarrolla Hobsbawm. Como señala Ricardo Iglesias, “Anderson reconoce el aspecto artificial de la nación, pero no cree que sea un producto ideológico y manipulador como puede ser comprendido en Hobsbawm” (2017, p. 42).

Para Anderson, las naciones “no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas” (1993, p. 24), una idea que es relevante para la comprensión de nuestro objeto de estudio, pues saca de discusión el asunto de la veracidad o falsedad de los mitos nacionales, incluyendo la idea de raza chilena, para poner el acento en la “capacidad de ciertos discursos para ‘construir’ la nación, para interpelar a los individuos y constituirlos como ‘sujetos nacionales’” (Larraín, 2014, p. 20). Esto implica que el interés de los mitos nacionalistas, entre los cuales consideramos la *raza chilena* no esté dado por su veracidad, sino por su incorporación y permanencia en el imaginario nacional (Láscar, 2007)².

² En el Argumento metodológico, a propósito de la noción de *crítica* se profundiza en la importancia de esta consideración para nuestro trabajo.

La teoría de Anderson tuvo una influencia significativa en el surgimiento de la perspectiva posmodernista del nacionalismo. Esta tradición comparte en buena medida el argumento de Anderson, pero le reprocha al autor haber circunscrito el proceso de invención o imaginación de la nación sólo a un momento originario, y no haber concebido el desarrollo de esta comunidad imaginada como un proceso permanente. Parafraseando a Stuart Hall, se le cuestiona haber puesto el énfasis en el *surgimiento* y no en la *formación* de la nación (2019).

Como señala Palti, para Hommi Bhabha, uno de los principales representantes de esta tradición, el error de Anderson “yace en recluir la dimensión performativa del discurso nacionalista en un momento ‘originario’ en que el sujeto nacional se habría supuestamente constituido en tanto que ‘comunidad imaginada’ sin ver que se trata en realidad de un fundamento permanente” (2002, p. 120).

El enfoque posmodernista, representado por autores como el mencionado Hommi Bhabha o Partha Chatterjee, vinculados a los estudios subalternos y poscoloniales, representa, según señala Smith:

Una postura crítica y antifundacional que cuestiona la unidad de la nación y deconstruye la energía del nacionalismo en sus componentes de imágenes y ficciones. Esta lectura esencialmente posmodernista convierte la nación en un "relato" que recitar, un "discurso" que interpretar y un "texto" que deconstruir. Construir la nación es más una cuestión de diseminar representaciones simbólicas que de forjar instituciones culturales o redes sociales (Smith, 2000, p. 190).

Esto implica que el enfoque posmodernista interprete el significado de la nación preferentemente a través de “las imágenes que proyecta, los símbolos que usa y las ficciones que evoca” (Smith, 2000, p. 190).

Anthony Smith hace una síntesis de los cuestionamientos que se hacen desde este enfoque a la teoría del modernismo, que al poner como hemos señalado su atención en el surgimiento y no en la formación del nacionalismo, por una parte:

Parece reificar la nación, tratarla como una "cosa" externa con una dinámica propia. Por otra, la explicación modernista no logra aprehender el carácter inaprensible y cambiante de todas las comunidades, incluida la nación. Y, en tercer lugar, pese a su compromiso con la idea de que el nacionalismo crea las naciones y no a la inversa, los modernistas retroceden atemorizados ante la implicación de que la nación es en última instancia un texto, o un conjunto de textos, que deben ser "leídos" y "narrados", un discurso histórico concreto con su peculiar conjunto de prácticas y creencias, que debe ser primeramente "deconstruido" para aprehender después su poder y su carácter (Smith, 2000, p. 192).

En síntesis, se puede señalar que los enfoques posmodernistas, a través de una radicalización de los planteamientos de Anderson y su comprensión del fundamento imaginario de la comunidad nacional como un proceso permanente, ponen el énfasis en la construcción cultural de las naciones, oponiendo esta a la determinación política y social de las naciones que caracterizaba al enfoque modernista. Este desplazamiento implica en el ámbito de la investigación sobre el nacionalismo trasladar el centro del análisis de la estructura social al análisis de la cultura, y pasar de la pregunta por las determinaciones sociales a la pregunta por la construcción y representación de la nación (Smith, 2000, p. 192).

Lo que interesa, por tanto, a los autores del enfoque posmodernista, no son exclusivamente los factores sociológicos que explican el surgimiento de las naciones, sino “descubrir los alcances o las fronteras que posee el concepto de nación dentro de una propia comunidad nacional” (Iglesias, 2017, p. 72), reintroduciendo la pregunta por la homogeneidad de la nación, sin asumir que esta homogeneidad está dada de antemano y de una vez para siempre por los procesos de modernización, como se le reprocha a la teoría de Gellner. Hommi Bhabha, por ejemplo, aborda en su trabajo la pregunta por “la homogeneidad nacional y como los otros son integrados a esta concepción de uniformidad de la comunidad nacional” (Iglesias, 2017, p. 73).

Consideramos que esta última idea es fundamental para especificar la forma en que abordamos el nacionalismo en el contexto del presente trabajo, porque tal como hemos señalado en el apartado de antecedentes sociohistóricos, una de las cosas que más nos interesa de la manifestación del concepto de *raza chilena* como mito nacionalista es la forma en que esta idea contribuyó a la consolidación de un concepto de nación que es homogeneizante y excluyente (Subercaseaux, 2010). Sin embargo, es importante acotar que la interpretación que proponemos sobre este rasgo particular del nacionalismo chileno también se vincula con la interpretación modernista, porque tal como hemos señalado, consideramos que el surgimiento de ese discurso está estrechamente relacionado con los procesos de modernización y heterogeneización de la estructura social en Chile, donde el nacionalismo desempeñó un papel cohesionador y un fundamento para la reconfiguración del proyecto hegemónico de las oligarquías. La centralidad de nuestro análisis, sin embargo, está en el aspecto cultural y discursivo de estas transformaciones, y no en las determinaciones sociológicas, que constituyen un antecedente relevante pero no el objeto de nuestra crítica. Dicho en otras palabras: en cuanto a los enfoques teóricos del nacionalismo, proponemos una interpretación posmoderna de una problemática moderna.

Un segundo aspecto que vincula nuestro trabajo con la interpretación posmodernista es la inestabilidad y variabilidad que atribuimos al significante de *nacionalismo chileno* como dimensión del racismo chileno. Porque si bien el argumento étnico tiene como propósito fijar un concepto de nacionalismo y una narrativa histórica de la nación, consideramos, siguiendo la crítica que desde el enfoque posmodernista se le hace a Anderson, que la imaginación de la comunidad chilena tiene un carácter dinámico y constante, esto atendiendo tanto a la extensión del periodo temporal que abarcamos como al carácter genealógico de nuestra propuesta, donde no solo es relevante atender al surgimiento del nacionalismo chileno, si no también a su desarrollo histórico, cuya relación con el significante de *raza chilena* debe ser pensada como un proceso en permanente desarrollo.

Atendiendo a los argumentos que hemos señalado, consideramos pertinente la idea de que: “la nación como concepto no es un asunto de teoría política sino de estética, lo que no es óbice para que la cuestión nacional pueda llegar a convertirse en el argumento político por excelencia” (Pérez, 1999, p. 18). Esto implica que la forma en que concebimos el nacionalismo en el presente trabajo no se remita exclusivamente a las doctrinas y organizaciones políticas, sino a un fenómeno más amplio, cuyas manifestaciones se encuentran en el ámbito de “las representaciones culturales, a los imaginarios colectivos, arquetipos, ritos y mitos” (Cid, 2009, p. 221).

Una vez expuestas las dos corrientes más relevantes de la interpretación teórica del nacionalismo, y la forma en que concebimos el nacionalismo en el presente trabajo, corresponde hacer referencia, tal como hemos hecho en el caso del racismo, a las manifestaciones concretas del nacionalismo, para especificar no solo el concepto teórico del nacionalismo, sino su manifestación como fenómeno histórico. Para esto, nos basamos en la distinción que hace Hobsbawm entre lo que denomina *nacionalismo cívico* y *nacionalismo étnico o cultural* (Hobsbawm, 2000a).

El nacionalismo cívico, cuya expresión histórica se encuentra en el proyecto de la ilustración y la revolución francesa, corresponde al discurso nacionalista que se fundamenta en “la apelación a una comunidad nacional soberana con capacidad de autodeterminación y organización constitucional” (Corvalán, 2009a, p. 58), siendo una forma de nacionalismo asociada a nociones como ciudadanía y derechos cívicos. Es por tanto el nacionalismo representativo del liberalismo clásico.

El nacionalismo étnico o cultural, a diferencia del nacionalismo cívico, define la pertenencia a la nacionalidad a través de uno o más rasgos específicos y supuestamente objetivos, ya sea la raza, la religión, el idioma o las tradiciones culturales. A través de estos elementos, el nacionalismo construye una mitología retrospectiva, que representa a la nación como una comunidad homogénea. El nacionalismo acude a la etnicidad, porque “ésta provee el *pedigree* histórico que la ‘nación’ carece en la gran mayoría de los casos” (Hobsbawm, 2000b, p. 176).

Este proceso, como señala Balibar, siempre asume la forma de una etnicidad ficticia:

Ninguna nación posee naturalmente una base étnica, pero a medida que las formaciones sociales se nacionalizan, las poblaciones que incluyen, que se reparten o que dominan quedan 'etnificadas', es decir, quedan representadas en el pasado o en el futuro como si formaran una comunidad natural, que posee por sí misma una identidad de origen, de cultura, de intereses, que trasciende a los individuos y las condiciones sociales (Balibar & Wallerstein, 1991, p. 149).

Aunque esta etnicidad se base en algún rasgo objetivo, siempre hay un procedimiento ficticio al elevar este rasgo a determinante de la nacionalidad (Pérez, 1999). Este proceso, el de construir una comunidad política basada en una unidad cultural, se basa en la invención de una etnia mítica que sustenta simbólicamente una nación, que el nacionalismo concibe como un hecho natural (Pérez, 1999).

En el caso de nuestro trabajo, por la centralidad que tiene la cuestión de la raza y el carácter excluyente y homogeneizante que tiene el nacionalismo chileno, entenderemos específicamente por nacionalismo los rasgos correspondientes al nacionalismo étnico. Acotando que estas dos formas de nacionalismo se relacionan, porque en la idea de nación política "sigue subyaciendo, latente u operativa, una idea de nación cultural, más o menos virulenta, dependiendo de las circunstancias históricas concretas" (Pérez, 1999, p. 66).

En síntesis, el uso teórico que hacemos del concepto de *nacionalismo* recoge elementos teóricos del enfoque modernista y posmodernista, porque concebimos la problemática del nacionalismo desde una perspectiva culturalista y como un fundamento en permanente cambio, pero atribuimos un lugar relevante en nuestro análisis a los procesos sociales y políticos que contextualizaron el surgimiento del nacionalismo chileno, abordados en su dimensión cultural. Además, consideramos que la forma de nacionalismo que abordamos en el presente trabajo es expresiva del *nacionalismo étnico*, tal como lo define Hobsbawm (2000a).

Discurso público político

Para contextualizar lo que entendemos por discurso público político en el presente trabajo, es necesario comenzar definiendo qué entendemos por discurso, y luego especificar a través de ese concepto a qué corresponde un discurso específicamente *público político*. Esto atendiendo al hecho de que son conceptos que desempeñan un papel significativo en el ámbito de la investigación social, pero también poseen un uso coloquial, que en el caso específico del discurso público político puede prestarse a mayores equívocos, porque se emplea recurrentemente para hacer referencia particularmente al acto comunicativo en que un orador se dirige a una audiencia para referirse a temas políticos.

Para precisar nuestra definición, nos guiaremos por la tesis foucaultiana de que más que concretar la significación del discurso, de lo que se trata es de multiplicar sus sentidos (Foucault, 2015, p. 106), en el entendido de que *discurso, público y político*, son tres términos que articulamos y concebimos en un sentido más *amplio* que en su uso corriente. A propósito de las referencias en que basamos nuestro trabajo, adelantamos que lo discursivo no se restringe a la enunciación ni lo público-político a lo institucional o estatal, reconociendo, no obstante, la necesidad de especificar el uso de estos conceptos y comprender las reglas de formación de su discursividad, para no caer en el equívoco de asumir que en su articulación, el discurso público político abarca la totalidad de la producción de sentido.

En la multiplicidad de significados que posee la noción de discurso, Foucault distingue tres sentidos que permiten describir el uso que hace de este concepto en su trabajo: como dominio general de todos los enunciados, como un grupo individualizable de enunciados, y como la práctica regulada que da cuenta de cierto número de enunciados (Foucault, 2015, p. 106).

En la primera acepción, como dominio general de los enunciados, afirma que la noción de discurso alude al conjunto de todos los enunciados efectivos que “hayan sido hablados y escritos” (Foucault, 2015, p. 40). Es por tanto el dominio de lo que Angenot define como *discurso social*. En sus palabras: “todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad” (Angenot, 2012, p. 21).

En su segunda definición, Foucault comprende al discurso como un grupo individualizable de enunciados, que abarca un conjunto específico de “actos de formulación, una serie de frases o de proposiciones” (Foucault, 2015, p. 141). O sea, un conjunto amplio, aunque siempre limitado, de proposiciones que conforman una *formación discursiva*, entendiendo por discurso “el conjunto de los enunciados que dependen de un mismo sistema de formación” (Foucault, 2015, p. 141). Foucault emplea ésta acepción de discurso cuando habla de discurso clínico, discurso psiquiátrico, discurso económico, etc.

Por último, cuando se refiere al discurso como la “práctica regulada que da cuenta de cierto número de enunciados” (Foucault, 2015, p. 106), Foucault alude a las *prácticas discursivas*, que concibe como reglas de formación del discurso. Una práctica discursiva:

Es un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio, que han definido en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa (Foucault, 2015, p. 153).

La formación del conjunto de reglas que organizan lo decible no remite al desarrollo de competencias o estilos por parte de los individuos, si no a la configuración de un *orden del discurso*, que a modo de un *a priori histórico* (Foucault, 2015), controla, selecciona y redistribuye las prácticas discursivas (Foucault, 2005). Es importante explicitar que este orden del discurso se constituye y transforma *en* el discurso mismo. Como señala Foucault, “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio del o cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (2005, p. 15). El discurso, por tanto, es más que un medio de expresión o una función enunciativa, es “el objeto de una lucha, y de una lucha política” (Foucault, 2015, p. 158), lo que implica que la pregunta por el discurso sea una pregunta por el poder, y por la producción de un determinado orden discursivo, o como señala Angenot, una *hegemonía discursiva* (2012, p. 10)

Angenot, quien toma el concepto de Gramsci, define la hegemonía como “un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y un grado de homogeneización de retóricas, tópicos y doxas transdiscursivas” (Angenot, 2012, p. 31), considerando que existe un límite de lo decible y lo pensable en una sociedad, que es de carácter histórico, y se define para cada época por una “hegemonía de lo pensable” (Angenot, 2012, p. 16).

Para Angenot la hegemonía no corresponde a las ideas predominantes o más legitimadas en un contexto específico, si no al conjunto de reglas y topologías que confieren a esos discursos posiciones de influencia y prestigio (Angenot, 2012, p. 30), ubicándose en un nivel más abstracto que la descripción de los discursos.

Por último, es importante mencionar que, aunque tanto a propósito de Foucault como de Angenot hemos hecho referencia exclusivamente a lo dicho y escrito, para ambos autores también existe producción de sentido en lo visible. Angenot señala, basándose en una idea de Robert Fossaert, que se puede llamar discurso social a:

La totalidad de la significación cultural: no solamente a los discursos, sino también los monumentos, las imágenes, los objetos plásticos, los espectáculos (desfiles militares, banquetes electorales, kermeses) y, sobre todo, la semantización de los usos y las prácticas en su aspecto socialmente diferenciado (kinésico, proxémico, vestimentario) y, *por lo tanto*, *significante* (Angenot, 2012, p. 47).

En la obra de Foucault, el *saber* tampoco está constituido exclusivamente por un régimen de enunciados, si no también por visibilidades. Siendo estas dos formas, heterogéneas e irreductibles, las que en su conjunto dan origen a una formación histórica (Deleuze, 2013, p. 33). El discurso por tanto puede ser definido en un sentido amplio, siguiendo las consideraciones que hemos señalado y recogiendo una definición de Stuart Hall, como “aquello que otorga significado a la práctica humana y a las instituciones, aquello que nos permite dar sentido al mundo, y, por consiguiente, aquello que hace que las prácticas humanas sean prácticas significativas y formen parte de la historia” (Hall, 2019, p. 45).

En el proceso de producción de sentido intervienen diversas formaciones discursivas, distinguibles entre sí por la forma en que producen sus enunciados y por sus contextos de enunciación, siendo posible distinguir determinados *umbrales* que permiten identificar la pertenencia de cada enunciado a una formación específica. En el caso del presente trabajo, corresponde definir cuales serían los umbrales de publicidad, politicidad o público-politicidad, que organizan el espacio de lo público político y permiten postular la adscripción de determinados enunciados a esta formación discursiva.

La bibliografía revisada coincide en señalar dos referencias fundamentales para comprender el desarrollo de la noción de lo público: *La condición humana* de Hannah Arendt, de 1958, e *Historia y crítica de la opinión pública* de Jürgen Habermas de 1962. Estas dos obras, centradas en distintos periodos históricos y conceptos, pusieron la noción de público en el debate teórico e influyeron en publicaciones posteriores como *El declive del hombre público* de Richard Sennet (1978), *Los media y la modernidad* de John Thompson (1988) y *El espacio biográfico* de Leonor Arfuch (2010), que ampliaron sus conclusiones y abordaron el desarrollo de lo público desde otras perspectivas.

Según Sennet, los primeros usos del concepto de *público* de los que hay registro datan del siglo XVI, donde se usó para designar por una parte “el bien *común* en la sociedad” (1978, p. 26) y posteriormente “aquello que es manifiesto y abierto a la observación general” (1978, p. 26). Es también en ese siglo, según señala Thompson, que se comenzó a usar la distinción entre lo público y lo privado para diferenciar, por una parte, el dominio del poder político institucionalizado, y por otra lo relativo a la actividad económica y las relaciones personales que quedaban fuera del control político, lo que implicó un tercer uso del concepto como aquello relativo al Estado (Thompson, 1988, p. 163).

Para Hannah Arendt, el declive de la esfera pública y su subsunción en lo *social* es uno de los acontecimientos fundamentales de las sociedades de masas. La autora distingue entre dos ámbitos de lo público: aquello que puede ver y oír todo el mundo, y por otra parte “el propio mundo, en cuanto es común a todos nosotros”

(2009, p. 61). Su concepto de lo público, basado fuertemente en la filosofía aristotélica, distingue entre la participación de los individuos en una esfera pública, asociada a principios como la libertad, la virtud pública y la deliberación sobre lo común, y una esfera privada, que remite al ámbito de las necesidades privadas de los individuos para garantizar su subsistencia. La esfera de lo público era “un espacio en donde una élite compite por la aclamación y la inmortalidad, mostrando públicamente sus virtudes” (Macías, 2017, p. 47), y tuvo su expresión más cabal en la Grecia clásica, donde los individuos que se ocupaban de los asuntos públicos buscaban cosas como la virtud, la distinción o la diferencia (Arendt, 2009).

A esta noción clásica de lo público, Arendt contrapone el desarrollo de lo político en las sociedades modernas, donde los ciudadanos no participan activamente de las decisiones políticas y lo privado se ha expandido sustantivamente en desmedro de lo común. La tesis fundamental de la autora es que, sobre todo con el advenimiento de la sociedad de masas, los ámbitos de lo público y lo privado se han hecho cada vez más indistintos, y se encuentran subsumidos bajo la categoría de lo *social*, en un proceso que se explica fundamentalmente por la transformación del interés privado en asunto público, el surgimiento de la propiedad privada y la conversión de lo público en una forma de creación de riqueza (Boladeras, 2001). El desarrollo de esta nueva esfera social encontró su forma política en la nación-estado, donde la esfera pública dejó de concebirse como un espacio para pensar lo común para convertirse en una administración doméstica gigante, de alcance nacional (Arendt, 2009).

Habermas, por su parte, se centra en la noción moderna de lo público y sus orígenes, basando sus análisis en la constitución de la esfera pública burguesa en Inglaterra y Alemania a partir del siglo XVIII. En este periodo se produce de acuerdo al autor una serie de instancias en que “las personas privadas se reúnen en calidad de público” (1997, p. 65), para ejercer públicamente la crítica sobre asuntos políticos como *públicos ratiocinantes*. Esto amplió el concepto de *persona pública*, que antes aludía exclusivamente a la *publicidad representativa*, es decir, aquella ejercida por personas, con cargos o empleos públicos, que representaban al Estado.

El concepto de publicidad que propone Habermas es relevante, porque permite desplegar de forma más clara lo que corresponde a un discurso público político. Habermas caracteriza el ámbito de lo público político como aquello que media entre el ámbito privado, correspondiente al tráfico mercantil y el espacio familiar, y la esfera del poder público, que corresponde al Estado. La publicidad política “media, a través de la opinión pública, entre el Estado y las necesidades de la sociedad” (Habermas, 1997, p. 68). En otro texto, Habermas especifica que habla de “espacio público político, distinguiéndolo del literario, cuando las discusiones públicas tienen que ver con objetos que dependen de la praxis del Estado” (Habermas 1973, citado en Boladeras, 2001, p. 53).

El desarrollo del espacio público político y los discursos que configuraron esta formación discursiva tuvieron como condición de posibilidad una progresiva ampliación de las libertades públicas, entendiendo por éstas “aquellas que se refieren a las relaciones de los ciudadanos entre si, como la libertad de prensa y otros medios de expresión, la libertad de reunión, de manifestación y de asociación” (Monzón, 1985, p. 95). Este proceso, como señala Monzón estuvo restringido en un primer momento a los sectores burgueses o ilustrados, “que son los únicos que pueden formar el público racionante con capacidad de crítica y de control de las acciones del gobierno” (Monzón, 1985, p. 98).

Monzón hace referencia a la crítica marxista de la noción de opinión pública, cuyo argumento sostiene que “no hay una opinión pública, sino tantas como clases sociales y que lo que normalmente se entiende por opinión pública no es sino la opinión de la clase dominante” (Monzón, 1985, p. 100). Habermas, en prólogos a ediciones posteriores de su texto, señala que a pesar de haberse centrado específicamente en el surgimiento de la publicidad posterior, la obra de autores como Mijaíl Bajtín y autores vinculados a los estudios culturales dan cuenta efectivamente del surgimiento de otras esferas de publicidad. En el contexto del presente trabajo concebimos el desarrollo del discurso público político como un proceso indisociable de las formas de hegemonía discursiva u orden del discurso, lo que requiere profundizar en el carácter *político* del discurso público político.

Atendiendo a las diversas definiciones que hemos expuesto, empleamos la noción de discurso público político para hacer referencia a una formación discursiva que se caracteriza en primer término por su publicidad, abarcando el conjunto de enunciados que están sometidos al juicio y crítica de la opinión pública. En el caso de nuestro trabajo, aquellos que se relacionan con los discursos sobre la nación y la raza. En esta formación discursiva intervienen una amplia diversidad de actores, no siendo un discurso restringido al ámbito de las autoridades políticas ni al discurso de los expertos, si no al público general, donde actores académicos, políticos, intelectuales y sociales debaten en igualdad de condiciones.

Un segundo elemento significativo para comprender el uso teórico que hacemos del concepto de discurso público político está en el interés por la relación entre los discursos público-políticos con la esfera pública donde estos discursos se enuncian y escenifican. Esta esfera no es, desde nuestra perspectiva, un mero espacio de amplificación o registro de ideas, si no un factor determinante en la discusión y transformación de los discursos. Bajo esta perspectiva, el surgimiento de imprentas, periódicos y revistas, la participación de los diversos actores en asociaciones e instituciones estatales y paraestatales, e incluso el desarrollo mismo de la ciudad moderna, son elementos relevantes para la comprensión de nuestro objeto de estudio, pues consideramos que son factores relevantes en el surgimiento de una cultura de masas y una esfera pública nacionales, sin las cuales no se puede entender la forma en que conceptos como raza y nación se difundieron al punto de hacerse hegemónicos.

Un tercer y último rasgo por especificar sobre el uso del concepto de discurso público político, en el contexto de nuestro trabajo, está dado por el umbral de politicidad de los discursos, es decir, con la identificación de aquellos elementos que nos permiten considerar un discurso público como específicamente político. Aunque a partir de los conceptos de Angenot y Foucault que hemos abordado se puede señalar que hay una politicidad inherente a todos los discursos, pues estos siempre se despliegan en el contexto de hegemonías discursivas u ordenes del discurso, es importante tener en cuenta que estas formaciones no son ahistóricas, sino que se

encarnan en dispositivos y relaciones de saber-poder históricamente determinadas. Esto implica que discursos que en algún momento se concebían como ajenos al ámbito de la política adquirieran posteriormente un carácter político, y que discursos que en algún momento se concibieron como políticos se resignifiquen, por ejemplo, como discursos culturales o patrimoniales. En síntesis, se puede señalar que la identificación de un discurso como político es un proceso de carácter político, porque como señaló de forma muy lúcida el sociólogo Norbert Lechner, “determinar el terreno de un conflicto ya forma parte del conflicto mismo” (2006, p. 145).

Aunque la politicidad de los discursos esté sometida al despliegue histórico de las relaciones entre saber y poder, se puede establecer algunas consideraciones de carácter general sobre la forma en que concebimos lo político; aclarando de entrada que consideramos lo político en un sentido que va más allá de lo institucional, lo partidario o lo electoral. Para esto, acogemos la distinción que hace Chantal Mouffe entre *la política* y *lo político*, donde la *política* designa al ámbito de las prácticas políticas convencionales, mientras que lo *político* designa al carácter antagónico constitutivo de las sociedades humanas, expresado en el desacuerdo y el conflicto como atributos propios de lo social. En otras palabras, la política remite al plano de lo óntico, como manifestación concreta de un orden hegemónico, y lo político remite al plano de lo ontológico, como lógica que sostiene ese orden (Mouffe, 2011).

Sobre la base de esta distinción, nos interesa dejar claro que cuando hablamos de discurso público político, no nos referimos exclusivamente al discurso *de la política*, sino a toda forma de discurso que, en el contexto de la disputa por la hegemonía discursiva, asume la forma de un discurso con vocación de poder y voluntad de verdad, refiera o no a la praxis del Estado. Esto permite abarcar una pluralidad de prácticas, sujetos y discursos que, en el espacio de lo público, expresan el carácter conflictivo y contingente de todas las comunidades políticas. Como señalan Saiz y Gómez, se trata de pensar lo político “como una práctica de antagonismo a través de la que se distribuye el poder para enunciar, delimitar e instaurar los objetos (lo sensible) que configuran lo que es común en el espacio público” (Saiz & Gómez, 2009, p. 64).

En síntesis, la forma en que concebimos el discurso en el presente trabajo se nutre de los aportes realizados por Foucault (2005; 2015) y Angenot (2012), que permiten concebir el ámbito del discurso público político como una formación discursiva o variante del discurso social. Esta formación discursiva, que denominamos pública política, se construye en el terreno del discurso, estando, por tanto, delimitada por lo que Angenot denomina una hegemonía discursiva (2012) y Foucault un orden del discurso (2005). Esto implica que para el desarrollo de nuestra investigación no sea necesario hacer referencia a la totalidad del discurso social, sino solo a aquellos enunciados que responden a ciertos umbrales de publicidad y politicidad que dan lugar a lo que entendemos como el discurso público político y que se relacionan con nuestro tema de investigación.

El umbral de publicidad, que hace que un discurso pueda ser considerado específicamente un discurso público, lo hemos conceptualizado fundamentalmente a través de los aportes desarrollados por Arendt y Habermas, pensando el discurso público como un discurso que está abierto a la crítica y la opinión de la comunidad, que refiere a los asuntos públicos o de interés común, y que se constituye o expresa en la esfera de lo público, a través de la libre deliberación de públicos que intervienen como sujetos de discurso.

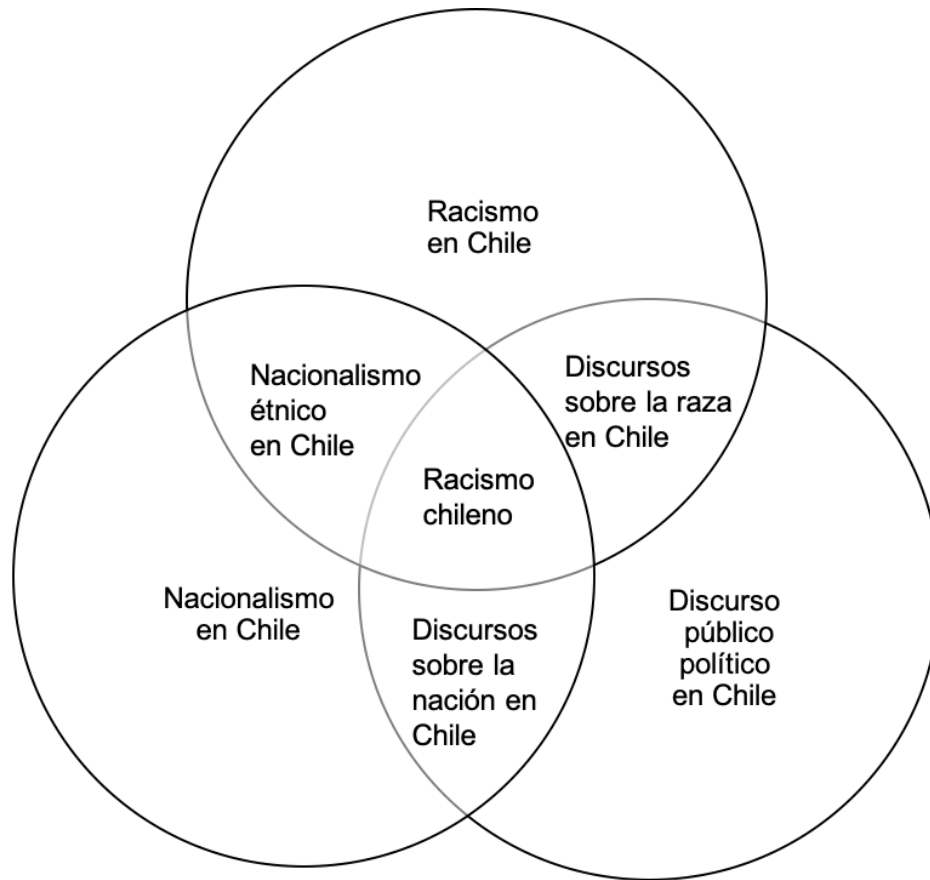
Finalmente, hemos definido el umbral de politicidad de estos discursos a través de la noción de la política y lo político que propone Chantal Mouffe, que nos permite considerar lo político en un sentido amplio como todos aquellos discursos que expresan el conflicto por la construcción de un orden hegemónico y contingente (Mouffe, 2011).

Una vez expuestas estas consideraciones y su relevancia para nuestro trabajo, recogemos a modo de síntesis una definición del discurso público político como aquel discurso que “contribuye a configurar el espacio público y está relacionado con la construcción de la identidad de una colectividad y el mantenimiento del orden social” (González, 2007), siendo una formación discursiva que contiene, posibilita y a la vez se alimenta de los discursos sobre la raza y la nación. La relación que existe entre racismo, nacionalismo y discurso público político se expondrá a continuación.

Relación entre conceptos: racismo chileno

Una vez especificado el uso que hacemos de cada concepto, corresponde establecer la relación teórica que existe entre ellos. Hasta el momento, y salvo determinados ejemplos, se ha hecho una exposición aislada de los términos, buscando establecer ante todo una definición y una especificación de su uso. Sin embargo, los fenómenos que estos conceptos buscan aprehender no se expresan de forma aislada. Hay un ámbito de coexistencia entre ellos, porque forman parte de una misma formación histórica, pero también hay un ámbito de compenetración, que da lugar a nuevas relaciones teóricas. Es éste nivel de síntesis y relación el que permite comprender la forma en que concebimos el *racismo chileno* como concepto teórico que aglutina y contiene los tres conceptos antes desarrollados.

Esquema 1. Relación entre conceptos



Fuente: elaboración propia.

La relación que existe entre racismo y nacionalismo ya ha sido esbozada en la especificación del concepto de nacionalismo, donde hemos hecho referencia al concepto de *nacionalismo étnico* desarrollado por Hobsbawm para caracterizar la forma de nacionalismo que basa la comunidad nacional en una categoría excluyente como raza o etnia (2000a), pero también es importante señalar el rol del nacionalismo en la difusión del racismo. Como señala Geulen, “el concepto de raza apenas desempeñó papel alguno hasta que el nacionalismo no se planteó la exclusión de determinados grupos de la comunidad estatal o legitimar su dominio en la propia nación” (2010, p. 116). En ese sentido, el nacionalismo otorga al racismo un marco de legitimidad como saber, pero a su vez, se sirve del racismo para producir su hegemonía, pues el nacionalismo étnico se sustenta en un concepto racial o de una cultura nacional excluyente que funciona como mito sobre los orígenes de la comunidad nacional. Se puede decir, por tanto, que hay una relación de complementariedad y copertenencia entre ambos conceptos. Balibar señala que el racismo no se reduce a una expresión del nacionalismo, si no que es un suplemento interior del nacionalismo, que lo excede, pero a la vez es indispensable para su constitución (Balibar & Wallerstein, 1991).

En cuanto a la relación entre el concepto de discurso público político y los conceptos de nacionalismo y racismo en Chile, nos basamos en una de las definiciones que hemos hecho de la noción de discurso como un grupo individualizable de enunciados (Foucault, 2015), para señalar que tanto nacionalismo como racismo se pueden concebir de forma aislada como formaciones discursivas independientes, una que denominamos *discursos sobre la raza en Chile*, que contiene los enunciados sobre la noción de raza, y una formación que denominamos *discursos sobre la nación en Chile* que contiene los discursos sobre la nación, siendo a propósito de la relación de copertenencia entre racismo y nacionalismo dos formaciones discursivas que constantemente se remiten una a la otra. De ese modo, en los estudios sobre el nacionalismo se hace frecuentemente referencia al nacionalismo étnico, y en los estudios sobre el desarrollo del racismo se hace constante referencia al auge de los movimientos nacionalistas.

Se puede distinguir un primer nivel de relación entre los conceptos que trabajamos, que comprende las nociones de *nacionalismo étnico en Chile*, los *discursos sobre la raza en Chile*, y los *discursos sobre la nación en Chile* (ver *Esquema 1*). Pero también es posible distinguir un segundo nivel de compenetración y copertenencia entre los conceptos del marco teórico, que se basa en las relaciones y definiciones que se pueden establecer entre los tres conceptos a la vez. Para comprender este nivel de relación entre conceptos, proponemos el concepto de *racismo chileno*, como idea general que considera las tres nociones del primer nivel de relación y explicita la necesidad de concebirlas en su relación.

Por *racismo chileno* entendemos una forma de discurso racista que se basa en los discursos sobre la raza y la nación en Chile, de forma más específica, en los discursos sobre la existencia y superioridad de una *raza chilena* y en las formas del discurso nacionalista que se sustentan, de forma explícita o latente en este concepto de raza, su diferencia étnica y su homogeneidad. Consideramos además, sobre la base de lo expuesto, que esta forma de discurso se constituye y reproduce en la esfera del discurso público político. No es por tanto el interés de nuestro trabajo un estudio del racismo como discurso científico o biológico, como podría ser abordado en otro contexto, si no el desarrollo de los debates y transformaciones sobre el concepto de raza chilena en el contexto del debate público y la transformación de éste mismo espacio a través del influjo del racismo chileno.

Esta última idea es relevante, porque tal como hemos señalado, los fenómenos que abordamos se enmarcan en un proceso general de modernización y transformación de la sociedad chilena y la esfera pública. En ese contexto, el discurso público político no solamente es un medio a través del cual se publicitan los discursos racistas y nacionalistas, si no que también posibilita una esfera pública que en buena medida se desarrolló a través de estos discursos. Bernardo Subercaseaux es uno de los autores que más ha profundizado en esta idea, señalando que al menos en el primer tercio del siglo XX el nacionalismo se desempeñó como fuerza cultural hegemónica, y tuvo una expresión a nivel de los debates políticos, el desarrollo y modernización de las diversas expresiones

culturales, entre otras manifestaciones que configuraron la esfera de lo público en este periodo (Subercaseaux, 2010).

Finalmente, y para aclarar la noción de racismo chileno, escogimos este concepto, y no el de *racismo en Chile*, porque nos abocamos específicamente a la formación discursiva que se organiza en torno a la idea de una *raza chilena*. Esta aclaración es relevante, considerando que en la historia de Chile han tenido expresión otras formas de racismo, como el racismo colonial, que influyeron en el surgimiento del racismo chileno pero que no se basaba en la idea de una comunidad nacional chilena, sino en la distinción de la élite criolla de los sectores subalternos³.

El planteamiento que desarrollamos sobre la existencia de un racismo específicamente chileno no implica que concibamos el desarrollo de esta formación discursiva al margen del racismo como fenómeno general, o que atribuyamos el surgimiento de un racismo nacional en Chile a una singularidad de la sociedad chilena. Porque tal como hemos señalado, consideramos que el racismo está a la base del funcionamiento de todos los Estados (Foucault, 2002). Esto implica que en el presente trabajo, aunque no siempre de forma satisfactoria, hagamos un esfuerzo por dar cuenta de la relación que existe entre el racismo chileno y otras manifestaciones del racismo en América Latina y el mundo, como discursos que se complementan, se diferencian, pero que en ningún caso se desarrollan de manera aislada.

Aunque por las limitaciones del presente trabajo no hemos podido abordar en detalle otras formas de racismo. Hemos procurado, siempre que corresponda, aportar elementos sobre la influencia que el racialismo europeo tuvo en el desarrollo de las ideas de Palacios, y hemos procurado caracterizar el contexto de auge y declive del racialismo, como un contexto en que surgieron una gran cantidad de autores y teorías racialistas que, tal como Palacios, tuvieron una conexión con las distintas realidades locales y un impacto en el desarrollo de los acontecimientos políticos.

³ Las continuidades y diferencias entre racismo colonial y racismo nacional se abordan en detalle en el *Capítulo III* del presente trabajo, a propósito del trabajo de Lepe-Carrión y Castro-Gómez.

Argumento metodológico

La presente investigación corresponde, como hemos dicho, a un trabajo teórico que examina el desarrollo del concepto de *raza chilena* desde su formulación en la obra de Palacios hasta la actualidad. Aunque considera un primer momento de análisis documental y revisión bibliográfica, este es solo un paso en la concreción de un proyecto que es fundamentalmente teórico y conceptual. Por lo tanto, la formulación del argumento metodológico no se centra en la definición de técnicas de análisis y producción de información, sino más bien en la definición de criterios de interpretación. A partir de estos criterios, expondremos algunas consideraciones sobre el objeto de estudio bajo el concepto de *crítica*, y una caracterización del corpus de textos e imágenes a analizar bajo el concepto de *archivo*. El procedimiento de crítica de este archivo, que vincula la dimensión teórica con la dimensión histórica, es lo que llamaremos *genealogía*.

Interpretación

La política de interpretación que proponemos para la presente investigación se puede sintetizar en dos supuestos: la importancia de la teoría crítica para abordar la cuestión del racismo y la necesidad de estudiar el concepto de raza chilena desde una perspectiva histórica. De la articulación entre ambas consideraciones se desprenden una serie de premisas en torno a la crítica, el archivo y la genealogía, que permiten caracterizar de mejor forma nuestro objeto de estudio y la forma en que proponemos interpretarlo. Para contextualizar ese argumento metodológico es necesario exponer algunas consideraciones sobre el campo en que se sitúa la investigación.

Un primer asunto a reflexionar tiene que ver con el ámbito disciplinario en que se sitúa este trabajo. Al tratarse de un objeto de estudio híbrido en sus formas y múltiple en sus manifestaciones, se puede hacer una aproximación desde diversos enfoques. De ahí que disciplinas como la literatura, la antropología y la historiografía se hayan planteado preguntas sobre la obra de Palacios y su recepción. Hay una multiplicidad de géneros literarios, teorías, ideas y contextos que intervienen en este

ámbito, porque la obra de Palacios es un texto que se inscribe en diversas constelaciones de poder e interpela múltiples formaciones discursivas, como la científica, la cultural o la política. Consideramos por tanto que una aproximación estrictamente disciplinaria sería insuficiente para abarcar la multiplicidad de aristas que caracterizan nuestro objeto de estudio. Nos situamos por lo tanto desde una perspectiva no disciplinaria, que se articula más por orientaciones temáticas que por un apego a ciertas teorías, referencias y técnicas, por lo que proponemos un ejercicio de crítica cultural inscrito en el ámbito de la comunicación política.

El ejercicio interpretativo que buscamos desarrollar se puede definir como crítica cultural, concibiendo esta como “un dispositivo de análisis teórico, una operación de lectura y un registro de escritura que se ubican entre lo estético, lo político, lo ideológico y lo cultural” (Richard, 2018). Este planteamiento se ajusta al modo en que proponemos analizar la obra de Palacios, en tanto que la crítica cultural toma como referente ciertos objetos culturales, pero no como fines en sí mismos, sino como medios para apuntalar una reflexión sobre la sociedad. Además, el énfasis que ha puesto esta tradición en lo residual y fragmentario “frente a los relatos de autoridad y sus narraciones hegemónicas” (Richard, 2001, p. 12), y su advertencia frente a la esencialización del sujeto latinoamericano y el peligro de la cooptación de la otredad y la marginalidad (Lazzara, 2009), ofrecen herramientas críticas de interés para el estudio de una obra como *Raza Chilena*.

La crítica cultural que proponemos se ubica específicamente en el campo de la comunicación política. Esto significa que de los diversos accesos que se pueden hacer al concepto de raza chilena, como podría ser en su relación con el campo científico o literario, hemos decidido poner el acento en sus manifestaciones público-políticas; pues los procesos de transmisión y resignificación que han tenido lugar en torno al concepto de *raza chilena* no pueden concebirse al margen de los medios y soportes en que este proceso ha tenido lugar, es decir, a través de libros y folletos, en la prensa escrita de circulación nacional y local, en pasquines como *Ciudad de los césares* o *Avanzada*, y en publicaciones de carácter académico y no académico. Es a través de estos documentos que se ha configurado un discurso público político

sobre la raza chilena y se puede seguir sus transformaciones y variaciones en relación a los procesos históricos, porque el concepto de *raza chilena* se transmite y expresa fundamentalmente a través de estos medios.

Ya en el prólogo de *Raza Chilena*, Palacios señalaba que su intención era “contrarrestar la opinión adversa al pueblo chileno que desde algún tiempo atrás venía difundándose en el público por algunos diarios y revistas” (N. Palacios, 1987, p. 3’), expresando su voluntad por intervenir en el debate público político. En ese sentido, el surgimiento del concepto de raza chilena es indisociable del proceso de mediatización y modernización de la sociedad chilena a comienzos del siglo XX, donde la comunicación política ofrece claves para trazar una genealogía de la evolución de este concepto en su manifestación político-discursiva, comprendiendo, como señalamos en el marco teórico, lo político como “un campo general de significación más extenso y complejo que lo meramente institucional” (Arancibia, 2006, p. 90).

De forma complementaria al interés por los medios a través de los cuales se ha configurado el concepto de *raza chilena*, y siempre en el contexto de la comunicación política, se plantea en este trabajo una reflexión sobre las representaciones visuales o iconológicas de la *raza chilena* y la figura de Palacios, considerando que la idea de raza chilena no tiene solo una representación a través de enunciados y documentos escritos, sino que además tiene una figuración en el espacio público y en la visualidad. Convergen de ese modo en nuestro trabajo el ámbito de los enunciados textuales con un régimen de visibilidad y representación, y se sostiene una reflexión sobre el ámbito de relación entre los debates en torno a la obra de Palacios y la manifestación monumental de su figura, que también ha variado históricamente. Esto implica que además de las publicaciones, sea necesario incluir en el archivo a interpretar una serie de imágenes que dan cuenta de la forma en que históricamente se han desarrollado los monumentos y homenajes a la figura de Palacios y al concepto de raza chilena.

Una vez expuestas las claves de interpretación y el campo en que se inscribe nuestro trabajo, corresponde definir lo que entendemos por crítica.

Crítica

La crítica en el contexto de esta investigación corresponde a una serie de consideraciones teóricas y metodológicas sobre el objeto de estudio, que permiten argumentar la forma en que interpretamos los materiales disponibles y proponemos una interpretación. Eso implica no concebir la crítica como una abstracción o modelo generalizable, sino como crítica de una determinada práctica, discurso o episteme (Butler, 2008), en este caso, como crítica al concepto de raza chilena. Siguiendo a Foucault, la crítica puede ser definida como una:

Investigación histórica a través de los acontecimientos que nos han llevado a constituirnos y a reconocernos como sujetos de lo que hacemos, pensamos, decimos. En ese sentido, esta crítica no es trascendental, y no tiene como fin hacer posible una metafísica: es genealógica en su finalidad y arqueológica en su método (Foucault, 1993, p. 15).

Lo que buscamos a través de la crítica del concepto de raza chilena no es fundar un nuevo concepto de raza, o proponer una forma alternativa de concebir la identidad nacional, sino más bien, exponer la forma en que este concepto y sus derivas han influido en la conformación y consolidación de una formación discursiva que caracterizamos como *racismo chileno*, y que se inscribe en nuestras prácticas, discursos e instituciones.

La crítica no corresponde a una evaluación o juicio sobre el objeto, sino más bien a una pregunta por sus condiciones de posibilidad, y una interrogación sobre la génesis histórica de aquellas relaciones entre saber y poder que han permitido que el objeto de la crítica tenga lugar:

La tarea primordial de la crítica no será evaluar si sus objetos —condiciones sociales, prácticas, formas de saber, poder y discurso— son buenos o malos, ensalzables o desestimables, sino poner en relieve el propio marco de evaluación (Butler, 2008, p. 145).

El procedimiento de investigación que se lleva a cabo en el presente trabajo, de carácter genealógico, consiste en una reflexión sobre las condiciones históricas de este discurso. Aunque constituyen el núcleo de nuestro material de análisis, las ideas o ideologías sobre la raza chilena no son propiamente nuestro objeto de estudio, sino materiales para analizar la pregunta por la raza chilena y las condiciones de posibilidad de esta interrogación, donde la crítica de la raza chilena lleva implícita una crítica al propio proceso de categorización, o sea, a la raza como marco explicativo y su posterior reconfiguración como *racismo sin razas* (Balibar & Wallerstein, 1991).

Una segunda consideración con respecto a la crítica, que se desprende de lo anteriormente señalado, es que como la entendemos, esta no implica identificar los sentidos ocultos de un texto: “Criticar no quiere decir extraer un secreto. Es una operación muy diferente, es extraer las reglas a las que obedece tal tipo de enunciado” (Deleuze, 2013, p. 47). La crítica que proponemos de la obra de Nicolás Palacios no consiste en develar el racismo de la obra, que es algo que salta a la vista y no ha parecido ser un problema para su influencia, ni tampoco denunciar que el texto miente o se equivoca en sus premisas, algo que también debería ser a estas alturas más o menos obvio. Lo que buscamos, tal como se planteó, es comprender las condiciones históricas, políticas y sociales que permitieron que ese tipo de ideas tuvieran una influencia en la sociedad chilena, y las condiciones que han permitido que esta obra sea reinterpretada y reapropiada hasta la actualidad.

Esto no quiere decir que los cuestionamientos que se han realizado a la obra de Palacios y sus contenidos no constituyan un aporte a su comprensión y crítica. Muy por el contrario, pero lo que buscamos enfatizar es que tal como ha señalado Alvarado, la eficacia de la obra de Palacios como mito no tiene relación con su verosimilitud (2013). Edward Said plantea una consideración similar con respecto al orientalismo como objeto de estudio:

No hay que creer que el orientalismo es una estructura de mentiras o de mitos que se desvanecería si dijéramos la verdad sobre ella. Yo mismo creo que el orientalismo es mucho más valioso como signo de

poder europeo-atlántico sobre Oriente que como discurso verídico sobre Oriente (que es lo que en su forma académica o erudita pretende ser). Sin embargo, lo que tenemos que respetar e intentar comprender es la solidez del entramado del discurso orientalista, sus estrechos lazos con las instituciones socioeconómicas y políticas existentes y su extraordinaria durabilidad (Said, 2016, p. 26).

La obra de Palacios no oculta nada. De hecho, es incómodamente honesta. Develar sus mentiras, inconsistencias y falacias es importante, pero no necesariamente hará que su influencia decaiga. Sobre todo si la crítica se enfoca en las cuestiones de coherencia interna del texto o la respuesta que ofrece Palacios a la pregunta por el origen de la raza chilena, como si hubiese una respuesta correcta para una interrogante que en sí misma es problemática.

Un último tema a exponer sobre la crítica de la raza chilena tiene que ver con el posicionamiento del investigador en este trabajo, con la cuestión de la implicación. Más allá de ahondar en nuestras propias convicciones ideológicas y prenociones, lo que cabe señalar es que tanto la selección del caso de estudio como el marco de análisis propuesto, se explican por un interés en aportar al debate actual sobre el racismo en Chile. En ese sentido, asumimos lo que Said denomina una política de interferencia (1998), ya que buscamos influir políticamente con nuestro trabajo, con todas las limitaciones que este pueda tener.

También es importante señalar que a pesar de cierto procedimiento retórico-político de plantearnos, en la escritura, desde un afuera a lo que se describe como raza, nación o cultura chilena, en la práctica es imposible desligarnos de esta cultura, de su historia y de la influencia que ha tenido en nuestra subjetivación. Concebimos por tanto nuestro trabajo de reflexión como una crítica cultural de carácter inmanente (Adorno, 1984), asumiendo que es imposible e inconducente posicionarnos por encima de esta cultura o ajenos a sus implicancias. Asumimos estratégicamente una distancia que posibilite su crítica, pero es importante también poder reconocer hasta qué punto el racismo chileno, con toda su eficacia social y fuerza mítica, está presente también en estas páginas.

Archivo

El archivo sobre el que se trabaja la historia del concepto de *Raza Chilena* está compuesto por un conjunto de documentos, publicaciones, textos de prensa escrita e imágenes. Se estructura fundamentalmente en torno a la obra de Nicolás Palacios y los debates en torno a su propuesta. Corresponde por tanto en su generalidad a lo que se denomina fuentes documentales primarias, tanto generales como especializadas (Barranco, 2001), donde algunas se centran específicamente en el autor y otras solo lo mencionan en el contexto de panoramas generales o aproximaciones más amplias al tema.

Para la revisión y comentarios sobre *Raza Chilena* de Nicolás Palacios se ha tomado como referencia la tercera edición del texto publicada por *Ediciones Colchagua* en 1987, por tratarse de la edición más difundida y ser una reproducción facsimilar del volumen que Palacios publicó de forma anónima en 1904.

Para la elaboración del archivo, se ha hecho un levantamiento de información a través de portales de tesis, revistas de corriente principal, bibliotecas y el archivos de referencias críticas de la Biblioteca Nacional, buscando tanto referencias sobre Nicolás Palacios como sobre el concepto de raza chilena. Además, se ha incluido en este archivo una serie de imágenes sobre el monumento *Raza chilena u homenaje a Nicolás Palacios* realizado por el escultor Fernando Thauby en 1926, reconstruyendo a través de la prensa y la información disponible, la historia de este monumento con sus réplicas, reubicaciones, divisiones y profanaciones. El criterio con el que se han seleccionado los documentos analizados está dado tanto por su interés teórico como por su relevancia en el contexto de los debates sobre el concepto de raza chilena. El archivo de nuestra investigación se compone tanto por enunciados o documentos como por referentes visuales, en el entendido de que la historia del concepto de raza chilena se debe analizar en ambas dimensiones: las palabras y las cosas. La relación que existe entre las representaciones visuales de la obra de Palacios, que en el contexto de nuestro trabajo son interpretadas como una manifestación de la presencia de la figura de Palacios en el discurso público político, es abordada en extenso en el *Capítulo II*.

Genealogía

Una vez argumentado lo que entendemos por crítica y descrito el archivo sobre el que trabajamos, corresponde hacer algunas precisiones sobre lo que entendemos como genealogía en el contexto de esta investigación. Para eso, desarrollaremos un argumento metodológico sobre el vínculo de este procedimiento con nuestro objeto de estudio y algunas precisiones sobre su uso en este contexto. La crítica genealógica del archivo, a pesar de constituir un fundamento permanente del trabajo, se desarrolla de forma extensa en el *Capítulo III*.

La genealogía, como procedimiento de investigación histórico-filosófico, “busca restituir las condiciones de aparición de una singularidad” (Foucault, 1995, p. 16), analizando históricamente sus múltiples determinaciones, con el objetivo de relevar las relaciones de poder que han constituido históricamente los saberes y discursos que han dado lugar a los cuerpos y sujetos (Gonçalvez, 1999). Lo que nos interesa comprender a través de este procedimiento, siguiendo a Nietzsche, no es el supuesto *origen* de los conceptos como una realidad ahistórica, sino comprender su procedencia y manifestación en la historia. esto implica desarrollar un fuerte sentido histórico para captar el devenir histórico de los conceptos y las ideas (Nietzsche, 2018).

Consideramos que esta propuesta es especialmente útil para interrogar discursos como el racismo chileno, que se sustentan y formulan como saberes sobre nuestro origen o identidad, donde la genealogía devela la arbitrariedad de sus fundamentos y aquellos procedimientos, luchas y enfrentamientos que han dado lugar a su constitución. Como señala Judith Butler:

La genealogía indaga sobre los intereses políticos que hay en señalar como *origen* y *causa* las categorías de identidad que, de hecho, son los *efectos* de instituciones, prácticas y razonamientos de origen diverso y difuso. La labor de este cuestionamiento es centrar —y descentrar— esas instituciones definitorias (Butler, 2007, p. 38).

En la caracterización del procedimiento genealógico también es importante relevar la importancia que tiene el momento teórico-conceptual del análisis, porque la genealogía no puede ser reducida a una mera narración histórica de los usos o efectos de los discursos. Como señala Nietzsche:

Por muy bien que se haya comprendido *la utilidad* de un órgano fisiológico cualquiera (o también de una institución jurídica, de una costumbre social, de un uso político, de una forma determinada en las artes o en el culto religioso), nada se ha comprendido aún con ello respecto a su génesis” (Nietzsche, 2018, pp. 111-112).

Esto implica que en todo momento se busque una articulación entre el aspecto histórico y el aspecto teórico, aportando en esta interpretación nuevos argumentos a lo expuesto en el marco teórico y en los antecedentes sociohistóricos.

Por último, es necesario hacer un alcance con respecto al uso de esta modalidad de crítica para nuestro caso, ya que para Foucault, “los textos constituyen una masa, en la cual desaparecen los autores y se despliegan los discursos y enunciados” (Buitrago-Carvajal, 2015, p. 175). Para Foucault, en la comprensión de una formación discursiva no interesa “su génesis progresiva e individual en el espíritu de un hombre, sino su dispersión anónima a través de textos, libros y obras” (Foucault, 2015, p. 81).

En la formulación de nuestra investigación, la referencia a Nicolás Palacios y los autores que han comentado su obra son fundamentales para entender las relaciones de poder que han configurado históricamente los discursos sobre la raza chilena y el racismo chileno. En ese sentido, compartimos la idea planteada por Edward Said de que “los escritores individuales influyen de manera determinante en ese cuerpo de textos colectivo y anónimo que constituye una formación discursiva” (Said, 2016, p. 48). Los discursos que analizaremos, en su dispersión y heterogeneidad, remiten en su generalidad a la obra de Palacios como una hito fundamental e ineludible del discurso sobre la existencia de una raza chilena, siendo su figura individual relevante para aprehender el surgimiento y consolidación del racismo chileno a través de los distintos contextos sociales y políticos.

Capítulo I. Nicolás Palacios y la *raza chilena*

El concepto de *raza chilena* no se gestó en despachos universitarios ni en sociedades científicas, si no en las obsesiones y preocupaciones de un solitario y conflictivo médico de la pampa salitrera, que como hombre público intervino en los acontecimientos más decisivos de su tiempo, interpretando las enormes transformaciones sociales y culturales del periodo como un signo de decadencia y disolución del espíritu nacional.

La biografía de Nicolás Palacios permite seguir el hilo de la recepción temprana del nacionalismo étnico en Chile, ofreciendo un testimonio del declive de los imaginarios racionalistas e ilustrados del siglo XIX y de la irrupción de un nacionalismo mesocrático con vocación de masas, que interpretó políticamente a profesores, militares, funcionarios públicos y otros representantes de las capas medias que no se sentían representados ni por una oligarquía groseramente ensimismada ni por una clase trabajadora que asumía sus propias formas de organización y politización. Lo que nos interesa es comprender los circuitos culturales en que participó Palacios, los debates políticos en que intervino y los acontecimientos sociales y políticos que fueron relevantes en la conformación de su pensamiento, para comprender cómo se fue gestando uno de los mitos políticos que han calado más hondo en la identidad nacional: que en Chile existe una raza única y definida, o en términos de Palacios, que “el roto chileno es una entidad racial perfectamente definida y caracterizada” (1987, p. 2).

En el surgimiento del concepto de raza chilena, se fueron hilvanando acontecimientos políticos, teóricos y biográficos, que son relevantes tanto para comprender la figura de Palacios como persona individual como para entender el contexto social y político en que su obra se desarrolla. Lo que nos interesa en ese sentido es entender por qué Palacios llegó a ser quien fue y a escribir lo que escribió. Eso no significa que busquemos un fundamento psicológico o individual para su teoría, sino más bien demostrar que su propuesta teórica es expresiva de un proceso de *subjetivación política*, que permite comprender críticamente los acontecimientos políticos y sociales de comienzos del siglo XX.

Para elaborar este capítulo hemos tomado como referencia la reseña biográfica que el hermano menor de Palacios, el escritor Senén Palacios, publicó en dos partes en la *Revista Chilena*, y otras fuentes que permiten profundizar en determinados acontecimientos, hechos históricos o figuras del periodo. Además, hemos hecho referencia a sus obras *Raza Chilena* y *Decadencia del espíritu de nacionalidad*, para desplegar los principales argumentos de la teoría de la raza chilena y los rasgos fundamentales del pensamiento nacionalista de Nicolás Palacios. Cuando ha sido necesario, hemos citado fuentes secundarias, relativas o no a la figura de Nicolás Palacios y la recepción de su obra, pero es importante recordar que lo que refiere a la recepción de sus ideas y los debates críticos sobre el racismo chileno es materia de los siguientes capítulos.

Chileno de raza

Nicolás Palacios Navarro nació el 9 de septiembre de 1854 en Santa Cruz, una aldea perteneciente a la provincia de Colchagua, que en ese entonces pertenecía al Departamento de Curicó. Se trata de una zona predominantemente agrícola, donde la oligarquía terrateniente ejercía una gran influencia cultural y política. Sus padres, ambos de nacionalidad chilena, se llamaban Faustino Palacios y Jesús Navarro. Nicolás era el mayor de seis hermanos, teniendo dos hermanos y tres hermanas. El padre de Nicolás se dedicaba “al comercio y trabajos agrícolas de escasa importancia, cultivando su viña y su potrero de siembra” (S. Palacios, 1917, p. 535).

Uno de los rasgos más interesantes de la biografía que Senén Palacios publicó sobre su hermano Nicolás es el conjunto de proposiciones, algunas de ellas bastante antojadizas, que buscan presentar a Palacios como un representante emblemático e indiscutido de la raza chilena. Una cuestión que para Senén es importante dejar en claro desde el primer momento, y que identifica tanto en los acontecimientos decisivos de la biografía de Palacios como en los más mínimos gestos. Por ejemplo, refiriéndose a la infancia de Palacios, señala que:

Fue un niño sano y muy rubio, cuyos bucles de oro conservó una de sus tías, mostrándolos, años después, a los que dudaban viéndole su pelo negrísimo como el ala de un cóndor de nuestras montañas. Era el predominio racial en su primera infancia de la herencia paterna, de estirpe goda casi pura. Más tarde comenzó a predominar en él la herencia materna, más rica en sangre araucana. Representaba, por consiguiente el tipo netamente chileno, mestizo, producto étnico de la fusión de dos razas, la conquistadora con la conquistada (S. Palacios, 1917, p. 535).

En este fragmento, no solo encontramos un ejemplo del trillado “era rubio cuando chico” que desnuda de forma tan evidente los complejos y representaciones raciales de nuestra sociedad, si no además una referencia indirecta a una de las principales cualidades que de acuerdo a Palacios caracterizan a la raza chilena: que en su conformación la raza goda aportara el elemento masculino y la raza araucana el elemento femenino (N. Palacios, 1987, p. 13), ofreciendo ciertas condiciones específicas de mestizaje que Palacios estimaba óptimas y que eran una garantía de la unidad y estabilidad de la raza.

Palacios hizo sus estudios primarios en la Escuela de Santa Cruz, donde destacaba en los deportes y demostraciones físicas, siendo en el juego de la chueca “diestro como un araucano” (S. Palacios, 1917, p. 536). En este periodo se produjo el fallecimiento de su madre, estando según Senén la infancia de Nicolás marcada por la falta del “calor del regazo materno” (1917, p. 536) y la severidad de su padre, que imprimieron en su carácter una “cierta rudeza varonil” (1917, p. 536). Nuevamente, otra de las cualidades que Palacios atribuye a la raza chilena.

A los 15 años, se trasladó a Santiago para estudiar en el Instituto Nacional, dirigido en ese entonces por Diego Barros Arana, uno de los principales representantes de la historiografía liberal. En el Instituto Nacional, Palacios adquirió un “espíritu positivo y científico, y bebió el germen de un escepticismo religioso que hizo de él un libre pensador” (S. Palacios, 1917, p. 539). A pesar del carácter religioso que se buscaba establecer en la formación de los jóvenes en ese periodo,

Palacios se inclinó por las ideas laicas e ilustradas. Según recuerda su hermano, “un día que Nicolás pidió *Las ruinas de Palmira*, le fue negado el libro y túvosele por peligroso” (p. 539).

No fue un estudiante especialmente destacado. Se interesó por la literatura y participó con entusiasmo de las riñas entre colegios rivales, donde “se le encendía toda la sangre araucana que llevaba en las venas” (1917, p. 539). Sabemos también por su hermano que, junto a sus compañeros, participó con entusiasmo en las fiestas cívicas y religiosas, sintiendo un gran fervor por las demostraciones y conmemoraciones militares.

Su paso por el Instituto Nacional fue determinante para su formación, porque le permitió desenvolverse en un ambiente cultural rico en discusiones sobre política, ciencia y religión. Sostenía acaloradas discusiones sobre estos temas con sus compañeros de estudio y otros pensionistas, en las que fueron tomando forma sus primeras inquietudes políticas y también sus primeras influencias intelectuales. De esta forma, fue asimilando, junto a sus compañeros, las principales corrientes intelectuales de fines del siglo XIX. Como señala Senén, en el entorno de Palacios:

Casi todos eran libre pensadores, discípulos de las ideas democráticas de Bilbao en política y de Darwin en ciencias naturales, cuyos apóstoles militantes en Santiago eran el Patriarca Matta y don Diego Barros Arana. Algunos se hicieron espiritistas con Basterrica o positivistas con Lastarria. Mi hermano pasó por todas esas evoluciones antes que su poderosa mentalidad encontrara su verdadero camino (1918, p. 47).

Tupper destaca en este periodo la influencia que, a través de la enseñanza de Barros Arana, tuvieron en Palacios las ideas positivistas de Comte y Littré, y posteriormente el pensamiento evolucionista de Darwin y Spencer (1987, p. XVII).

Una vez que egresa como bachiller de humanidades, en 1874, decide ingresar a estudiar medicina. Una decisión que su hermano Senén califica como un error, pues “no encontró en la medicina la verdad científica y exacta que se había imaginado”

(1918, p. 47), siendo en esa época una carrera que define como empírica y rutinaria. Por ese entonces, según su hermano, “la nueva escuela bacteriológica no había echado aún las bases verdaderamente científicas de la medicina del porvenir, y de la cual la cirugía y la higiene moderna son ramas del saber que honran a la humanidad” (S. Palacios, 1918, p. 48).

En ese mismo periodo Palacios se interesa por las ideas de Darwin y persiste en su interés por la literatura, con un gran entusiasmo por *El Quijote* y *La Araucana*. Obras que posteriormente citaría profusamente en su obra *Raza Chilena* como sólidos fundamentos científicos de sus indagaciones sobre psicología étnica. Sabemos también que Palacios participó en este periodo en diversos concursos de la Academia Literaria y obtuvo varios premios.

La descripción que hace Senén de la temprana adultez de su hermano es de una actividad intensa, donde sus estudios de medicina eran complementados con lecturas interminables, pintura, escultura, escritos en verso y prosa, siendo además un gran ajedrecista y jugador de billar. Sus amores “fueron infinitos como las estrellas del cielo, siempre apasionado, jamás cautivo, pues no se casó nunca” (1918, p. 48). En cuanto a su personalidad, nos dice que era generoso, desarreglado, sin preocupación por su afeitado, por vestir a la moda ni por usar accesorios, cuestión que coincide con el carácter sobrio y parco que Palacios atribuye a la raza chilena y en general a las razas de psicología patriarcal.

Mientras Palacios cursaba sus estudios de medicina, falleció una de sus hermanas, acontecimiento que: “lo hizo pasar por una terrible crisis de dolor que puso de relieve la sensibilidad de su alma, dejándole en un estado vecino al sonambulismo. Era una sombra y el pobre andaba ocultándose para llorar” (S. Palacios, 1918, p. 49). Estaba Palacios en tal estado de abatimiento y enfermedad que su padre lo hizo retornar a Santa Cruz, dejando por el momento sus estudios inconclusos. Fue en ese contexto, en 1879 que estalló la guerra del pacífico. Un conflicto bélico que tal como hemos señalado tuvo un impacto cultural muy significativo, específicamente para el desarrollo del ideario nacionalista y los mitos sobre las aptitudes militares de la raza chilena.

Nicolás, enfermo y débil, asistía al espectáculo conmovedor de la nación levantada en guerra, oía los toques del clarín llamando a los chilenos y vio partir de Santiago a las primeras tropas que a tambor batiente desfilaron por la Alameda en medio de una multitud delirante, en su mayoría gente del pueblo (S. Palacios, 1918, p. 49).

Aunque Palacios quiso partir de los primeros a la guerra, su padre se lo prohibió, debido a su precario estado de salud. Esta negativa sin embargo fue reconsiderada cuando su hermano Senén partió a la guerra sin avisar a su familia, comunicándose con ellos una vez que ya formaba parte del Batallón Atacama. Su padre, preocupado por la suerte del menor de los Palacios, consintió que Nicolás partiese a la guerra, preocupado ante la posibilidad de que su hijo Senén fuese herido y confiando en que entre los dos hermanos se cuidarían (S. Palacios, 1918). Partió finalmente Palacios al norte a mediados de mayo de 1880.

El 26 de mayo de 1880, en el contexto de la Batalla de Tacna, una bala hirió a Senén en la mitad del pecho, quedando abandonado a su suerte entre numerosos muertos y heridos. Cuando estaba a punto de morir, lo encuentra Nicolás, quien luego de haber servido como médico en el regimiento *Cazadores del desierto* partió a buscar a su hermano al campo de batalla, salvándole la vida tal como había prometido a su padre. Luego de haber prestado cuidados a su hermano por varios meses, lo lleva a Santa Cruz, para regresar al norte y tomar parte en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Una vez decidido el conflicto bélico en favor de Chile, Palacios “entra a la capital del país vencido a celebrar el triunfo, gozándolo con locuras juveniles” (S. Palacios, 1918, p. 51). Regresó a Chile junto al ejército, que hizo su entrada triunfal por la Alameda de Santiago. Sin embargo, la euforia con que recibió estos acontecimientos sería efímera, dando paso a un nuevo periodo de melancolía. De regreso en Santiago, hubo un periodo de dos o tres años:

Quizás cansancio [sic] o falta de un aliciente poderoso, parecía como hastiado de la vida y era su humor sombrío, viviendo de recuerdos, con crisis de tristezas y sin ánimos ni para terminar sus estudios de medicina (S. Palacios, 1918, p. 52).

En 1886, un amigo le propuso a Nicolás que fuese a trabajar de médico en el *Mineral de Las Condes*, oferta que aceptó, partiendo junto a su hermano Senén, a trabajar en plena cordillera. En este trabajo, muy exigente en términos físicos, Senén duraría apenas un año y Nicolás cuatro. En 1890 retorna a Santiago, sin haber obtenido los recursos económicos que esperaba, “pobre y desengañado” (S. Palacios, 1918, p. 52). Logró sin embargo en ese periodo recibirse de médico, mas no ejerció la profesión y volvieron los días de abatimiento, “tanto más sombríos cuando que comenzaba a declinar su juventud, contando a la fecha 36 años de edad” (S. Palacios, 1918, p. 52).

En este periodo Palacios conoce la obra de Herbert Spencer, intelectual de gran influencia a fines del siglo XIX que tuvo un fuerte impacto en sus ideas políticas:

Haciéndole un convencido individualista, enemigo del socialismo, al que condenó siempre, por estimar que la supervivencia de los más aptos es ley fundamental biológica del progreso humano. No obstante, sentíase arrastrado hacia las clases proletarias, interesándose por la suerte y el destino de los desheredados de la fortuna (S. Palacios, 1918, p. 53).

Ya en esta época se expresaba un rasgo que caracterizaría de forma decisiva al pensamiento de Palacios: su inclinación hacia los sectores populares y su defensa de un concepto de selección racial inspirado en el darwinismo social. En su obra *Raza Chilena*, señala Palacios años mas tarde que:

Aquella lucha a muerte entre dos razas de la misma especie zoológica es un fenómeno natural i que se repite incesantemente en toda la escala orgánica. Es la eterna lei del perfeccionamiento de los seres organizados sin escepcion, de la célula al hombre; es la admirable lucha selectiva descubierta por Darwin; la lei de la supervivencia del mas apto formulada por Spencer, tan universal e ineludible como la de la gravitacion. Solo cesa la lucha en las especies prontas a extinguirse (N. Palacios, 1987, p. 119).

Concluye de esta forma un primer periodo en la biografía de Palacios, que se caracteriza por la transición desde un pensamiento liberal e ilustrado, fuertemente influido por la figura de Barros Arana, a un pensamiento caracterizado por la influencia de las ideas de Spencer. Uno de los acontecimientos más relevantes de este primer periodo está dado por su participación en la Guerra del Pacífico, conflicto al que Palacios hace referencia en varios pasajes de *Raza Chilena* y que tuvo un tremendo impacto en el desarrollo del imaginario nacionalista en Chile, incluso hasta la actualidad. Como señala el sociólogo Jorge Larraín:

No es sorprendente que después de esta guerra florezca en la pluma de Nicolás Palacios un relato militar y racial de la identidad chilena, que ensalza nuestras virtudes bélicas. Esta versión de identidad le concede un lugar central al ejército, a la guerra y a las virtudes bélicas de la raza en la identidad chilena (Larraín, 2014, p. 97).

Es en el contexto de la guerra del pacífico que surgen los primeros atisbos de un concepto de homogeneidad racial en Chile. De acuerdo a Klaiber, el éxito de Chile y su consolidación como potencia militar en la región era frecuentemente atribuido a sus cualidades raciales, siendo una raza que se contraponía a la de países como Perú o Bolivia donde se expresaba con mayor fuerza el elemento indígena (1978). Palacios hace referencia a esta idea sobre la raza chilena, señalando que: “las aptitudes militares del roto chileno fueron unánimemente reconocidas desde que apareció en la escena del mundo.” (N. Palacios, 1987, p. 2).

En la obra de Palacios hay un vínculo entre lo racial y lo militar, que se basa en una mitologización de las aptitudes bélicas de los *araucanos* y de los conquistadores. Esta idea pretende dar un fundamento étnico a una de las tesis más características del nacionalismo chileno: la continuidad entre la nación chilena y el pasado indígena, expresada sobre todo a través de la reivindicación de las virtudes militares. Una idea que tal como hemos señalado en el apartado de antecedentes sociohistóricos, implicó que la República chilena representara el pasado militar indígena como su propio pasado (Láscar, 2007).

Consideramos que en esta idea, cuya formulación está presente en la obra de Palacios pero a la vez la excede, reside uno de los principales fundamentos del racismo chileno: la reivindicación de determinados sujetos políticos que dejan de lado al sujeto concreto, para convertirlo en un mito funcional a la narrativa de la nación.

En el caso del pueblo mapuche, se trata de su incorporación al imaginario nacional bajo la figura del *araucano*, que ofrece una lectura asimilacionista del sujeto indígena, al que se homogeneiza e identifica con el conquistador. Como señala Bernardo Subercaseaux, “Palacios homogeniza y europeíza al ‘otro’, lo transforma en una suerte de protogermano” (2010, p. 33). Esto pone a Palacios, por ejemplo, en una vereda contraria a José Carlos Mariátegui, quien no hacen una reivindicación abstracta y mitológica del pasado indígena, si no que expresa en su trabajo una preocupación por el indígena como sujeto concreto (Mazzeo, 2013).

Del mismo modo, podemos señalar que la reivindicación que hace Palacios de la clase trabajadora, bajo la figura del *roto chileno* representa una mitologización del proletariado que deja de lado al sujeto histórico concreto, porque le atribuye al roto chileno determinadas cualidades de obediencia y abnegación que no necesariamente se corresponden con las cualidades del trabajador del norte salitrero.

Para Palacios, la figura del *roto chileno* corresponde a aquel trabajador patriota, que acepta con vocación militar la precariedad y subordinación, asumiendo con entusiasmo y patriotismo su lugar en la jerarquía social. Es el *buen chileno*, que contrapone a aquellos trabajadores que se identifican con doctrinas socialistas o igualitaristas, a quienes no considera chilenos de raza, si no solo de nacimiento: “En Santiago, en Chile, es mui facil [sic] comprobar que los apóstoles del amor a la humanidad, los creyentes en la República Cósmica que están apareciendo, o son chilenos solo de nacimiento, o mestizos de matriarcal europeo” (1987, p. 477).

La distinción entre *chilenos de raza* y *chilenos de nacimiento* da cuenta de uno de los rasgos característicos del racismo: el establecimiento de un criterio de demarcación, supuestamente objetivo, sobre la pertenencia a la comunidad

nacional. A partir de este criterio de raza, solo se considera como representantes del *ser nacional* a quienes se desenvuelvan de acuerdo a las cualidades, que se atribuyen a la raza chilena bajo criterios supuestamente científicos y objetivos. Este criterio de demarcación entre chilenos de raza y de nacimiento se encuentra de forma concreta en las motivaciones políticas de su obra *Raza Chilena*:

Cuando hablo de chilenos me refiero a los que lo son por raza, no a los de nacimiento, porque es solo por mi raza por quien abogo, porque es mi raza la calumniada, i porque solo a mi raza me debo (N. Palacios, 1987, p. 273).

Palacios, tal como nos ha pretendido demostrar su hermano Senén en reiteradas oportunidades, sería un *chileno de raza*. Un representante de las cualidades que caracterizan al *roto chileno*. Para comprender la reivindicación que hace Palacios de la figura del *roto chileno* y los argumentos que emplea para concebir al roto como representante de la raza, es necesario profundizar en uno de los acontecimientos decisivos de su biografía: su traslado a trabajar como médico en la pampa salitrera y su contacto directo con la clase trabajadora, donde desarrolla sus primeras tesis raciales y se interesa por intervenir en el debate público.

El roto chileno

En el contexto de la guerra civil de 1891, Nicolás tomó partido por el bando opositor al presidente José Manuel Balmaceda, que terminó imponiéndose en ese conflicto bélico. Palacios “no pudo embarcarse para el norte, pero trabajó para levantar la opinión pública en Santiago” (S. Palacios, 1918, p. 54), descubriendo que intervenir en las discusiones políticas y en la esfera pública era tan importante como formar parte de los combates y acontecimientos políticos.

Con cerca de 40 años, se traslada al norte de Chile, dejando su residencia en Santiago para desempeñarse como médico en las oficinas salitreras. Para este propósito, establece su residencia en Alto de Junín, un sector cercano a Pisagua, debiendo recorrer largas distancias a caballo para atender cada una de las oficinas que estaban a su cargo.

En el contacto con los empleadores, que en su mayoría eran extranjeros, Palacios pudo practicar inglés, “idioma que alcanzó a hablar, como hablaba en francés y podía traducir el italiano y un poco el latín” (S. Palacios, 1918, p. 55) y tuvo una intensa vida social, destacando en las actividades sociales y deportivas. Sin embargo, su principal interés fue vincularse con los trabajadores, con “los rotos, sus paisanos, que por instinto reconocieron en él un amigo, algo semejante en su rudeza y porte altivo” (S. Palacios, 1918, p. 55).

En un primer momento Palacios se dedicó a intervenir en los debates sobre el salitre y su industria, publicando en la prensa “una serie de artículos ardientes de patriotismo, encaminados a nacionalizar la industria, resguardándola del trust o monopolio” (S. Palacios, 1918, p. 57) y estudiando nuevos procedimientos industriales. Sin embargo, sus inquietudes intelectuales y políticas rápidamente fueron ampliándose a otros temas, siendo en este periodo que comienza a interesarse de forma más sistemática por la cuestión racial, específicamente por los orígenes étnicos de la sociedad chilena, llegando el autor a la convicción de que los chilenos “formaban una entidad racial bien definida y única, con caracteres propios, entidad que era la base étnica de la nación” (S. Palacios, 1918, p. 58).

Para Palacios, los rasgos físicos y psicológicos que atribuía a la raza chilena se expresaban de forma más nítida en los sectores populares, específicamente en lo que se llamaba el *roto chileno*. En uno de los textos que después recoge en *Raza Chilena* señala concluye que: “lo que ordinariamente llaman roto, esto es la clase pobre de Chile, es lo que los entendidos llaman base étnica de una nación, i que no poseen sino las que tienen la suerte de contar con raza propia” (N. Palacios, 1987, p. 29).

La figura del *roto chileno* ha sido definida como “el tipo proletario que había nacido con el movimiento obrero, en particular de aquel oriundo del mundo minero de las provincias del Norte grande” (Gutiérrez, 2010, p. 126). Es importante tener en cuenta que el roto chileno comienza a ser reivindicado como un emblema de la identidad nacional con posterioridad a la guerra del pacífico. Antes de esto el concepto era utilizado por las élites con un sentido más bien peyorativo (Cid, 2009).

Interesado en fundamentar sus investigaciones sobre la raza chilena, Palacios buscó en distintas fuentes históricas los argumentos que le permitieran establecer los orígenes étnicos del pueblo chileno, buscando tanto información relativa a los conquistadores españoles como a la raza que llama araucana. Estudia documentos históricos, como cartas de Pedro de Valdivia y Actas del cabildo de Santiago, basándose en descripciones y relatos para sustentar sus hipótesis. Así mismo, “se hizo venir de Europa cuando libro tratase de antropología, etnología, biología, psicología étnica, lingüística, filología, como asimismo las historias de los pueblos que habitaron a España desde los tiempos mas remotos” (S. Palacios, 1918, p. 58). Interesado especialmente en aquellas obras que abordaran la cuestión de las razas y el mestizaje (S. Palacios, 1918).

Lo que motiva a Palacios a llevar a cabo estas indagaciones es lo que considera una “campaña emprendida en nuestro desprestigio por algunos diarios de Santiago” (p. 62). Para Palacios, existía en la opinión pública una consideración desfavorable hacia la raza chilena, que se expresaba en una desvaloración por lo nacional en detrimento de lo extranjero. Algunas de las ideas que Palacios busca contrarrestar están contenidas en las estadísticas criminales, en las informaciones que señalan que habría en Chile una mentalidad socialista, y en determinados relatos que buscan presentar a los araucanos como salvajes. Esta información estaba contenida en estadísticas oficiales, en textos educativos y en los *Anales de la Universidad de Chile*. Según la obra de Palacios, la supuesta campaña de desprestigio que existe contra el pueblo chileno se basa en tres ideas:

- 1°. El de que estamos convirtiéndonos en socialistas peligrosos. Condición moral, que no intelectual, tenida por la ciencia moderna como signo seguro de inferioridad étnica, por lo cual urge refutar;
- 2°. Que somos una casta de criminales que debiéramos estar en presidio perpetuo;
- 3°. El de que con nuestra rudimentaria inteligencia hemos corrompido la galana habla de Castilla, convirtiéndola en una jerga ininteligible que es una vergüenza nacional (N. Palacios, 1987, p. 85).

De esa forma, los sucesivos trabajos que publica en periódicos y folletos y que luego dieron forma a su libro raza chilena se basan en desmentir u ofrecer argumentos alternativos sobre estos tópicos, desarrollando ideas sobre psicología étnica, estadísticas criminales y lingüística. Hace de esa forma una defensa de las cualidades de la raza chilena, y denuncia a quienes han publicitado estas ideas.

Palacios llega al convencimiento de que las supuestas opiniones negativas que existían sobre Chile eran fruto de una “campaña mercantil emprendida por agentes extranjeros de colonización (ayudados, es cierto, por gestores administrativos chilenos) y sin otros fines que apropiarse de los terrenos de la nación” (S. Palacios, 1918, p. 62). Afirma que estos “datos mentirosos se invocan para arrebatarse a mi raza el suelo de su patria, empapado aun con la sangre de sus prorenjentes, para entregarlo a la ínfima estrata de razas estrañas e inferiores a la nuestra” (N. Palacios, 1987, p. 255).

En el fondo, la motivación última del trabajo de Palacios era desarrollar una protesta contra la inmigración “latina”, sobre todo italiana, que estaba teniendo lugar en el sur de Chile, y que Palacios, imbuido en la lógica racialista del periodo, interpreta como una invasión pacífica y una estrategia de reemplazo étnico. El autor es explícito en hablar de una invasión latina:

Nada me habria importado como chileno el que hubiera en cualquiera parte de la tierra razas de espíritu opuesto al nuestro, ni razas latinas o no latinas; pero el que esté nuestro pais amenazado por la invasion latina, que considero funestísima, letal para Chile, no puede dejarme indiferente (N. Palacios, 1987, p. 404).

Para eso, desarrolla una serie de argumentos raciales que le permiten afirmar los peligros que entraña para la raza chilena el mestizaje con razas de psicología desemejante, personificando en las razas de origen matriarcal, como la latina, todos los peligros y problemas que amenazan a la raza chilena.

Lo que se propone Palacios es intervenir en la opinión pública, con el propósito de que estos territorios sean colonizados preferentemente por inmigrantes chilenos

o inmigrantes de raza germana, cuya psicología considera semejante a la del *roto chileno*. Para Palacios:

Como las tierras son pocas, la selección de sus futuros pobladores ha de ser rigurosa, no solo en cuanto a sus dotes morales sino también en cuanto a sus cualidades físicas, fisiológicas y étnicas. Los colonos deberán ser de buena conducta, sobrios en el beber, aunque no sean temperantes; de buena constitución y talla; sin enfermedades hereditarias en su familia; y de la clase intermedia en las regiones despobladas o que no tengan vecinos Araucanos.

En las regiones en que existan indígenas de nuestra sangre, deberán establecerse colonos rubios chilenos, ya sean de raza chilena pura o alemanes chilenos” (N. Palacios, 1987, p. 580).

Imbuído por el pensamiento racista europeo, establece criterios de selección racial y propone políticas de colonización específica, ubicando las razas en jerarquías y señalando aquellas razas que representarían un peligro para la estabilidad y la calidad de la raza chilena

Es necesario hablar claro, la raza chilena no debe mezclar su sangre con la latina ni menos con la africana. Para recuperar su derecho a las tierras de su patria no ha menester bastardear su linaje con negros (N. Palacios, 1987, p. 659).

En ese sentido, se puede señalar que el interés de Palacios por la cuestión racial y por intervenir en el debate público no tenía un interés científico o académico, sino que lo que buscaba era influir sobre los criterios de quienes tomaban decisiones y sobre la opinión pública. Es por eso que en este período se pone en contacto con instituciones como el Congreso Social Obrero de Santiago, con dirigentes del Partido Demócrata y con directores de distintos medios de comunicación (S. Palacios, 1918), y “leía cuanto diario o revista se publicaba en el país y pasaba atento al rumor de la opinión pública” (S. Palacios, 1918, p. 60). Buscando señales que le permitieran sustentar su tesis de la invasión latina y de la campaña de desprestigio que supuestamente existía contra el pueblo chileno.

Entre tanto, emprende un viaje a Europa: “estudiando en las fuentes mismas de los países que visitaba cuando pudiera servirle a reforzar la tesis que sostenía. En Londres escribió artículos en defensa de Chile” (S. Palacios, 1918, p. 61).

Patricio Tupper hace una amplia descripción de este periodo y de su influencia en la formación de Palacios, que nos permitimos citar en extenso:

A principios de siglo viaja a Europa, escudriñando catedrales y tumbas góticas, piedras visigodas en España, museos de pintura que guardan antiguos retratos y que para su gusto encierran claves etnológicas. En Alemania, Francia e Italia toma contacto al parecer con lingüistas y biólogos, y, con paciencia revisa los ficheros de las bibliotecas públicas. En Gran Bretaña se siente atraído por los debates políticos, empapándose en la postura proteccionista que está liderando Joseph Chamberlain, todopoderoso Ministro de las Colonias y campeón del imperialismo británico; momentos en que se lucha denodadamente en África del Sur contra los Boers. Acaso, en su fervor nacionalista, el doctor Palacios también imagina su patria ubicada en el pináculo del poder, y quiere presenciar, como a la flota del Albión en el Mar del Norte, a otras tantas hileras de acorazados paseando la enseña de Chile, vigilantes, brazo armado de una raza que protagoniza la historia. En Londres reafirma sus concordancias con Herbert Spencer (1820-1903), pues la supervivencia del más apto y la especialización de funciones —pareciera comprobarse en la expansión británica— es la fórmula sociológica para el éxito de las naciones (Tupper, 1987, p. XVIII)

A su regreso a Chile continuó trabajando como médico en el norte, asimilando las nuevas lecturas que adquirió mientras continúa con sus intervenciones públicas. En este periodo publica un folleto que titula “*¡Alerta, chilenos!*”, en el cual condensaba sus ideas sobre colonización, repartiéndolo profusamente en el país (S. Palacios, 2018) y envía una serie de cartas a la prensa de Iquique, que firma como “*un roto*”.

Raza chilena

El interés de Palacios por intervenir en el debate público, su preocupación teórico-política por la cuestión racial y su campaña en contra de la inmigración latina, adquieren a comienzos del siglo XX un nuevo alcance, cuando viaja en 1904 a Valparaíso con el propósito de publicar una serie de textos sobre el problema de la raza y las políticas de colonización. En esta ciudad, se pone en contacto con la Imprenta Alemana de Gustavo Schäfer y publica rápidamente tres textos: *Colonización Chilena, reparos y remedios*; *Colonización Italiana, inconvenientes para Chile y para Italia*, y *La Raza Chilena, su nacimiento, nobleza de sus orígenes*.

Agregando algunos materiales a este conjunto, y ampliando su volumen de forma considerable, publica a fines de ese mismo año el libro *Raza Chilena. Un libro escrito por un chileno y para los chilenos*, publicado también de forma anónima por la misma imprenta. Sobre el proceso de circulación y la acogida que tuvo este trabajo nos ocuparemos en el capítulo siguiente, dedicándonos en lo que sigue a exponer las ideas fundamentales de *Raza Chilena*.

El propósito de Palacios en este libro es manifestar su opinión sobre: “quien es, como entidad humana, el roto chileno, cuales son los orígenes de su sangre, i cual la causa de la uniformidad de su pensamiento, condición la mas importante en sociología para caracterizar los grupos humanos llamados razas” (N. Palacios, 1987, p. 2). Palacios parte del supuesto de que la raza chilena “es una raza mestiza del conquistador español i del araucano, i vino al mundo en gran número desde los primeros años de la conquista” (1987, p. 2), reduciendo a dos el número de razas que intervienen en su conformación y estableciendo un periodo histórico en que se produce el mestizaje.

En la primera parte del texto profundiza en cuáles eran las características y orígenes de ambas razas, y cuales fueron las condiciones en que se produjo el proceso de mestizaje, llegando a la conclusión de que los conquistadores españoles eran específicamente descendientes de los godos, y que en el proceso de mestizaje con las mujeres de la raza araucana, dieron origen al roto chileno, que desde un punto de vista racial es “araucano-gótico” (1987, p. 5).

En lo relativo a los orígenes étnicos de los españoles, Palacios señala que:

El descubridor i conquistador del nuevo mundo vino de España, pero su patria de origen era la costa del mar Báltico, especialmente el sur de Suecia, la Gotia actual. Eran los descendientes directos de aquellos bárbaros rubios, guerreros i conquistadores, que en su éxodo al sur del continente europeo destruyeron el imperio romano de occidente. Eran esos los Godos, prototipo de la raza teutónica, germana o nórdica, que conservaron casi del todo pura su casta, gracias al orgullo de su prosapia i a las leyes que, por varios siglos, prohibieron sus matrimonios con las razas conquistadas (N. Palacios, 1987, p. 4).

De acuerdo a Encina, la tesis de Palacios sobre la ascendencia gótica de los conquistadores españoles estaba basada en el trabajo de Alfred Fouillée, quien explicaba la decadencia española a partir de la extinción de los descendientes de godos y germanos que pertenecían a esa nación, quienes por su genio aventurero y combativo se involucraron en las guerras de Carlos V y en la conquista de América (Encina, 1911). Tupper, por su parte, señala que esta idea pudo estar inspirada en el trabajo de Fouillée, pero también en Vacher de Lapouge (Tupper, 1987).

Consideramos que del planteamiento de Palacios sobre el origen gótico de la raza chilena se desprenden dos supuestos relevantes: en primer lugar, la idea de que la guerra funcionó como un factor de selección racial en la conformación de la raza chilena. Para Palacios, “gracias al heroísmo araucano, aquí no venían otros hombres que los que pudieran medirse con ellos” (N. Palacios, 1987, p. 189), por lo que los conquistadores que llegaron a Chile eran exclusivamente aquellos que descendían de los godos. En segundo lugar, está el supuesto de que en España existía una “separación absoluta de las razas hispano-romana y gótica” (Encina, 1911, p. 307). Esta última tesis diferencia a Palacios del conjunto de autores que reivindican la herencia y cultura hispánica en Chile, y de quienes en un sentido más amplio reivindican una herencia de la Europa latina. A diferencia de esta tradición, Palacios establece un vínculo preferente entre la raza chilena y la Europa germana.

En cuanto al otro componente del mestizaje, Palacios señala que “la sangre araucana era aportada por las innumerables mujeres que dejaron los indios en las provincias del norte i por el gran número de «piezas» femeninas que cojian a los Araucanos en sus continuas «guazabaras» o expediciones” (N. Palacios, 1987, p. 15). A pesar de la violencia que implica esta situación y el hecho de que se considerara a las mujeres como botines de guerra, Palacios busca dotar a este proceso de cierta épica. Como señala en *Raza Chilena*:

Nació pues nuestra raza como deben haber nacido todos los grupos humanos llamados razas históricas: de la conjunción del elemento masculino del vencedor con el femenino del vencido, cumpliéndose así la sentencia bíblica de que la mujer vengará a su raza, perpetuándose por ella la sangre de la estirpe vencida. En el nacimiento de la raza chilena se realizó aquel tributo de vírgenes que refieren los poetas que cantan el oríjen de los pueblos. Solo la raza jermana i algunas de las mestizas de su sangre han alcanzado el insigne honor de la chilena, de que sus orígenes fueran cantados por la epopeya, la mas alta manifestación literaria de la poesía (N. Palacios, 1987, p. 21).

Cuando Palacios señala que los orígenes de la raza chilena han sido cantados por la epopeya está haciendo referencia a *La Araucana*, un poema épico publicado por Alonso de Ercilla que junto a *Los Nibelungen*, los *Edda* y *El Cid Campeador*, consideraba testimonios de las glorias y hazañas de la raza goda (N. Palacios, 1987, p. 71).

Al reivindicar el componente araucano de la raza chilena, Palacios se enfrenta a un verdadero problema, porque, ni los autores racialistas en los que basa su argumentación ni la generalidad de la intelectualidad latinoamericana tenían en estima a las razas mestizas y los pueblos originarios. Frente a esta dificultad, Palacios se vio “en la alternativa de condenar a su raza a perpetua inferioridad o de encontrar la manera de incluirla entre las razas superiores” (Encina, 1911, pp. 306-307), inclinándose, como sabemos, por la segunda alternativa.

Para justificar su defensa la raza araucana y por tanto de la raza chilena, Palacios optó por basar su argumentación en criterios de psicología étnica, apartándose de los argumentos estrictamente biológicos sobre la existencia de las razas para explicar la división y jerarquía de razas a través de su carácter y psicología. Al respecto, menciona el trabajo de Théodule-Armand Ribot, quien consideraba que los rasgos psicológicos eran también cualidades hereditarias. Según Palacios, “los estudios científicos de la sicología están adquiriendo tan grande importancia porque se los considera una manifestación propia de cada raza, como signo étnico tan preciso i fijo como los signos físicos de las mismas” (N. Palacios, 1987, p. 407).

Palacios señala que los rasgos físicos expresan la diferencia entre las razas, pero que la jerarquía entre estas se establece por el criterio psicológico, compartiendo el supuesto racista de que existe una relación entre rasgos físicos y mentales:

Muy poco importaría que el hombre fuera blanco, negro o amarillo, ni que su cráneo fuera mas o menos ovalado o que sus huesos tuvieran algunos centímetros de mas o de menos, si no fuese que esos signos externos de las razas corresponden a almas diversas, i son las cualidades morales e intelectuales lo que establece la jerarquía entre las razas humanas (N. Palacios, 1987, p. 78).

Basándose en criterio de psicología étnica, Palacios establece una división y jerarquía de las razas entre razas matriarcales y patriarcales, siendo este un criterio que le permite establecer un ámbito de semejanza entre la raza araucana y la goda. Según Palacios, “los Godos i los Araucanos, tan diferentes en su aspecto físico, poseían ambos, con la misma nitidez i fijeza, todos los rasgos característicos de lo que los entendidos llaman sicología varonil o patriarcal” (1987, p. 6).

Este mismo criterio de semejanza entre la psicología de ambas razas emplea Palacios para reivindicar el carácter mestizo de la raza chilena. Como hemos señalado, el pensamiento racista considera que el mestizaje era un factor de degeneración y decadencia de las razas. Para Palacios, el mal concepto que los autores racistas tenían sobre el mestizaje tenía que ver en que solo hacían referencia al mestizaje entre razas de psicología opuesta:

Los sicólogos modernos tienen como verdad establecida la mala calidad de los mestizos de razas muy desemejantes. Los mestizos de que tratan, los únicos de que se han ocupado, son los de la raza conquistadora de Europa con los diversos indígenas de las partes del mundo conquistadas. Como las razas o familias de psicología patriarcal son tan raras en el mundo, esos mestizos lo han sido siempre de dos razas de psicología opuesta, matriarcal y patriarcal, lo cual explica la mala fama de los mestizos. Del mestizo chileno ningún cronista ni historiador antiguo se expresa mal (N. Palacios, 1987, p. 215).

Palacios señala que hay cuatro condiciones que hicieron posible “el caso feliz para nuestra patria y tan raro en la historia de las razas humanas, de la formación de una raza mestiza permanente” (1987, p. 27). En primer lugar, el hecho de que el número de los elementos que conformaran la raza estuviese reducido solo a dos. En segundo lugar, que dichos elementos tuviesen psicologías semejantes. En tercer lugar, que cada una de las razas aportara durante el proceso de mestizaje un solo elemento sexual, y en último lugar, que las dos razas que la conformaron fuesen puras, es decir, que tuviesen cualidades estables y fijas desde un gran número de generaciones (1987, p. 27). Para Palacios, “La única raza que mostraba algunos signos de impureza era la europea, pero, como he recordado, solo un 10 u 11% de sus individuos tenía mezcla con raza extraña a la germana” (1987, p. 27).

Como se puede apreciar, entre las muchas clasificaciones y jerarquías que existían en el periodo para la clasificación de las razas humanas, Palacios emplea la distinción entre razas patriarcales y matriarcales, una diferencia irreconciliable entre dos razas de psicología opuesta que atravesaba buena parte de la historia humana, y que alcanzaba en ese momento histórico su máxima expresión en la oposición entre la raza latina y germana. Esta idea en el pensamiento racista está presente en la obra de Houston Steward Chamberlain, uno de los referentes de Palacios que “construyó una oposición entre el mundo germano y el latino. Aquél habría revitalizado Europa y salvado la cultura, mientras que este expresaría la decadencia y la corrupción vinculada al mestizaje” (Corvalán, 2009a, p. 76).

Sin embargo ya en el periodo renacentista se hablaba del conflicto entre góticos y latinos. Como señala Ernst Gombrich, “los italianos reprocharon a los godos el hundimiento del Imperio romano, comenzaron por hablar del arte de aquella época denominándolo gótico, lo que quiere decir bárbaro” (2011, p. 167).

Palacios también hace referencia al periodo de crisis de la cultura greco-latina, interpretando el fervor con que los góticos habrían actuado en este conflicto como un signo de la psicología opuesta y su escándalo frente a la decadencia latina:

La cólera terrible que armaba su brazo destructor, el desprecio, o mas bien el asco que sentían por los letrados, sacerdotes i dioses del mediodía, tenían una sola, justa i santa causa: era el horror invencible, inmenso, a la corrupcion sin freno ni límites que invadía hasta la médula a todo el mundo meridional entregado a su espada vengadora [...] cuando formaron sus ejércitos y decidieron la invasion, venian penetrados de su papel de vengadores de la moral i del Todopoderoso, vilmente ultrajados por esa raza inferior de hombres afeminados y corrompidos (N. Palacios, 1987, p. 64).

¿Pero cuales eran los rasgos que atribuía Palacios a la psicología matriarcal en el periodo en que escribe su trabajo?, fundamentalmente tres: “el instinto comunista, la depresion del concepto de justicia i el debilitamiento de las virtudes domésticas” (1987, p. 494), signos que identificaba como factores presentes en la corrompida elite chilena, que consideraba profundamente *latinizada* (1987). Como ya hemos señalado, Palacios pertenece a aquel conjunto de autores que hacían un balance crítico del periodo, explicando el proceso de crisis y decadencia de la sociedad chilena a través de la influencia latina en las clases dirigentes. Para Palacios:

El mal no existiría si, en lugar de justificar, de proteger, de fortalecer el instinto natural i correcto del pueblo chileno, su clase «ilustrada» i dirigente no estuviera imbuida en las doctrinas absurdas de la fraternidad universal, de la raza universal, de la patria universal y de la mezcolanza universal de las razas para formar la civilizacion, i en tantas otras utopías funestas i latinas (N. Palacios, 1987, p. 449).

Palacios consideraba que la diferencia entre la psicología patriarcal y la matriarcal se expresaba fundamentalmente en que a los primeros los caracterizaba una férrea convicción de “la desigualdad natural que existe entre la capacidad de un hombre i la de otro hombre” (N. Palacios, 1987, p. 443), mientras que atribuía a las razas matriarcales las doctrinas igualitaristas y la idea de una igualdad entre las razas:

Con esas ideas llegan los latinos a cualquiera nacion extranjera, i proceden desde luego a intervenir en su política interna, a predicar sus doctrinas universales i absolutas tratando de imprimir rumbos a la sociedad que los alberga en su seno. Ninguna colonia de oriĝen hermano procede de tal suerte (N. Palacios, 1987, p 439).

La influencia de las ideas igualitaristas y matriarcales era interpretada como una amenaza para el ser nacional, pues atentaban contra el principio de selección racial, que era para Palacios el factor más relevante para el progreso de las naciones:

Las razas superiores de la humanidad son el premio alcanzado a costa de millones incontables de sus propios hermanos. Si el hombre desea coadyuvar a la acción de la Providencia, de la Naturaleza en su obra mas portentosa, el perfeccionamiento de su creatura predilecta, debe tratar de imitarla (N. Palacios, 1987, p. 292).

Consideramos que el desprecio que sentía Palacios por lo *latino* está en el centro de sus preocupaciones políticas, porque a través de una exaltación de los valores góticos o patriarcales y una crítica a los valores latinos o patriarcales, Palacios desarrolla algunos de los argumentos más relevantes de su obra *Raza Chilena*.

En primer lugar está la crítica que Palacios hace a la elite nacional, que consideraba excesivamente *latinizada*. Como hemos señalado, en ese periodo la elite tenía como modelo cultural a la Europa latina, lo que Palacios interpreta como un signo de debilidad y decadencia. A esta influencia atribuye desde el aumento de la criminalidad y la corrupción hasta la difusión de ideologías igualitarias.

En segundo lugar está el cuestionamiento que hace Palacios a las políticas de colonización del sur de Chile, específicamente a través inmigrantes italianos, que, tal como hemos señalado, Palacios considera una forma de invasión pacífica propia de razas de psicología matriarcal y que tendría un efecto pernicioso para la unidad y estabilidad de la raza chilena.

En tercer y último lugar está el cuestionamiento que hace Palacios a la noción de lo *latinoamericano*. Para el autor, “Es impropio hablar de naciones latino-americanas. Lo único latino-gótico de este hemisferio es el romance castellano y portugués, que habla una parte de sus habitantes” (N. Palacios, 1987, p. 518-519).

Palacios toma distancia de aquellos que reivindicaban la influencia de la cultura latina y los vínculos con naciones como Francia, España o Italia, para enfatizar en la importancia de que Chile estableciese un vínculo más estrecho con países de origen germánico o anglosajón, que tenían cualidades psicológicas más semejantes a la raza chilena. Destaca especialmente el caso de Estados Unidos. Para Palacios, “el rigor voluntario de la selección social a que se ha entregado ese pueblo es único en la historia del mundo” (N. Palacios, 1987, p. 497). Es importante señalar que en materia de política internacional, Palacios era un entusiasta defensor de la *Doctrina Monroe*, una doctrina de política exterior impulsada por Estados Unidos que buscaba evitar la influencia Europea en el continente. Palacios coincide con esta doctrina, no solo por la desconfianza que le producen las doctrinas que afirman la unidad entre los pueblos de América y la Europa latina, si no porque estaba profundamente convencido de que existía una semejanza y filiación entre la raza chilena y la raza germánica. Como señala en *Raza Chilena*:

No hemos sido los chilenos sino viajeros observadores los que han encontrado siempre una semejanza muy visible entre nosotros i algunas de las naciones de origen jermánico de Europa. ‘Los ingleses del pacífico’, ‘los prusianos del Pacífico’ han sido nombres que se nos han dado en repetidas ocasiones. Por otra parte el pueblo chileno no ha ocultado sus preferencias por las naciones del norte de aquel continente (N. Palacios, 1987, p. 330).

La defensa que hace del vínculo racial con los países germánicos también influye en la reivindicación que hace del sistema político norteamericano, que consideraba contrapuesto a las doctrinas igualitaristas propia de la psicología matriarcal:

Su concepto democrático individualista de la organización social, que es el que corresponde a la sicología varonil, que es el progresivo, nos está haciendo falta en Chile como la luz i el aire, porque es el concepto político-social de la raza chilena (N. Palacios, 1987, p. 519).

El concepto de *raza chilena* que propone Palacios, como hemos señalado, contiene un importante componente de selección racial, que no solo influye sus criterios de política migratoria o de política internacional, si no que está presente en el carácter que busca imprimir a las políticas nacionales. Para Palacios, la beneficencia y las medidas de protección hacia los más débiles eran un factor regresivo para la raza. Esta solo podía ser mejorada aplicando las leyes de la variación y selección de Darwin de forma artificial a la sociedad, siendo por tanto partidario de políticas eugenésicas, por ejemplo, para enfrentar la delincuencia. Para Palacios:

Si los tontos i los bribones no se reprodujeran, el mal que causarían a la sociedad sería pequeño porque sería pasajero; es su perpetuación indefinida lo que constituye la carga social mas onerosa, i por eso la escuela criminalista científica atiende de preferencia a ese aspecto de la cuestion, porque es el que conducirá al hombre a su perfeccionamiento definitivo, hereditario (N. Palacios, 1987, p. 280).

El criterio de selección racial también está presente en su preocupación por la mezcla de la raza chilena con otras razas consideradas desemejantes o inferiores, que Palacios buscaba evitar a toda costa. En su obra señala que:

Es difícil calcular cuanto mal puede hacerle un solo negro introducido en un país.

Las familias chilenas que aun conservan alguna sangre negra deberian posponer toda otra consideracion, al contraer matrimonios,

a la de eliminar ese resto de naturaleza inferior casándose con mujeres rubias chilenas o de los países del norte de Europa. El matrimonio de personas que manifiesten los más leves indicios de sangre africana produce hijos que acumulan en sí las venas negras de sus padres (N. Palacios, 1987, p. 210-211).

En síntesis, se puede señalar que la obra de Palacios expresa las principales preocupaciones y contenidos del pensamiento racista, cuyas ideas más relevantes hemos expuesto en el marco teórico. En la obra de Palacios, las nociones de lucha, mezcla y selección de razas que caracterizan al pensamiento racista (Geulen, 2010), son apropiadas, resignificadas y recogidas, para desarrollar una opinión política basada en la raza e influir en el discurso público político.

Es importante tener en cuenta que los argumentos que desarrolla Palacios en *Raza Chilena*, su reivindicación del carácter patriarcal y guerrero de la raza chilena y su devoción por la cultura germana van más allá de una curiosidad histórica o una descabellada inquietud intelectual, sino que constituyen el fundamento doctrinal para una forma de representar y construir la comunidad nacional. Eso explica el uso que en diversos contextos históricos se ha hecho de las ideas de Palacios, y el impacto que algunas de sus ideas han tenido en el imaginario nacional.

Para Palacios, en Chile existe solo una raza, pero esta se encuentra permanentemente amenazada, por factores internos y externos. Esta raza además debe ser constantemente defendida y perfeccionada, lo que implica un vínculo entre racismo y política. Para profundizar en el carácter político de las ideas de Palacios, es necesario hacer referencia a sus ideas nacionalistas y al balance crítico que hacía sobre la situación política en Chile, interpretando a través de sus principales trabajos el nacionalismo étnico que se manifiesta en sus planteamientos y en los criterios bajo los que considera que se deben guiar los destinos de la nación.

En el siguiente apartado profundizaremos en los aspectos de la obra de Palacios que se relacionan con el nacionalismo étnico, y retomaremos algunos antecedentes biográficos del último periodo de su vida, para dar cuenta de los hechos que siguieron a la publicación de *Raza Chilena* y sus últimas intervenciones públicas.

Decadencia del espíritu de nacionalidad

Aunque *Raza Chilena* fue publicado de forma anónima, su publicación no dejó de tener consecuencias para Palacios. De acuerdo al testimonio que nos entrega su hermano Senén:

Su patriotismo exaltado fue motivo de alarma para los extranjeros dueños del salitre quienes le miraban de reojo, tratándole de *boxer*, y gustosos le hubieran arrojado de la provincia y del país, a fin de no tener quién debelara [sic] sus abusos. Se contentaron con quitarle su puesto de médico de las salitreras. Y quedó sin empleo, enfermo, abatido, desilusionado, perseguido de burlas, tratado como un demente o un loco (S. Palacios, 1918, pp. 64-65).

Apartado de su trabajo en las oficinas salitreras, Palacios residió por un tiempo en un hotel de Iquique, desde donde fue testigo de la Matanza de la Escuela de Santa María de Iquique, cuando en 1907, el ejército de Chile asesinó entre 2200 y 3600 trabajadores del salitre, en el contexto de una huelga general. Siendo este un acontecimiento que tuvo un enorme impacto en su persona y tras el cual “su alma desgarrada quedó triste hasta la muerte” (S. Palacios, 1918, p. 65).

El director del periódico *El Chileno* de Valparaíso se contactó rápidamente con Palacios para que escribiera una serie de crónicas, donde relatara tanto el proceso de la huelga como su fatal desenlace. Palacios publicó dos series de colaboraciones, bajo el título general de *Un estudio de importancia. Datos y opiniones sobre los sucesos de Iquique*. La primera de estas fue publicada en la primera quincena de febrero de 1918. En estos textos hace una pormenorizada descripción de la situación en que se encontraban los trabajadores del salitre, haciendo referencia a la forma en que se desarrollaba la vida en la pampa, los rasgos de los trabajadores del salitre y un relato pormenorizado de los hechos que tuvieron lugar en la Escuela Santa María (Tupper, 1987). La segunda serie, publicada entre la segunda quincena de febrero y los primeros días de marzo trata sobre las opiniones de Palacios sobre la industria del salitre. (Tupper, 1987)

A finales de abril de 1908 publicó una nueva colaboración en este periódico, que constituye un primer esbozo de las dos conferencias que el mismo año pronunciaría en la Universidad de Chile: *Decadencia del espíritu de nacionalidad y Nacionalización de la industria salitrera* (Tupper, 1987).

De regreso en Santiago, Palacios se dedicó a sus manuscritos y se mantuvo alejado de la intervención pública. No obstante, en 1908 aceptó la invitación a dictar una conferencia en una sesión del *Ateneo de Santiago* —una institución cultural que reunía a distintos personajes del ambiente cultural a discutir sobre distintos temas— que sesionaba por ese entonces en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Fue así que tuvo lugar su conferencia *Decadencia del espíritu de nacionalidad*, en la que expuso sus ideas sobre la crisis moral que desde su punto de vista atravesaba a la sociedad chilena, y que afectaba especialmente a su élite dirigente. Una idea que tal como hemos señalado era recurrente en el periodo. Lo que distingue a la conferencia de Palacios de otras ideas vinculadas a la crisis está en el fundamento racial que da a sus tesis políticas y su fervor nacionalista.

En su exposición, Palacios hizo un balance crítico sobre la situación nacional, que argumentó a partir de la tesis de que en Chile existe un escaso instinto de conservación nacional. De acuerdo a su interpretación, los dos factores que minaban el sentimiento de conservación nacional eran la influencia del comercio extranjero y la inmigración. Las doctrinas humanistas igualitarias también ejercían una influencia desmoralizadora, pero la influencia de estas en Chile hasta ese momento era escasa. Para Palacios, todos esos factores amenazaban a la nación. La conclusión a la que llegó es que “el pueblo de Chile estaría llamado a desaparecer si una reacción nacionalista no viniera pronto a detener su marcha a la extinción” (N. Palacios, 2011, p. 78).

La conferencia de Palacios, según su hermano, recibió una “ovación estruendosa. La concurrencia, de pie lo aplaude, proclamándolo el más chileno de los chilenos, emblema vivo del patriotismo” (S. Palacios 1918, p. 67). El reconocimiento que recibió luego de presentar esa conferencia le dio un nuevo ímpetu a su trabajo, y lo motivó a preparar dos trabajos, *Demografía gótica y revisión*

en *América de la Historia del Viejo Mundo*, con el propósito de profundizar en sus tesis etnológicas. Así mismo, comenzó a preparar una segunda edición de raza chilena, tarea que quedó inconclusa con su fallecimiento, el 11 de junio de 1911.

El tono crítico de las intervenciones de Palacios, su denuncia social y la reivindicación que hace del *roto chileno* ha llevado a que la obra de Palacios sea interpretada como un texto que manifiesta un contenido favorable a los sectores populares, y que sea reivindicada por su contenido social. Sin embargo, es importante recordar que el nacionalismo étnico de Palacios y el carácter “patriótico” de su obra está basado en un concepto de raza excluyente, y criterios de selección social, donde la exaltación que se hace del *roto chileno* no se plantea en términos de clases sociales, sino de raza.

Para comprender de mejor manera la orientación política del nacionalismo de Palacios, es importante tener en cuenta, en primer lugar, que se basa en la idea de Lapouge de que “las naciones son tan reales como las razas, son seres biológicos” (N. Palacios, 1987, p. 527), lo que explica las metáforas biológicas que emplea para concebir la política y el vínculo que establece entre el nacionalismo y la cuestión de las razas.

Un segundo elemento, derivado de este concepto racial de la política, es que para Palacios, “todas las instituciones por la que se rija una nación dada deben ser el fruto del alma de su propia raza” (N. Palacios, 1987, p. 481), por lo que expresa un fuerte rechazo a las ideologías que de acuerdo a sus tesis etnológicas iban en contra del espíritu nacional, como el liberalismo y el socialismo. Como señala Corvalán:

Se manifestó virulentamente contrario al liberalismo, la democracia, los partidos políticos en general, y al socialismo. A todos ellos los acusó de expresar intereses particulares, de responder a inspiraciones foráneas, de dividir a la nacionalidad, de conducirla al desorden y al caos, a la decadencia y, eventualmente, a la disolución (Corvalán, 2009a, p. 59).

Así como la reivindicación que hace Palacios de los sectores populares está basada en un concepto de selección social y racial, la defensa que hace de la industria nacional y la nacionalización de las riquezas se explica por un mero instinto de conservación nacional. Para Palacios:

El egoísmo es tan necesario a las naciones como el instinto de conservación a los seres. Las frases 'bastarse a si mismo', 'independencia industrial' u otras semejantes con que los políticos proteccionistas recomiendan sus doctrinas, responden al concepto científico de la idea de nación (N. Palacios, 1987, p. 471).

El nacionalismo étnico de Palacios también se caracteriza por su rechazo al socialismo y a las ideas igualitaristas, que argumenta a través de la distinción entre razas patriarcales y razas matriarcales. Para él, los latinos:

Con el mismo criterio que juzgan de las jerarquias que ocupan las razas en el mundo, juzgan de la que ocupan los individuos en una sociedad. Los hombres superiores de una sociedad deben su rango, según ellos, solo a la herencia de antiguas usurpaciones, o al azar del comercio, o a la explotación tiránica de los hombres menos favorecidos por la 'fuerza bruta'. No creen en la regularidad, ni en la fatalidad de la selección social, ni menos en sus beneficios (N. Palacios, 1987, p. 444).

En el campo de las doctrinas socialistas, Palacios condena específicamente al marxismo, por el carácter internacionalista de esta ideología, que atribuye al origen judío de Marx. Para el autor de *Raza Chilena*, "es inútil que un judío hable de amor a la humanidad porque no le cree nadie en toda la redondez de la tierra" (N. Palacios, 1987, p. 478).

La obra de Nicolás Palacios, a través de la influencia del pensamiento reaccionario europeo, posee un marcado componente antisemita, expresando en su contenido los principales prejuicios y mitos que existían sobre los judíos por parte de los intelectuales antisemitas en el periodo:

Los grandes males que los escritores judíos están causando a algunas naciones europeas, i que con sus emigrantes a América están estendiéndose entre nosotros, harán un día comprender a Europa cual es el verdadero sacrificio que le demanda el mantener en su seno escritores de una raza tan estraña a todas las suyas como los del parásito hebreo (N. Palacios, 1987, p. 482).

Tomando en cuenta estos elementos, se puede señalar que el nacionalismo de Nicolás Palacios, a pesar de basarse retóricamente en una reivindicación de los sectores populares y abogar por la industrialización y nacionalización de los recursos, es una doctrina política que se caracteriza por su racismo y su carácter reaccionario, ya que el concepto de selección racial y la jerarquía de razas son elementos centrales en su visión de mundo.

Así mismo, se puede señalar que las ideas de mayor independencia económica y autosuficiencia con respecto a los demás países, también se fundamentan en la idea de un enfrentamiento global entre razas, y en lo que Palacios define como un necesario egoísmo de las naciones para su desarrollo. Palacios señala en su texto que “el mundo no está dividido políticamente en rejonos sino en naciones distintas i rivales unas de otras” (1987, p. 470), lo que explica tanto su hostilidad a los discursos de integración latinoamericana como la centralidad que tiene el discurso belicista en su pensamiento, que de todas formas se aplica con un criterio selectivo argumentado en torno a la categoría de raza, pues ya hemos señalado que a Palacios le interesaba establecer vínculos con naciones como Estados Unidos.

Proponemos, por tanto, que la doctrina nacionalista de Nicolás Palacios se puede conceptualizar en términos de *nacionalismo étnico*, tal como hemos definido esta forma de nacionalismo en el marco teórico, pues las ideas de Nicolás Palacios sobre la nación y el nacionalismo presentan un carácter excluyente, donde el argumento de la raza es empleado como un criterio objetivo de pertenencia a la comunidad nacional, y como el fundamento necesario para toda política nacionalista frente a la amenaza de disolución de la nación y a los diversos peligros que representa para la comunidad nacional la infiltración de otras razas y el debilitamiento del ser nacional.

Elementos para una genealogía del racismo chileno

De la revisión que hemos hecho de la biografía de Nicolás Palacios, de los contenidos fundamentales de su obra y de sus intervenciones en el discurso público político del periodo, se puede establecer algunos elementos de la obra de Palacios que permiten sostener la tesis de que la obra de Palacios y la tesis sobre la existencia de la *raza chilena* constituyen un fundamento para el racismo chileno⁴.

En primer lugar está la distinción que, a través de criterios supuestamente científicos, Palacios establece entre chilenos de nacimiento y chilenos de raza. Un criterio que establece un juicio de valor, y que distingue entre aquellos sujetos que actúan en concordancia con una supuesta identidad nacional, y aquellos que actúan con base en ideologías foráneas o psicologías desemejantes.

Un segundo aspecto relevante en la configuración del racismo chileno está dado por la exaltación de determinadas figuras o tipos nacionales, que son considerados representativos de la raza y la nación y elevados a la categoría de mitos, pero cuya experiencia concreta es llevada a un segundo plano. Ese rasgo de la obra de Palacios se manifiesta en la interpretación interesada que hace de la figura del Godo y del Araucano, y especialmente en su reivindicación del *roto chileno*.

La exaltación del roto chileno, como forma de interpelación a los sectores populares en clave nacionalista, representa un tercer elemento a considerar para la genealogía del racismo. Sobre todo con posterioridad a la Guerra del Pacífico. Como hemos señalado, la representación que hace Palacios del roto chileno se centra en sus cualidades bélicas y lo representa como un trabajador abnegado y disciplinado. Una representación que está fuertemente ligada al mito de homogeneidad racial en Chile, y a la centralidad que desde el nacionalismo se atribuye al factor militar en la conformación de la identidad nacional.

⁴ En el *Capítulo III* se profundiza en el lugar que la teoría de la *raza chilena* desempeña en el surgimiento del racismo chileno, vinculando las ideas que hemos expuesto con las teorías contemporáneas sobre el racismo.

Un cuarto aspecto tiene que ver con la tesis sobre el origen araucano-gótico de la raza chilena y la interpretación que Palacios hace de la existencia y jerarquía de razas humanas en términos de psicología étnica. Como hemos expuesto, este criterio le permite a Palacios establecer un criterio de semejanza entre las dos razas que conformaron la raza chilena, sorteando la dificultad que representaba en el periodo argumentar sobre las cualidades positivas de la raza araucana, y ofreciendo un argumento para reivindicar el proceso de mestizaje que tuvo lugar en Chile.

La teoría de Nicolás Palacios sobre los orígenes de la raza chilena también le permiten tomar distancia de aquellos autores que reivindicaban la influencia *latina* en la conformación de la identidad chilena y la raza chilena, para establecer un vínculo preferente con las naciones de origen germánico o anglosajón. Palacios fundamenta en un criterio racial su desconfianza hacia las élites nacionales, y además emplea el argumento racial como un fundamento para la tesis de una excepcionalidad de la raza chilena en el contexto latinoamericano.

Un último aspecto que permite comprender el surgimiento del racismo chileno, como señalamos en el apartado anterior, está dado por el vínculo que existe entre las ideas de Palacios y el nacionalismo étnico de comienzos de siglo XX, que permite entender el carácter selectivo y excluyente que posee el concepto de comunidad nacional que va aparejado a la noción de *raza chilena* y la interpretación en clave nacionalista que hace Palacios de las principales doctrinas y acontecimientos políticos del periodo.

Para comprender la relevancia que tienen estas ideas en la configuración del racismo chileno, es importante tener en cuenta los debates que han existido en torno a la obra de Nicolás Palacios, desde la publicación de *Raza Chilena* hasta la actualidad, como una forma de comprender y aproximarse a los diversos contextos de recepción que han existido sobre su obra y las diversas formas en que se ha interpretado y reinterpretado el concepto de *raza chilena* a través de la historia. En el siguiente capítulo se profundiza en los debates en torno al libro *Raza Chilena* de Nicolás Palacios y el concepto de raza chilena.

Capítulo II. Monumento a la raza: debates sobre *Raza Chilena* de Nicolás Palacios

Monumento

Al costado poniente del cerro Santa Lucía, asentado en la ladera del cerro, se puede distinguir un relieve de bronce, como una gran moneda gastada (*Fig. 1*). En la escena, un hombre con el torso desnudo lleva una bolsa amarrada a un palo, seguido de cerca por una mujer con un niño en brazos. La pareja camina mirando hacia adelante, con los pies descalzos y sin mayores pertenencias, acompañados de un perro que parece guiar sus pasos, con la cola entre las piernas.



Figura 1. "Raza Chilena" u "homenaje al Dr. Palacios".

El relieve, titulado "*Raza Chilena*" u "*Homenaje al Dr. Palacios*", fue realizado por el escultor chileno *Fernando Thauby*. La iniciativa de "erigir un monumento al autor de *Raza Chilena*, costado por erogaciones populares" (S. Palacios, 1918, p. 69) surgió inmediatamente después de su fallecimiento, pero sólo se realizó unos años después, siendo inaugurado el 1 de enero de 1926. A la inauguración "asistió el presidente de la época, Emiliano Figueroa, junto con los ministros de Interior y de Higiene y Previsión Social. Se pronunció un discurso por parte de José Maza, donde se releva la naturaleza hercúlea de su tarea" (Sánchez & Riobó, 2020, p. 208).

Cuando fue inaugurada, la obra también estaba compuesta por una figura de Nicolás Palacios, que sentado y con un libro abierto entre sus manos, contemplaba los destinos de la pareja y seguía atento su peregrinaje, como si se tratase de una observación in situ de los destinos y pesares de la raza chilena (*Fig. 2*).



Figura 2. "Raza Chilena" u "homenaje al Dr. Palacios" en su emplazamiento original.

El monumento era solo una de las decenas de esculturas que formaban parte del paseo del Cerro Santa Lucía, que Benjamín Vicuña Mackenna siendo intendente de Santiago había remodelado en las últimas décadas del siglo XX, convirtiéndolo en un símbolo de la ciudad burguesa, moderna y europea (Leyton & Huertas, 2015), este cerro era el paseo favorito de Nicolás Palacios. Según recuerda su hermano:

“Subíalo fatigosamente, con algún libro en la mano, revolviendo el aire con el sombrero y aspirando el húmedo aroma de las hierbas, que le traían el recuerdo remoto de su infancia dichosa y de su juventud ya tan distante. En su ascensión deteníase siempre frente al ‘Caupolicán’, aquel bronce que tan admirablemente simboliza la indómita fiereza araucana. Y ya casi en la cumbre, sentábase a descansar frente a don Pedro de Valdivia, el otro progenitor de la raza (S. Palacios, 1918, p. 67).

Sin embargo, el homenaje de Thauby en un par de décadas fue desplazado del cerro. Sobre los motivos de este cambio existen distintas versiones. Mientras algunas fuentes señalan que fue por una modernización del diseño del Cerro Santa Lucía a finales de la década de los 30 (González, 1987), o porque un alcalde de la capital lo hizo desaparecer por considerarlo “un atentado a la belleza” (Vargas, 1977, p. 3), diversas plataformas dedicadas al patrimonio e historia de Santiago señalan que el monumento en su primer emplazamiento fue destruido en el contexto de un estallido social (santiagonostalgico, 2019; Plataforma Urbana, 2014).

Lo concreto es que en la década del 40, la escultura fue separada y reubicada. El friso con la pareja fue trasladado al barrio *Pila del Ganso* en la comuna de Estación Central, un barrio obrero donde a fines del siglo XX se ubicaron veteranos de la Guerra del Pacífico y trabajadores ferroviarios, mientras que la figura de Palacios fue donada en 1940 a la municipalidad de Santa Cruz, siendo ubicada en la Plaza de Armas de su ciudad natal. De esa forma, quedó separado el conjunto y modificado el diseño original de la obra (*Figura 3*). Tendrían que pasar más de cuatro décadas para que Palacios se reencontrara con la pareja.



Figura 3. A mediados del siglo XX se separó el monumento, siendo la pareja trasladada al barrio Pila de Ganso y la figura de Nicolás Palacios a Santa Cruz.

Hacia el final de la dictadura de Pinochet, a partir de la reedición del texto y el renovado interés por la obra de Palacios, comenzó a gestarse en la opinión pública de Santa Cruz una campaña para que el friso de la pareja, que estaba emplazado en el barrio Pila de Ganso fuese trasladado a Santa Cruz junto a la figura del autor (González, 1987), cuestión que terminó concretándose en 1988 por obra de Vittorio Di Girólamo. El monumento fue reinaugurado el 3 de mayo de ese año (*Figura 4*).



Figura 4. El monumento emplazado en la ciudad de Santa Cruz, en 1988.

Carlos Cardoen, empresario de Santa Cruz y pariente lejano de Palacios donó a la ciudad de Santiago una réplica del relieve, que fue ubicada por el régimen en el emplazamiento del Cerro Santa Lucía, donde permanece hasta la actualidad (*figura 1*). Este monumento, ubicado en pleno centro de la capital, ha sido un punto de encuentro para nacionalistas, que con frecuencia organizan conmemoraciones y actos en homenaje a Palacios y la *Raza Chilena*. Es en este periodo también, que según el medio *The Clinic* “el terrorismo más culto se dedicó a dinamitar sus estatuas” (The Clinic, 2012). En el último tiempo, sabemos que el monumento ha sido afectado por diversos robos, siendo en 2005 y 2015 afectada por el robo de un brazo del personaje (Pino, 2018). Una suerte similar enfrentaría el monumento original de Santa Cruz en el contexto de la reciente revuelta de octubre de 2019.

Consideramos que la historia de este monumento es relevante, porque funciona como una metáfora de la recepción de la obra de Palacios. Así como el monumento, la historia del concepto de *Raza Chilena* es también una historia de patrimonialización, reapropiación y resignificación. El monumento es una representación de la presencia de Palacios en el espacio público. Un indicio de la historia, que no es otra cosa que el conjunto de procedimientos que transforman “los documentos en monumentos” (Foucault, 2015, p. 16), si nos guiamos por la tesis foucaultiana de que la historia tiende a la arqueología.

La recepción de la obra de Palacios se puede describir a grandes rasgos en cuatro momentos. El primer periodo, desde la publicación de *Raza Chilena* hasta 1945, lo denominamos *científico*, porque se reivindicaba el contenido científico del texto y el aporte de Palacios a la comprensión de la nación, siendo el momento en que se erige el monumento a Palacios y se desarrollan los primeros homenajes.

El segundo momento de recepción de la obra, que denominamos *social*, está marcado por un énfasis en el contenido social y político del texto y un desplazamiento del concepto de raza. Este periodo coincide cronológicamente con la separación del monumento y el traslado de la figura de Palacios al barrio obrero de la *Pila del Ganso*. Una división monumental entre el autor y su objeto de estudio.

El tercer periodo, que denominamos *cultural*, está marcado por el contexto de la dictadura civil-militar, donde se comienza a considerar a Palacios un autor relevante para comprender la identidad nacional. Es este periodo en que el monumento de Palacios se reunifica y donde una parte del monumento regresa al cerro Santa Lucía, aún cuando la figura de Palacios permanece ausente.

El último periodo, que denominamos *político*, está marcado por la politización del debate sobre el racismo, donde la obra de Palacios es rescatada por organizaciones de extrema derecha y sometida a crítica por quienes han problematizado el racismo chileno en el contexto académico. Este periodo coincide con las conmemoraciones y actos en el monumento de Palacios, pero también con los robos y desmanes que caracterizan la historia reciente de la figura.

Así como el proceso de monumentalización y patrimonialización de la obra de Palacios ha implicado que pase a un segundo plano el contenido de su obra y su racismo explícito, el monumento de Palacios también encarna ese proceso, siendo a estas alturas cómico que en la última remodelación de la obra de Palacios se incluyera la frase: "El carácter de un pueblo y no su inteligencia determina su evolución en la historia y dirige su destino", que no pertenece a Palacios sino a Gustave Le Bon, demostrando que el documento cedió su espacio al monumento.

En *Las Estatuas también mueren*, Chris Marker y Alain Resnais inauguran su film-ensayo con la siguiente frase: "cuando los hombres mueren, se vuelven historia. Cuando las estatuas mueren, se vuelven arte. Esa botánica de la muerte es lo que llamamos cultura". El monumento de Palacios, que durante décadas ha hecho presencia en cerros y plazas como obra de arte o bien cultural, hoy adquiere vitalidad, en un contexto en que los debates sobre el racismo se politizan y los monumentos son asediados (*Figura 5*). El tiempo de la revuelta interrumpe la botánica de la muerte y el proceso de fetichización de la cultura nacional. Quizás las figuras de Pedro de Valdivia y Cornelio Saavedra rodando por las calles nos quieren decir algo: las estatuas no solo mueren, también se derriban.

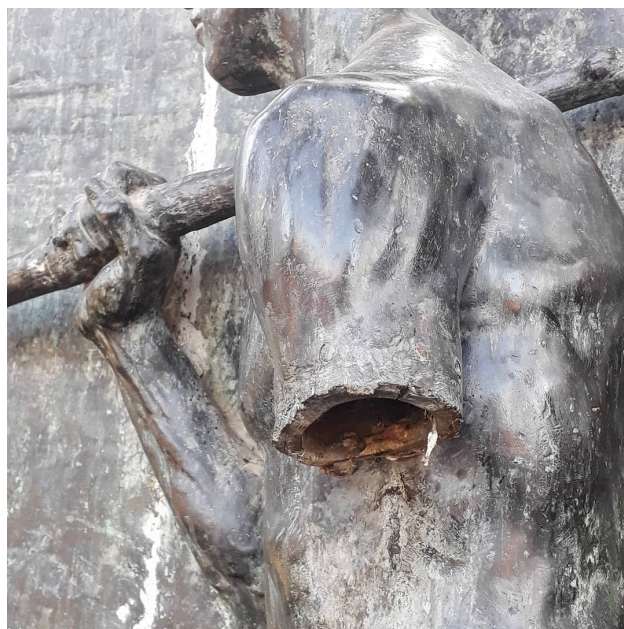


Figura 5. Detalle del "Homenaje al Dr. Palacios" en Santa Cruz, 2019

Raza Chilena. Un libro escrito por un chileno y para los chilenos.

La recepción científica de *Raza Chilena* (1904-1945)

Aunque la primera edición de *Raza Chilena* se publicó de forma anónima, Palacios se encargó personalmente de distribuir algunos ejemplares entre autoridades y personajes destacados de las ciencias y la cultura, como el científico Carlos Newman y el profesor Tomás Guevara. Sin embargo, la obra no tuvo en un primer momento la acogida que el médico esperaba. Según recuerda Luis Galdames, el hecho de que en el libro no figurase ningún autor provocaba desconfianza, a lo que se sumaba que en un primer momento el libro sólo estuviese exhibido en una librería de Valparaíso, lo que provocó que llegara a un número reducido de personas (Galdames, 1905).

Fue gracias a un joven diplomático y poeta del Partido Radical llamado Diego Dublé Urrutia que se comenzó a divulgar y discutir la obra, luego de que Dublé publicara, entre marzo y abril de 1905, una extensa crónica en cuatro partes donde comentaba la obra, refiriéndose a ella como “uno de los más importantes acontecimientos que registra la historia de nuestras ciencias y letras” (1905). El comentario de Dublé demuestra cómo en un primer momento se destacaba el valor científico de la obra, que el autor destacaba por su “riquísima erudición histórica y de observaciones científicas” (Dublé, 1905).

Luego del trabajo de divulgación hecho por Dublé se publicaron otros artículos y comentarios en periódicos de la época como *El Heraldo*, *El Diario Ilustrado* y *El Chileno*, donde se destacaba el carácter patriótico de la obra y la originalidad de sus planteamientos (Arancibia, 1986).

En el mismo año, Tomás Guevara, que se desempeñaba como rector del Liceo de Temuco y había desarrollado diversos trabajos de etnología sobre el pueblo mapuche, publicó un folleto titulado *El libro “raza chilena” y sus referencias sobre el sur*. La introducción que hace Guevara al libro de Palacios permite hacerse una idea de la forma en que fue recibido el texto al momento de su publicación:

Habría [sic] sido preferible ver estampado en su carátula el nombre de quien lo ha concebido. Cuando se sostienen sin exajerada injusticia opiniones racionales y se defienden principios científicos con la autoridad del saber y de la inteligencia [sic], no hay para que ocultarse. El libro se ha anunciado como producto de una poderosa fuerza intelectual, como una revelación, destinado a modificar muchas ideas corrientes. Por ese motivo se ha dejado sentir hacia él un movimiento de curiosidad entre la jente [sic] culta (Guevara, 1905, p. 3).

La evaluación de Guevara fue que el libro de Palacios contenía observaciones originales y sentimientos patrióticos “dignos de encomio y alcance de verdadero hombre de ciencia en muchos puntos, pero también [sic] es verdad que en otros los materiales internos y externos [sic], fondo y forma, no son trabajo de orfebrería” (Guevara, 1905, p. 4). Entre los defectos que identificó en la obra señalaba datos inexactos, *fantasía* en el desarrollo de algunas tesis y superficialidad de juicio.

Lo que llevó a Guevara a publicar este texto fue “evitar que políticos, publicistas y sociólogos se formen un concepto errado” (1905, p. 4) de su región, porque, desde su perspectiva, “es indudable que el autor no conoce bien el sur y sus necesidades, porque su característica mental nos induce a suponer que es un abogado que viaja seguido por el norte” (Guevara, 1905, p. 4).

La crítica más sustantiva que hace Guevara, quien desarrolló estudios de etnología y antropología sobre el pueblo mapuche, es que desde sus propias tesis, “los españoles se han mezclado en escasa proporción [sic] con los ‘hijos de Caupolicán y Lautaro’. Hay, en nuestro humilde sentir, mucha leyenda en este dicho tan socorrido” (1905, p. 16). Guevara distingue entre indios chilenos y araucanos puros. los araucanos se ubicaban del Río Biobío al sur, pero las agrupaciones de indígenas que estaban en el norte, que Palacios consideraba representativas del pueblo araucano, habían visto modificadas sus costumbres, su idioma y sus caracteres físicos en el contacto con los Incas. Según la información de la que disponía Guevara, “desde el período inicial no aparecen como fundadores de nuestra población inferior ni el español solo ni el araucano puro” (1905, p. 18).

El autor destaca tanto el mestizaje con los Incas como la extensa cantidad de fuerza laboral que se llevó a Chile desde el virreinato del Perú en el periodo de la Colonia, para desestimar las ideas de Palacios sobre la pureza del elemento indígena que dio origen a esta supuesta raza chilena. El autor fue reconocido por sus ideas sobre la influencia de las grandes culturas de la sierra peruano-boliviana en la conformación del pueblo mapuche, que desmentía de forma tajante algunas de las ideas de Palacios sobre la *raza araucana*, su pureza y su conformación.

Sin embargo y a pesar de la distancia que toma de las tesis raciales de Palacios, coincide en la idea de la excepcionalidad chilena, aunque asegura que esta no está dada por el carácter de la raza o por sus orígenes:

Lo que hay de cierto entre nosotros es que tenemos formado un carácter nacional, ventaja de que no disfrutaban todos los países sud americanos, y que a su formación [sic] han concurrido los chilenos sin distinciones de ninguna clase, haya sido su origen [sic] godo o ibero, sus signos síquicos matriarcales o patriarcales. Determinan el carácter chileno un sentimiento patriótico bien definido y orijinado [sic] de antiguas tradiciones de gloria (Guevara, 1905, pp. 39-40).

A diferencia de Palacios, que consideraba que el factor de selección racial era el criterio más relevante para definir las políticas de colonización del sur de Chile, Guevara postula que todos los colonos, independiente de su país de origen, tenían cualidades similares. El autor también dedica unas páginas a comentar las opiniones políticas de Palacios, específicamente lo relativo a la llamada *cuestión social*, y a la crisis que según la interpretación de Palacios estaba atravesando la nación. Para Guevara, “lo que necesitamos es mejorar el ambiente social, mas que buscar abolengos de razas homéricas” (1905, p. 54). Guevara se aleja por tanto del determinismo racial que caracteriza a la obra de Palacios y plantea una interpretación original y con mayor sustento de la cuestión etnológica en el sur de Chile.

Otro de los autores que en un primer momento realizó una crítica a la obra de Palacios fue el filósofo español Miguel de Unamuno. Palacios, al igual que muchos

autores del periodo, estaba interesado en que Unamuno comentara su obra, por el prestigio que el escritor tenía ya en ese momento. Aunque el filósofo era conocido por su dureza como crítico literario, se consideraba que su opinión tenía gran autoridad y al menos serviría para dar la obra a conocer. Unamuno tenía además un contacto estrecho con la intelectualidad chilena. Según Arancibia, desde 1898 “mantenía correspondencia con un gran número de jóvenes literatos, poetas, ensayistas y periodistas chilenos” (1986, p. 66).

Palacios encargó a su amigo Arturo Cuevas que le remitiera un ejemplar al autor, quien lo envió junto a una carta donde, según cita Arancibia, le señaló a Unamuno que el libro causaba sensación en Chile por la novedad de sus ideas (Arancibia, 1986). A esta carta se sumó el hecho de que diversos personajes como Victoriano de Castro y Carlos Newman le solicitaron al filósofo que publicara comentarios sobre la obra (Arancibia, 1986).

Unamuno publicó en 1906 una reseña sobre *La Ciudad de las Ciudades* de Benjamín Vicuña Subercaseaux, quien desde un punto de vista muy distinto al de Palacios también afirmaba la tesis de la excepcionalidad chilena. El autor aprovechó esta reseña para hacer un breve pero agudo cuestionamiento a la obra de Palacios, a la que califica de “disparatadísima”, esperando que a través de este comentario quedara satisfecha la inquietud de sus corresponsales por esta obra. Para Unamuno, “el roto chileno, ni es latino, ni tampoco araucano-gótico (...) el chileno es chileno y debe bastarle, y su lengua, es lengua española” (1968a, p. 883). A pesar de este comentario:

La insistencia en relación a que [Unamuno] se manifestara ampliamente sobre *Raza Chilena* continuó. En Chile, el libro ya se había convertido en todo un éxito, multiplicándose el interés por conocer opiniones autorizadas desde el extranjero (Arancibia, 1986, p. 74).

Luis Ross le encarga a Unamuno una reseña más extensa sobre el texto para la *Revista Nacional*, que finalmente se publica en mayo de 1907 en el *Diario Ilustrado*. Unamuno comenta a Ross en una carta que “los apuntes sobre este desdichado

libro los he hecho porque me los piden Ud. Y algún otro y porque veo con asombro que el tal libro no ha dejado de ser tomado en serio” (Unamuno, 1968).

De acuerdo a Arancibia, la crítica de Unamuno “no era solo al hecho de que se hubiera podido escribir un libro de esta naturaleza, sino que haya habido quienes lo hubieran tomado en serio” (1986, p. 86), dando cuenta de la forma en que se valoraba el texto en el periodo.

En su texto, a partir de argumentos filológicos e históricos, Unamuno somete a crítica tanto los argumentos de Palacios sobre el origen étnico de los conquistadores chilenos como sus argumentos lingüísticos sobre el origen gótico de algunas expresiones del castellano que se hablaba en Chile. Desarrolla además un comentario muy agudo sobre las influencias teóricas de Palacios. Sobre Spencer, Unamuno dice que solo podía ser considerado como un genio de la filosofía para quienes carecían de cultura y aptitud filosófica. Según cita Arancibia “para todos los mediquillos que sin saber bien medicina se meten a sociólogos” (Arancibia, 1986, p. 85).

A partir de la lectura de Palacios, pero también de autores como Vicuña Subercaseaux, Unamuno se hace la imagen de Chile como un país dominado por una “patriotería irreflexiva e intemperante” (1986, p. 76), llegando a la conclusión de que *Raza Chilena* era “literatura patriotería” que no merecía ser tomada en cuenta (Arancibia, 1986).

En cuanto a las réplicas que se hicieron a Unamuno, se puede decir que buscaron contrarrestar algunos argumentos específicos de su crítica. Uno de los autores que con mayor entusiasmo salió en la defensa de Palacios fue el crítico literario Julio Saavedra, quien por ese entonces era profesor de literatura francesa en el Instituto Pedagógico y consideraba que *Raza Chilena* debía ser considerado “la biblia de los chilenos” (Arancibia, 1986, p. 96). Saavedra defiende la idea de Palacios de la “conformación en Chile de un idioma nacional” (Arancibia, 1986, p. 96), y sostiene a través de la prensa una acalorada discusión con Unamuno.

Las críticas que hizo Unamuno a la obra de Palacios no hicieron mella en el entusiasmo que la obra de Palacios provocó en algunos representantes del ambiente cultural chileno, siendo destacada su influencia sobre todo en el ámbito de la educación. Se puede señalar que al momento de su fallecimiento, Palacios era un autor reconocido y valorado, una cuestión que muestran los obituarios que se publicaron en la *Revista Chilena de historia y geografía* por parte de Francisco Antonio Encina y Julio Vicuña Cifuentes, quienes destacan la relevancia del autor.

En 1918 se publicó, ahora con el nombre de Nicolás Palacios, la segunda edición del libro *Raza Chilena*, incluyendo a modo de prólogo la reseña biográfica que escribió su hermano Senén a la que ya hemos hecho referencia.

El historiador y genealogista chileno Luis Thayer Ojeda publicó en el año 1919 su obra *Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile*, donde adhiere a las ideas de Palacios sobre la *Raza Chilena*. Según Thayer:

En las páginas de esa obra palpita el alma chilena, altiva, vigorosa, vivaz, resuelta y generosa —con tanta verdad en su conjunto como en sus detalles—, que puede decirse que allí vive el pueblo chileno tal cual le conocemos en los actos más culminantes de nuestra historia (Thayer, 1989, p. 277).

Otro autor que en este primer periodo rescata la obra de Palacios y reconoce una influencia de Palacios es el historiador Francisco Antonio Encina, un autor que como señala Gazmuri, es “quizá la persona que más ha influido en la configuración de la idea de su pasado histórico que tienen los chilenos en la actualidad” (Gazmuri, 1981, p. 236).

El texto donde Encina manifiesta de forma más clara su adhesión a las ideas de Palacios es su ensayo *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, donde señala que "Palacios alumbró con luz fulgurante, excesiva, casi cegadora, el fenómeno que constituye la piedra angular de nuestra historia: la diferenciación étnica original del pueblo chileno" (1997, p. 59). Es a través de la

influencia de Palacios que Encina se interesa por la cuestión de las razas, siendo este un elemento decisivo en su interpretación de la historia de Chile.

En particular, Encina recoge la idea de Palacios sobre *la diferenciación étnica original* de la sociedad chilena, acogiendo, aunque de forma matizada, las ideas de Palacios sobre el origen araucano-gótico de la raza y la excepcionalidad de esta raza en relación a los demás países del continente. Para Encina, el conquistador antropológicamente cargado de sangre goda “cesó de venir a América después de la conquista” (Encina, 1997, p. 48), con la excepción de Chile, donde la guerra de Arauco mantuvo la selección racial hasta el siglo XVIII. Encina afirma, basándose en las ideas de Palacios, que “el soldado que vino a Chile durante los siglos XVI y XVII, traía en sus venas más sangre goda que el común del pueblo español y que el colonizador de los demás países americanos” (Encina, 1997, p. 49).

Hay sin embargo un punto que distancia a Encina de Palacios, ya que si para el médico el mestizaje se había dado en condiciones favorables y tenía cualidades positivas, Encina desestima que la ascendencia indígena haya sido relevante en la conformación racial de la sociedad chilena, refiriéndose a esta ascendencia como un “rasguño de sangre aborígen” (1997, p. 49). Encina, al igual que buena parte de los autores del periodo, consideraba que “en Chile, como en el resto de América, habría sido precisamente el mestizaje lo que habría corrompido al elemento godo superior” (Gazmuri, 1981, p. 241), y que la figura del mestizo, por la influencia del elemento indígena, representaba “un retroceso en el desenvolvimiento mental” de la nación (Encina, 1964), que era la causa de ciertos defectos, como un espíritu imitativo “incentivado por el ‘retroceso mental’ que se verificaría en la nación como producto del mestizaje” (Corvalán, 2009b, p. 74).

Es decir, Mientras Palacios consideraba que la decadencia de la sociedad chilena estaba dada por el mestizaje con razas de origen matriarcal, específicamente de la raza latina, Encina considera que el factor regresivo en el desarrollo de la raza era el elemento indígena.

Encina también considera que algunas de las ideas de Palacios sobre la raza eran exageradas, aún cuando compartía a rasgos generales las tesis de Palacios. Para Encina:

El conquistador de América traía, pues, en sus venas un porcentaje de sangre goda que es imposible avaluar; pero, en todo caso, muy alto con relación al español de tipo medio que permaneció en la Península. Palacios exageró indudablemente este porcentaje; mas, si fuera forzoso optar entre su exageración y la miopía de los historiadores, la realidad estaría más próxima de Palacios (Encina, 1997, p. 48).

Otro autor que destaca la importancia del factor racial en la comprensión de la identidad chilena es Alberto Cabero, un abogado del Partido Radical que se desempeñaba como parlamentario en este periodo. En 1926, Cabero publicó una serie de conferencias titulada *Chile y los chilenos*, donde también desarrolla un análisis a partir de la categoría de raza, sin embargo y a diferencia de Encina, toma completa distancia de las tesis de Palacios sobre el origen araucano-gótico de la raza chilena, señalando que para el momento de la conquista, en España ya había una mezcla de razas y era inverosímil afirmar que esta fuese de origen godo puro o casi puro. Para Cabero, “los españoles que vinieron a Chile en la segunda mitad del siglo XVI eran aventureros cogidos al azar de toda la Península, en donde ya no existían godos puros” (Cabero, 1926, p. 85).

Las conferencias de Cabero se centran en la cuestión del *alma chilena*, desarrollando una serie de ideas sobre la “espiritualidad de la conciencia nacional” (Cabero, 1926, p. 10). Para Cabero, las naciones son amalgamas físicas y psíquicas de diversas razas que conforman una raza histórica “cuyos individuos poseen en común cierto tipo hereditario y un conjunto de ideas y sentimientos que constituyen el alma nacional” (Cabero, 1926, p. 16). Para Cabero, no se debe apartar el espíritu chileno de “las razas latinas superiores; debemos tomar de los anglo-americanos sólo sus medios prácticos de acción, su constancia e iniciativa” (Cabero, 1926, p. 29), tomando distancia del contenido político fundamental de las ideas de Palacios.

A pesar de que matiza algunas ideas de Palacios y contradice otras, el pensamiento de Cabero, tal como el de Encina está imbuido por el pensamiento racista. Coincide con Palacios a rasgos generales en que “la admiración por el coraje del roto, el culto por los héroes nacionales, la fe en la superioridad de la raza, han impreso rumbos a la sociedad chilena” (Cabero, 1926, p. 155).

A modo de síntesis, se puede señalar que Guevara y Unamuno, los comentaristas más relevantes a la obra en un primer momento, tomaron distancia de las ideas de Palacios, uno por su conocimiento del pueblo mapuche y el otro del español. Luego de ese periodo, surgieron una serie de autores que reconocen una influencia de Palacios y valoraron su contenido en mayor medida, aún cuando no compartían todas sus conclusiones o consideraran exageradas algunas apreciaciones, siendo los autores más destacados de este periodo Thayer, Encina y Cabero.

Como señala Arancibia, “*Raza Chilena* fue una obra que en sus líneas gruesas fue aceptada y valorada por gran parte de la sociedad culta de esa época” (Arancibia, 1986, p. 97). Quienes formularon críticas a Palacios no refutaron el uso de la categoría de raza o la existencia de una raza chilena, sino que desestimaron las conclusiones a las que llegó Palacios sobre esta raza, y en determinados casos su idea sobre la superioridad y excepcionalidad de la raza chilena. Lo que demuestra que en el periodo el pensamiento racista contaba con una relativa aceptación y era una vía plausible para el entendimiento de los hechos sociales.

En el apartado de antecedentes sociohistóricos ya hemos expuesto la influencia que tuvo el pensamiento de Palacios en ámbitos como la política partidaria o los debates del profesorado y la mesocracia militar en este periodo, lo que confirma la idea, desarrollada por Subercaseaux, de que el nacionalismo étnico durante este periodo se desempeñó como fuerza cultural hegemónica (Subercaseaux, 2010). Sin embargo, es importante tener en cuenta que la situación, a partir de mediados de siglo comenzó a cambiar. El declive del pensamiento racista y su descrédito científico y político implicó un cambio tanto en el tipo de cuestionamientos que se hacen a las ideas de Palacios como en los aspectos de su trabajo que se valoran.

La reinterpretación de *Raza Chilena* en el contexto del declive del racialismo (1945-1973)

El segundo periodo de recepción y crítica de *Raza Chilena* se puede ubicar temporalmente desde 1945, con el término de la segunda guerra mundial y el comienzo del declive del racialismo. De acuerdo a Wieviorka, “el fin de la Segunda Guerra mundial y la toma de conciencia de lo que fue la barbarie nazi significaron, si no la desaparición del racismo científico, al menos su deslegitimación” (Wieviorka, 2009, p. 31), lo que implicó que no solo se cuestionaran las ideas que sustentaron las hipótesis de Palacios sobre la raza, sino el uso mismo de un marco categorial racial para describir fenómenos sociales y políticos.

Se produce en este periodo un desplazamiento de los debates en torno a la obra de Palacios, donde ya no se pone el acento en el carácter científico de su obra ni en el uso del concepto de raza, y se comenzó a enfatizar en los aspectos sociales y políticos de la obra. Los defensores de *Raza Chilena* reivindicaban la vigencia o relevancia de la obra de Palacios a partir del carácter patriótico de la obra y la preocupación de Palacios por la suerte de los sectores populares, mientras que los detractores del autor comienzan a postular que Palacios fue una suerte de nazi *avant-la-lettre*.

Ambas perspectivas representan un problema para la interpretación y exegesis de la obra de Palacios. En primer lugar, la interpretación que reivindica el contenido social y patriótico de la obra omite que la reivindicación que hace Palacios de los sectores populares está dotada de un fuerte componente de selección racial y de un concepto excluyente de comunidad nacional, mientras que la interpretación que se hace de Palacios como un adelantado al nazismo pasa por alto el hecho de que ambas doctrinas, tanto el racismo chileno como el racismo nacionalsocialista alemán, surgen en un contexto teórico similar y reciben una influencia del pensamiento reaccionario europeo, pero que cada una posee sus particularidades y obedece a un contexto histórico específico.

La identificación inmediata entre las ideas de *Raza Chilena* y el nazismo también exculpa de cierto modo a los países “democráticos” de la historia del racismo, considerando que al menos hasta este periodo los criterios de selección racial y políticas eugenésicas tuvieron una influencia que fue más allá de la órbita nacionalsocialista. Sin ir mas lejos, Palacios tenía como referente a Estados Unidos en términos políticos y de selección racial y se definía como demócrata. Esta consideración no es menor, porque la identificación inmediata entre racismo chileno y totalitarismo ha representado una dificultad para comprender la influencia de este conjunto de ideas en los periodos democráticos, y ha invisibilizado la recepción de las ideas de Palacios en figuras ajenas al campo de la extrema derecha.

Este periodo también está marcado por la inclusión de las ideas de Palacios en el debate académico e intelectual, en un contexto de institucionalización de las ciencias sociales y las humanidades. Esto implica que su obra comience a permear no solo en autores vinculados al nacionalismo, como era el caso de Encina y Cabero, sino que también comienza a estar en el debate de autores vinculados a ideas de izquierda, como Julio Cesar Jobet, Ricardo Latcham o Jorge Teillier.

La valoración que hace Julio Cesar Jobet del texto da cuenta de este nuevo contexto de recepción de la obra de Palacios. Según la interpretación de Jobet:

Este trabajo, que es la estructuración sistemática de una serie de artículos periodísticos, escritos en defensa del pueblo chileno, posee un marcado carácter patriótico. Es equivocado en aquella parte donde expone sus teorías raciales, pseudo científicas; pero es valeroso y exacto en su parte crítica y programática con respecto a los problemas económicos y sociales de Chile (Jobet, 1956, p. 101).

El texto donde Jobet comenta la obra de Palacios se titula *Los precursores del pensamiento social de Chile*. Entre los precursores del pensamiento social incluye a Palacios, junto a autores como Francisco Bilbao, Santiago Arcos, Alejandro Venegas, José Victorino Lastarria y Valentín Letelier. El criterio con el que justifica la selección de autores es que:

Los consideramos precursores del pensamiento social, porque sus ideas no se limitan exclusivamente a criticar el régimen político vigente; también ahondan en el análisis de la evolución y realidad nacionales, poniendo al desnudo los vicios y los privilegios económicos; las desigualdades y las injusticias sociales imperantes — abogan por una transformación de fondo, por reformas vastas, por la abolición de las desigualdades y de los privilegios, con el objeto de dar vida a una auténtica democracia política, social y económica— (Jobet, 1956, pp. 9-10).

En ese contexto, Jobet destaca que Palacios “formuló un amplio programa de tipo nacionalista, orientado a regenerar el pueblo y a levantar la potencia del país” (1956, p. 15). El balance que hace Jobet de la obra de Palacios incluye los elementos fundamentales que caracterizan la recepción de la obra de Palacios en este periodo:

No obstante lo discutible y falso de sus teorías racistas y de varias afirmaciones con respecto al movimiento social, es, indudablemente, una obra valiosa que vuelca las angustias de un hombre sincero de la pequeña burguesía profesional, profundamente atormentado ante la crisis que en el país se abría paso en ese entonces (Jobet, 1956, p. 114).

Jobet, a diferencia de los detractores y partidarios de Palacios a los que hemos hecho referencia en el apartado anterior, juzga el contenido y valor de la obra de Palacios *a pesar* de su contenido racista y no *a partir* de este, haciendo una valoración positiva de su contenido social y ubicando el texto en un campo de influencia que va más allá del nacionalismo étnico.

En 1960, el escritor y crítico literario Mario Osses publicó un comentario crítico a la obra de Palacios en la *Revista de Derecho* de la Universidad de Concepción. En su texto, Osses destaca la presencia que hasta ese momento tenían las ideas de Palacios. “Algunas de ellas, en ocasiones las más rotundas y arbitrarias, otras las de mayor inocencia y recato, suelen hallarse vivitas y coleando en lo mejor y peor

de nuestros estudios de carácter antropológico, económico, político y social” (Osses, 1960, p. 115). El comentario representa una de las primeras críticas sistemáticas que se hicieron de la obra de Palacios en el medio académico, y contextualiza de manera muy clara la deslegitimación que tenían las ideas raciales.

Para el autor, “si la noción de ‘raza’ tiende por su inconsistencia a ceder a la de pueblo tratándose de la especie humana, también las de ‘pureza y superioridades raciales’ se hallan en bancarrota, sobre todo después de la última guerra” (Osses, 1960, p. 133), lo que da cuenta no solo de la distancia que tenía el académico con respecto a la noción de raza, sino que también da cuenta del clima de época y el declive del racismo. La obra de Palacios, que se basaba en “un concepto singularísimo de patriotismo asimilable en muchos aspectos al sustentado por el contradictorio filósofo del superhombre y sus epígonos nazis” (Osses, 1960, p. 117), no quedaría indemne a estos cuestionamientos.

Con todo, Osses considera que “el libro de don Nicolás Palacios es una poesía de la chilenidad, con exageraciones, limitaciones y omisiones que le restan mérito” (1960, p. 149). Destaca, de esta forma, el aspecto literario del texto en desmedro de su carácter científico, siendo el libro *Raza Chilena* “una epopeya que continúa a la Araucana en el plano del ensayo o análisis; de ahí que no ande tan descaminado Encina al denominarla ‘poema en prosa’” (1960, p. 116).

La reconsideración de la obra de Palacios en términos de su valor literario o carácter de ensayo será una reinterpretación muy significativa desde este periodo. Cabe señalar que ya en 1935 la obra de Palacios era considerada uno de los textos más representativos de la tradición ensayística chilena (Latcham, 1935). En 1961, Raúl Silva incluyó el texto de Palacios en su *Panorama literario de Chile*, donde señala que a pesar de la extensión de la obra, era correcto definirla como un ensayo porque la obra está escrita con las técnicas propias de este género (1961, p. 454).

Esta es una clave de lectura que tuvo una gran influencia en décadas posteriores, donde se ha llegado a señalar que Palacios sería el “ensayista chileno por antonomasia” (Peralta, 1993, p. 91). La caracterización de Palacios como un ensayista y no como un autor de un tratado científico no restó valor a la

apreciación que se hacía de su obra, porque se consideró que a pesar de errar en muchos de sus argumentos, interpretaba la sensibilidad de su época. De ahí su inclusión en el contexto de la generación literaria del centenario y el rescate que se hace desde la historiografía de la figura de Palacios en décadas posteriores.

En 1962, el poeta Jorge Teillier publicó en la revista *En viaje* el artículo *Nicolás Palacios, olvidado defensor de la chilenidad*, donde hace una defensa del texto de Palacios, que considera ha sido dejado de lado en la sociedad chilena:

¿Por qué nuestras editoriales o universidades no se preocupan por reeditar estos libros que conmovieron al país? Sería no sólo un acto de justicia, sino una contribución valiosa para el mejor conocimiento de nuestra historia e idiosincrasia (Teillier, 1962, p. 6).

Teillier hizo una reivindicación de Palacios, un autor que consideraba “pleno de orgullo y confianza en el pueblo chileno y en el futuro del país, sin dejar de referirse con valentía y dramatismo a los peligros que acechaban el desarrollo de la nación” (p. 5). La defensa que hace de Palacios, como es característico de este periodo no se sustenta en una valoración del carácter científico de su obra, aún cuando hace un reconocimiento de la idea de Palacios sobre la excepcionalidad de Chile en el contexto latinoamericano. De acuerdo a Teillier, “puede tacharse de falta de mayor fundamento o comprobación científica tales teorías, pero nadie puede dejar de ver que hasta la época de Balmaceda, Chile era país preponderante dentro de Sudamérica” (1962, p. 6).

El rescate que hace de Palacios se basa fundamentalmente en el contenido social de la obra. Para el poeta, Palacios fue uno de los primeros autores en dar cuenta de problemas como el analfabetismo o la mortalidad infantil, y en abogar por soluciones políticas como la industrialización del país, la colonización del sur de Chile con familias chilenas escogidas y la extensión de la educación primaria y técnica en el país. Estas ideas, de acuerdo a Teillier, no solo le trajeron a Palacios conflictos en vida, sino que también han ido en contra de diversos intereses políticos, lo que ha implicado un silenciamiento de su obra y una falta de reconocimiento.

En lo que respecta al monumento a Nicolás Palacios, dice Teillier que “oscuros intereses hicieron que fuera desplazado y casi oculto como monumento anónimo hacia la Pila del Ganzo, así como también se ha ocultado su obra a las nuevas generaciones” (Teillier, 1962, p. 7). La idea de *Raza Chilena* como una obra *oculta* da cuenta de la interpretación que hace de la obra de Palacios como una obra que fue censurada por motivos políticos. Destaca, no obstante, el rescate que Francisco Antonio Encina y Julio César Jobet hacen de Palacios, y matiza las críticas que le hizo Unamuno, señalando que el filósofo español “se sintió herido por la negación de Nicolás Palacios de la influencia vasca en Chile” (1962, p. 7).

En el contexto previo al declive del racialismo, la obra de Palacios había sido definida como “una obra de intenso contenido patriótico, ‘un monumento nacional’, sabia’, ‘categórica’, ‘la biblia de los chilenos’” (Arancibia, 1986, p. 63) y se erigieron monumentos al autor. Sin embargo, los comentarios de Teillier dan cuenta de cómo, a mediados del siglo XX, se había producido un desplazamiento de la figura de Palacios de la escena intelectual, pasando de ser considerado un autor oficial o emblemático de la nación, a ser considerado como un autor que estaba al margen del espacio público y del debate intelectual, lo que para Teillier sucede tanto con su obra, que no fue reeditada y era muy escasa, como con su monumento.

Sin embargo y solo unas décadas después, la dictadura civil-militar ofreció un contexto propicio para que diversos intelectuales de derecha, cercanos o críticos del régimen, comenzaran a retomar el interés por la obra de Palacios. Se produce de este modo un nuevo desplazamiento en torno a la recepción de la obra de Palacios. Si en el periodo del declive del racialismo se puede identificar dos vertientes, una *político social*, representada por autores como Jobet o Teillier, que reivindicaron el contenido de denuncia social de la obra, y otra *literaria y académica*, representada por Silva, Latcham y Osses, que enfatizaron en la importancia de Palacios en el ensayismo chileno, en el periodo de la dictadura la obra pasó a ser rescatada por la historiografía conservadora y sectores afines al régimen civil-militar, que buscaron en la obra de Palacios una vía para comprender la identidad nacional e interpretar el contexto de crisis desde un enfoque nacionalista.

El interés por la obra de Palacios en la dictadura civil-militar (1973-1986)

La recepción de la obra de Nicolás Palacios en el contexto de la dictadura está marcada fundamentalmente por la reedición del texto en 1986, que representa el hito más relevante en la discusión público política sobre *Raza Chilena*. Sin embargo, ya desde 1973 se puede identificar, al menos en el ámbito académico, un interés por la obra de Palacios, específicamente entre intelectuales vinculados al nacionalismo chileno y la historiografía conservadora. Autores como Hernán Godoy, Mario Góngora, Miguel Serrano y Patricia Arancibia, relacionados con el medio académico y a ideas de derecha, buscaron en la obra de Palacios argumentos para intervenir en las discusiones políticas que estaban teniendo lugar en Chile, donde el régimen pinochetista estaba fuertemente tensionado por aquellos sectores más afines al nacionalismo y quienes eran partidarios del neoliberalismo.

Así mismo, diversos intelectuales buscaron en la historia las respuestas para abordar la crisis que se produjo en Chile luego del golpe de Estado, estudiando otros periodos de crisis y los debates intelectuales de esos periodos históricos. Es así como emerge con fuerza el interés por la llamada *literatura de la crisis* o de la generación del centenario, donde Palacios era considerado un autor fundamental.

A nivel internacional, en este periodo adquiere amplia relevancia el debate sobre las identidades nacionales, y es importante tener en cuenta que en el Chile de la dictadura, “casi los únicos cauces abiertos para expresar la búsqueda identitaria eran el canal militar y el canal religioso” (Larraín, 2014, p. 14), lo que explica que en este periodo, los intelectuales vinculados a la derecha que intervinieron en el debate sobre la identidad nacional hayan realizado “un intento consciente por resucitar una versión militar de la identidad chilena (que Palacios había desarrollado a principios de siglo) y elevar al Ejército a la condición de progenitor y garante de la chilenidad” (Larraín, 2014, p. 127), relevando el rol del ejército y la guerra en la conformación de la chilenidad y reivindicando figuras como la del roto chileno, a la que ya hemos hecho mención. Esto explica que en este periodo, las intervenciones hayan tenido un especial énfasis en la cuestión militar y en la pregunta por la identidad nacional.

En diciembre de 1973, el sociólogo Hernán Godoy publicó un artículo titulado *El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX*, donde identifica a Palacios como uno de los autores fundamentales para comprender el surgimiento del nacionalismo chileno. En la interpretación de Godoy, no es relevante examinar la validez de las ideas de Palacios sobre la raza chilena, si no “destacar su función sociológica como mito sobre los orígenes, capaz de levantar la autoimagen nacional en un momento de profunda enajenación extranjerizante y de abatimiento de la base popular” (1973, p. 33). En la interpretación de Godoy, el pretendido fundamento científico de *Raza Chilena* es un lastre para la obra, y una interpretación nacionalista de la obra puede prescindir de esta idea, como “lo muestra la edición abreviada que para uso de los cadetes y oficiales de la Marina se hizo de su libro” (1973, p. 34).

El historiador estadounidense-peruano Jeffrey Klaiber publicó en 1978 un artículo sobre las actitudes raciales durante la Guerra del Pacífico, señalando que en la época de la guerra era frecuente encontrar menciones a las cualidades militares de la raza chilena, que se atribuían a su homogeneidad racial (Klaiber, 1978). En su texto, Klaiber cita el texto *Raza Chilena* de Nicolás Palacios como un ejemplo de los *prejuicios raciales* que había en América Latina.

Un texto que interpreta de forma ejemplar las preocupaciones intelectuales del periodo es el *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, del historiador Mario Góngora. El texto, de 1981, hace una caracterización de la noción de Estado y su evolución desde los comienzos de la república chilena hasta el periodo de la dictadura. Para Góngora, la guerra fue desde el siglo XIX hasta la guerra civil de 1891 el principal factor en el surgimiento de lo que se entiende por conciencia nacional y chilenidad (2010, p. 72). El autor también señala cómo a diferencia de otras naciones que contaban con grandes culturas autóctonas que prefiguraron los virreinos y las repúblicas, “la nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que ha antecedido a ella” (2010, p. 71).

En su ensayo, Góngora hace referencia al conjunto de autores que a comienzos del siglo XX abordaron la crisis de la nación, destacando la figura de Palacios como el “más original y apasionante como personalidad” (2010, p. 120) de todos los

ensayistas del periodo. Para Góngora, Palacios era un nacionalista auténtico, doctrinario, y fue uno de los primeros intelectuales en entrever “la crisis del Estado nacional y del genuino pueblo, amenazado a la vez por la disolución racial, los negocios corruptos, el capitalismo y el socialismo” (Góngora, 2010, p. 123).

Gonzalo Vial es otro historiador que se ocupa en este periodo de reivindicar la figura de Palacios. En su *Historia de Chile*, señala que “nadie vio ni el objetivo final de Palacios, ni las causas por las cuales lo buscaba” (1981, p. 819), afirmando que el propósito de *Raza Chilena* era “elevar y dignificar al chileno de pueblo, al roto, hacia el cual nuestro personaje había concebido su admiración cuando presencié sus hazañas y comprobó las virtudes populares, durante la guerra” (G. Vial, 1981, p. 819).

El historiador Cristian Gazmuri, quien ha desarrollado una serie de trabajos sobre los *ensayistas de la crisis o la generación del centenario*, abordó en profundidad la obra de Palacios. El autor es uno de los primeros comentaristas en ofrecer un análisis detallado de las fuentes teóricas del pensamiento de Palacios y en formular una explicación historiográfica para la acogida que tuvo el pensamiento racista en Chile. Para Gazmuri, el contexto de crisis que tenía lugar a comienzos del siglo XX provocó que los intelectuales buscaran respuestas en los modelos intelectuales europeos que estaban en boga, incluyendo las teorías sobre las razas (Gazmuri, 1981). Entre las fuentes teóricas que Gazmuri identifica en la obra de Palacios, destaca específicamente a autores como Gobineau, Vacher de Lapouge y Le Bon.

El interés de Gazmuri en la obra de Palacios no tiene que ver con el carácter científico del texto ni con su contenido social, sino que se basa en una reconsideración del lugar de la obra de Palacios en la cultura nacional. Este rescate, se diferencia de aquellas interpretaciones que buscaban en la obra de Palacios un puntal para los debates internos de la derecha chilena y la exaltación del factor militar. El rescate que lleva a cabo Gazmuri lo denominaremos patrimonial, pues está más vinculado a la lectura de autores como Ricardo Latcham o Raúl Silva que en el periodo anterior ubicaban a Palacios en el contexto de la tradición ensayística chilena.

La interpretación *patrimonial* de la obra de Palacios también se diferencia de otras interpretaciones abiertamente racistas o nacionalistas de la obra de Palacios, como la que desarrolla en el mismo periodo el escritor Miguel Serrano.

Miguel Serrano, que puede ser considerado “el neonazi públicamente más relevante de la historia chilena” (Basso, 2020, p. 97) presentó en 1982 un trabajo sobre Nicolás Palacios en la Academia Superior de Seguridad Nacional. Una institución dedicada a la formación de Oficiales de las Fuerzas Armadas y civiles que trabajaban en el Estado. Este trabajo, que posteriormente publica bajo el título de *El ciclo racial chileno* lo dedicó al Ejército de Chile, “con la esperanza de que un día pueda transmutarse en una orden guerrera racista, hermética y mágica” (Serrano, 2005, p. 3).

Serrano, a pesar de otorgar validez al concepto de raza, toma en el texto distancia de las ideas de Palacios, afirmando que “raza chilena no existe, no existirá nunca” (2005, p. 5) y que si bien hubo un mestizaje *parejo*, “el mestizaje chileno, como todo mestizaje, es malo y se encuentra ya en plena descomposición, como el mestizaje del resto de América, y del mundo” (2005, p. 5). El rescate que hace de Palacios tiene que ver con que gracias a él la cuestión de las razas no es desconocida en Chile, a diferencia del resto del mundo donde el tema supuestamente ha sido ocultado por una conspiración planetaria.

Para Serrano, “*Raza chilena* es un canto a nuestra nacionalidad, completamente desconocido por las actuales generaciones del país. Nadie ha rescatado aquí este libro excepcional, siendo ignorado en las escuelas y universidades” (2005, p. 10). Serrano, a diferencia de autores como Unamuno o Cabero, comparte la idea de Palacios de que “la conquista de América fue realizada por el elemento germano, visigodo de España. Únicamente una raza así templada pudo cumplirse tan grandiosa aventura” (2005, p. 16), y en el marco de su estafalario pensamiento, señala que el araucano, indómito y guerrero, sería también una raza hiperbórea, descendiente de “una raza de gigantes blancos y rubios que, con mucha anterioridad a egipcios y ‘libios rubios’ habitó estas sacras regiones” (2005, p. 24).

Señala que para el momento de la conquista, los godos que desembarcaron en estas tierras “habrán encontrado todavía más de algún descendiente rubio y blanco de los antiguos gigantes, de los dioses blancos” (Serrano, 2005, p. 29), pero la mayoría eran producto de un mestizaje en progresiva involución. Tras la independencia, los primeros gobernantes mantuvieron el estilo *godo*, siendo Portales “un visigodo de alma y cuerpo” (2005, p. 31), pero la decadencia llegó con el enriquecimiento fácil del salitre, donde los políticos de profesión y los gestores-abogados iniciaron un cambio hacia la vida matriarcal, en un proceso que, tal como señaló Palacios, se explica fundamentalmente por el factor racial.

Este proceso de decadencia, o ciclo racial como lo llama Serrano, se acentuó en las décadas siguientes por la llegada de ideologías de origen judío como el marxismo y el neoliberalismo. La idea de un ciclo remite precisamente a este proceso de decadencia, que sin embargo de acuerdo a Serrano puede ser revertido por el ejército, recreando la “raza del espíritu ario” (Serrano, 2005, p. 53). Esta labor sólo puede ser realizada por un “Estado racista chileno, que comprenda que el destino ha puesto en sus manos la más grande decisión de su historia: salvarnos étnicamente, o dejarnos hundir sin esperanzas” (2005, p. 53).

Es difícil imaginar, para quienes tengan un poco de sentido común, cuál es el interés que pudo haber tenido la Academia Superior de Seguridad Nacional en estas ideas. Sin embargo, puede ser considerada como la versión más radical y extravagante del mito del fundamento racial-militar de la sociedad chilena, a pesar de que se trata de un contexto en que el racismo estaba totalmente desacreditado. Serrano, a diferencia de Palacios no revistió sus ideas de un carácter científico, sino con un trasfondo esotérico y una manifestación mucho más literaria, lo que demuestra que incluso entre los partidarios más extravagantes de la doctrina de las razas, esta categoría no contaba con la legitimidad científica que caracterizó a estas doctrinas hasta mediados del siglo XX.

Finalmente, corresponde hacer referencia en este periodo al trabajo de Patricia Arancibia, que en 1986 publica el artículo *Recepción y crítica a Raza Chilena. Los comentarios de Miguel de Unamuno*, al que ya hemos hecho referencia y que

reconstruye con mucho detalle los primeros debates en torno a la obra de Palacios. Arancibia presenta en su artículo un matiz con respecto al comentario de Unamuno sobre Palacios, reprochándole al filósofo español que sólo se haya centrado en el aspecto de la raza y la lengua que “en ningún caso constituían la totalidad de la obra. Nada había dicho Unamuno de la problemática social que Palacios denunciaba con crudeza” (Arancibia, 1986, p. 86). Para Arancibia, el libro de Palacios es representativo de “toda una nueva manera de pensar a Chile. Independiente de su contenido, es por tanto un libro que atestigua al menos una gran vitalidad” (Arancibia, 1986, p. 63).

En síntesis, se puede señalar que desde 1973 vuelve a existir un interés por la figura de Palacios y su obra, que, en el contexto de la pregunta por la crisis de la nación y la identidad nacional, representó un discurso productivo para quienes buscaban relevar la importancia del factor racial-militar en la construcción de la identidad nacional y buscaron respuestas en el nacionalismo chileno. Esta interpretación, a diferencia de los periodos interiores ya no se basa en el supuesto carácter científico de la obra ni en el contenido de la denuncia social que hace, sino en la reconsideración de *Raza Chilena* como bien cultural, relevante para la comprensión de la identidad nacional desde la perspectiva que posteriormente el sociólogo Jorge Larraín llamará la versión racial-militar de la identidad chilena (Larraín, 2004).

Esta reconsideración y reinterés por la obra de Palacios, como hemos señalado tuvo hasta este momento una expresión sobre todo en el trabajo de historiadores y sociólogos vinculados a la derecha. Esto teniendo en cuenta que para ese momento, *Raza Chilena* se encontraba totalmente agotado y representaba una verdadera rareza bibliográfica (Teillier, 1962). Sin embargo, la reedición de *Raza Chilena* en 1987 ofrecerá un contexto propicio para la ampliación del debate en torno a la obra de Palacios, que comienza progresivamente a adquirir relevancia en el discurso público político. Comenzaremos caracterizando el hito de reedición del texto de Palacios y posteriormente abordaremos los debates que trajo la reedición del texto de Palacios en la opinión pública.

La reedición de Raza Chilena (1986-1987)

En el periodo de la dictadura, como hemos señalado, comienza a gestarse en el debate público una iniciativa para hacer una reedición de *Raza Chilena*, que para ese entonces llevaba varias décadas agotado.

Ya en 1977, José Vargas planteaba, en el periódico *El Condor* de Santa Cruz, que “la vida de Nicolás Palacios, olvidado defensor de la chilenidad y muerto en Santiago el 12 de junio de 1911, fue extraordinaria en todo sentido. Se impone, entonces, una nueva edición de su obra” (1977, p. 3). El autor menciona que en 1969 la municipalidad de Santa Cruz había acordado reeditar el texto, y señala que junto a eso sería conveniente rescatar la parte del monumento que se encontraba en el Barrio Pila de Ganso, porque “Fernando Thauby la concibió junto a la figura del autor de *Raza Chilena*” (Vargas, 1977, p. 3).

Vargas, escritor y poeta colchagüino, fue uno de los principales defensores de la figura de Palacios en este periodo. Formaba parte del grupo literario *Los Afines*, que en 1954 había organizado un homenaje a Palacios con el motivo de su centenario. En 1981 el escritor vuelve a insistir en la reedición del texto, señalando que *Raza Chilena* “constituye una de las mejores obras que se han escrito en Chile acerca de sus orígenes, características y costumbres. Conveniente sería la reedición del libro” (Vargas, 1981, p. 3).

La reedición del texto se concretó finalmente en dos ediciones, una a fines de 1986 y otra a comienzos de 1987. La primer reedición fue llevada a cabo por la Editorial Antiyal en dos tomos, tomando como base la segunda edición del libro que se había publicado en 1918. Esta edición incluyó, al igual que la segunda edición del texto, la reseña biográfica de Senén Palacios. Con motivo de esta primera reedición se publica en enero un comentario en la revista *Afondo* destacando que “luego de décadas se ha publicado una nueva edición de este texto sobre lo que somos” (Afondo, 1987) y Juan Guillermo Prado destacó en el diario *La Nación* el hecho de que el libro se reeditara “luego de más de medio siglo” (1987, p. 3).

En abril de 1987 se publicó una segunda reedición del texto, por parte de *Ediciones Colchagua*, con mucho mayor alcance y difusión. El sello editorial, propiedad del empresario Carlos Cardoen, coterráneo y familiar lejano de Nicolás Palacios, lanzó un primer tiraje de 1000 ejemplares, convirtiéndose *Raza Chilena* en un best seller que permaneció “durante meses entre los diez más vendidos” (Gutiérrez, 2010, p. 127). Esta edición, de carácter facsimilar, reproduce íntegramente la primera edición del libro e incluye presentaciones y trabajos introductorios de Carlos Cardoen, Patricio Tupper y Miguel Serrano.

En la *Presentación* del texto, Cardoen hace referencia sobre todo a anécdotas personales que lo vinculan al autor, para dar cuenta de la importancia que tiene la figura de Palacios para la gente de Santa Cruz. Una ciudad donde custodian su memoria “con devoción muy local, muy nuestra, como una familia que preserva con celo su tradición más íntima” (Cardoen, 1987, p. VII). El editor recuerda cómo creció en medio de diversos homenajes que se hacían al autor, desconociendo durante mucho tiempo cuales eran las razones de ese respeto. En palabras de Cardoen: “el rito había ganado terreno al conocimiento objetivo” (1987, p. VII). Lo que confirma que durante mucho tiempo la reivindicación de la figura de Palacios dejó de tomar en cuenta sus ideas y su producción intelectual

Cardoen también hace referencia a circunstancias personales que lo vinculan al médico chileno, como el hecho de que su madre vivió en la casa que en algún momento perteneció a la familia de Palacios —que luego sería la sede de la municipalidad de Santa Cruz— y que su abuela materna era sobrina del doctor Palacios. Sin embargo, y a pesar de ésta cercanía, Cardoen no había tenido acceso a la obra de Palacios, la que recién pudo conocer luego de que Miguel Serrano le entregara un ejemplar de la obra.

En la *Presentación*, Cardoen dice entender los cuestionamientos que se han hecho a la obra de Palacios, pero que considera injusto: “que se ataque a fardo cerrado su teoría sobre la existencia de una raza chilena, la que en apariencia no tiene pilares de sustentación, sin detenerse en la esencia de este maravilloso libro” (1987, p. VIII-IX).

La esencia de *Raza Chilena* no estaría en la existencia de una supuesta raza chilena, sino en la idea de que “los chilenos debemos esperar todo de nosotros mismos y que no es digno admirar servil y pasivamente las virtudes del extranjero” (1987, p. IX), en la reivindicación de las virtudes del chileno, en la voluntad de Palacios por establecer en Chile una “poderosa corriente de energía moral” (1987, p. IX), y en la orientación proteccionista y defensa de la industria y agricultura nacionales que hace Palacios.

Cardoen indica que se debe comprender la obra de Palacios con la óptica del presente, buceando en sus motivos últimos, lo que hará que le encontremos razón en algo o al menos comprendamos que “su corazón y su inteligencia estaban animados por una vocación patriótica de la mejor ley” (1987, p. XI). El mensaje subyacente de la obra, Para Cardoen, sería que:

Todo tiene que partir arrinconando a la mediocridad mental, origen de la insuficiencia económica, social y cultural. El chileno debe mirarse al espejo con amor. Precisa desde luego conocer sus fallas, pero le urge mucho más —para su vigor psicológico— saberse bien dotado por la naturaleza y convencerse de una vez por todas respecto a las inmensas oportunidades que le aguardan a lo largo y ancho de la tierra patria. Oportunidades de riqueza material, si lo desea, y de plena realización personal. Al país le irá mejor si cree en sí mismo, comenzando por su elemento humano, por la ‘raza chilena’. Si se habitúa a pensar en términos de triunfo y no de fracaso (Cardoen, 1987, p. XI).

El empresario señala sentirse “tocado por el buen mensaje del doctor Palacios —aunque no necesariamente por sus enfoques raciales—” (1987, p. XII). Su opinión se inscribe en lo que caracterizamos como recepción patrimonial de la obra de Palacios, pero con un giro empresarial, que pone énfasis en la mentalidad y el triunfalismo como garantías de la riqueza y realización personal. Es una reinterpretación de la figura de Palacios que se aleja de la reivindicación del *roto* y el sujeto popular para enfatizar en una visión triunfalista y una nueva mentalidad.

En ese sentido, si los autores del periodo anterior, con una sensibilidad más vinculada a sectores populares, habían reivindicado la obra de Palacios por su contenido social, y la consideraban una obra representativa de un ánimo de crisis, la obra de Palacios es reinterpretada como un mensaje de empoderamiento y orgullo de la nacionalidad, pasando a segundo plano su crítica a la élite nacional.

El segundo texto introductorio de esta edición es un prefacio de Patricio Tupper, periodista y gerente de *Ediciones Colchagua*. En el texto, que se titula *Ideario de Nicolás Palacios*, Tupper define a Palacios como “uno de los más preclaros testigos de la crisis moral que invadió a la república a principios de siglo” (1987, p. XV). En su texto, Tupper caracteriza a Palacios como un autor antimarxista y antisocialista, que prefirió la intervención del capital y que llegó a proponer “nombres de capitalistas chilenos para hacerse cargo de la industria salitrera, que preconizaba expropiar” (1987, p. XV), habiendo además en su obra una intranquilidad por las condiciones de vida del pueblo, anunciando “en síntesis, las grandes cuestiones que motivarían el quehacer político y social del país a lo largo del siglo XX, y que todavía debatimos” (1987, p. XVI). Se refiere además de forma extensa a la biografía del autor, haciendo referencia a sus influencias intelectuales y el contexto histórico en que se desarrolla la obra del médico.

Tupper también hace un comentario sobre la recepción que se ha hecho de la obra de Palacios, señalando que entre los autores que se han interesado por la obra de Palacios, “sólo Miguel Serrano, de espíritu poético, concede importancia a su racismo” (1987, p. XXXI). Tupper destaca fundamentalmente la importancia que tiene Palacios para la historiografía chilena, que ha hecho un rescate pedagógico de este “héroe civil, ejemplar, sin que sea necesario su endiosamiento ni su falsificación” (1987, p. XXXI).

El último texto que precede a la obra es una presentación de Miguel Serrano, titulada *Nicolás Palacios, un pensador excepcional en el mundo de habla castellana*. Serrano considera a Palacios como el escritor y pensador más extraordinario del mundo de habla castellana, porque es el único que ha tratado el problema racial en relación con su patria y con España (1987). En su lectura, Serrano toma distancia

de las interpretaciones que predominaban sobre la obra de Palacios en el periodo, señalando que “pretender referirse a Palacios sin mencionar el tema racial es como hacerlo sobre Nietzsche dejando de lado su concepción del superhombre” (1987, p. XXXIII). La obra de Palacios no ha sido debidamente divulgada ni reeditada por prejuicios e ignorancia sobre el racismo, la eugenesia y el tema racial en general. De acuerdo a Serrano:

Historiadores oficiales y oficialistas, los llamados académicos, sólo se refieren de pasada a Palacios, destacando su patriotismo, su defensa del pueblo, del ‘roto’, su acendrado amor a Chile, a la bandera, a sus tradiciones, su exaltación del araucano; mas, sin dejar de agregar un ‘pero’, con la consabida frase de ‘falta de rigor científico, ‘desconocimiento de las nuevas corrientes y descubrimientos de la etnología’, sin especificar jamás cuáles son, aún cuando ellos debieran conocerlas (Serrano, 1987, p. XXXIII).

La interpretación que hace Serrano de la recepción que ha existido de la obra de Palacios por parte de la historiografía, con la excepción de Encina, da cuenta de cómo se ha rescatado la obra de Palacios al margen de su contenido racista. A pesar de que compartimos el diagnóstico que hace Serrano sobre esta forma de recepción, consideramos que a pesar del desplazamiento que existe del concepto de raza, la valoración positiva que existe de la obra de Palacios si puede ser considerada racista, porque tanto quienes reivindican el contenido nacionalista como el lugar de la obra de Palacios en la comprensión de la identidad chilena se basan en un concepto de *chilenidad* que es esencialista. Persiste en esta forma de interpretación la idea de una esencia de la identidad nacional que debe ser defendida, encontrada o rescatada, aunque sin un sustrato biológico.

Tanto en aquellas interpretaciones que desplazan el concepto de raza por el de nación, como en aquellas que emplean un concepto vago de cultura, persiste una idea de comunidad nacional que es excluyente, y una distinción entre sujetos que son considerados como representativos de esta raza, nación o cultura, y sujetos que representan una amenaza para la integridad de esta comunidad chilena.

Documento de cultura / Documento de barbarie (1987-1988)

La reedición de *Raza Chilena* no solo fue un éxito de ventas, sino que además provocó un profundo debate en torno a la cultura e identidad nacional, que no solo estuvo atravesado por el contenido de la obra de Palacios, si no también por el fervor e interés con que se acogió su obra en ese contexto, posterior y tan diferente. Se produjo de este modo una discusión entre aquellos que consideraban la obra de Palacios un texto relevante para comprender la identidad nacional, y quienes relacionaban el rescate del texto como una manifestación del proyecto cultural del pinochetismo o la manifestación de un fascismo subterráneo en la derecha chilena. Hemos escogido algunas intervenciones que manifiestan este contraste de opiniones.

Aunque en este periodo se publicaron reseñas académicas del texto, como la que publicó el año siguiente Erwin Robertson en la revista *Dimensión Histórica de Chile* (1988), es importante tener en cuenta que el debate sobre *Raza Chilena*, en el contexto de su reedición, se desarrolló fundamentalmente a través de columnas y cartas en prensa escrita, es decir, a través de aquellos medios y soportes que configuran lo que hemos caracterizado como el espacio público político. En este debate intervinieron académicos y autoridades, pero también ciudadanos y ciudadanas interesados en exponer su punto de vista, en igualdad de condiciones.

En el contexto de los comentarios a la reedición del texto, Hugo Araya destacó que el libro de Palacios “tiende a elevar la autoestima del pueblo chileno” (1987, p. 7) y que “aspiró a crear una mística nacional” (1987, p. 7). Elena Vial, por su parte, establece que:

Las teorías racistas de Palacios no tienen hoy ninguna base científica y sus profecías más aterradoras no se cumplieron. (De hecho el mundo comprobó posteriormente hasta donde puede llegar el ideario racista llevado a la práctica y con aparente apoyo científico). Pero el libro de Palacios, uno de los forjadores del nacionalismo en Chile, tiene en sí mismo un valor histórico (E. Vial, 1987, p. 31)

El historiador y comunicador Mario Céspedes, en una columna titulada *Disparates sobre Palacios*, en la revista *Hoy*, señaló con respecto a la obra de Palacios que:

Perdonable es que en 1904, y dado el precario desarrollo que en aquel tiempo tenían la etnología y la antropología, alguien pudiera opinar en forma tan desaprensiva. Lo raro es que hoy, en pleno siglo XX, haya sedicentes 'científicos' o 'intelectuales' (¿también políticos?) que crean con la fe del carbonero en estas mitologías etnográficas. No puede ser que hoy se piense que las desbordadas reflexiones de Palacios sobre la raza chilena puedan tener vigencia" (Céspedes, 1987, p. 43).

A pesar de los cuestionamientos que Céspedes hace en su columna a las ideas de Palacios, destaca "su honesto testimonio de la vida del trabajador chileno al comenzar este siglo" (1987, p. 43), motivo por el que "merece hoy un respeto expresado en la reedición completa y sin limitaciones de todas sus obras" (1987, p. 43). De ese modo, Céspedes se identifica con aquellos autores de izquierda que rescataron el contenido social de la obra, como es el caso de Jorge Teillier o Julio César Jobet.

El comentario de Céspedes, que de ninguna forma puede ser considerado elogioso, fue contestado por Fernando Rivas, quien en una carta al director de la misma revista manifestó su extrañeza por "lo duro del término empleado en el epígrafe" (Rivas, 1987, p. 64) donde Céspedes se refiere a *Raza Chilena* como disparates, parafraseando a Unamuno. En la interpretación de Rivas, Palacios:

Exaltó los valores que él apreciaba en los chilenos, más que desprestigiar lo extranjero; o sea trató de estimular al criollo a tomar un papel rector en su propio país y a no dejarse opacar por lo importado; eso es lo que hay que extraer de su obra y no capitalizar ni calificar de disparates errores de deducciones antropológicas tan en pañales en ese tiempo (Rivas, 1987, p. 64).

El director de la revista responde escuetamente a la carta que “*como dice el rector Rivas, es un problema de epígrafe —y de discrepancia con el libro—, no con el autor*” (Rivas, 1987, p. 64), recuperando aquella separación entre la obra de Palacios, de la que se puede discrepar, y la figura de Palacios. Indiscutiblemente merecedora de elogios y reivindicaciones por su aporte a la cultura chilena.

En junio, de acuerdo a una breve nota publicada en *La Tercera*, el libro de Palacios “se mantiene firme en el primer lugar de los libros más vendidos en la categoría ‘no ficción’” (La Tercera, 1987, p. 3).

César Besio publicó una columna en *El Mercurio* donde, a propósito de la obra de Palacios, hace un lapidario diagnóstico del racismo en Chile:

La idea de asimilar la chilenidad al concepto de una raza, formada por la mezcla del conquistador español con el indígena nativo, se escucha con cierta frecuencia en la vida pública y cultural del país. A esa raza se la identifica con la nacionalidad y se la hace poseedora de las más altas virtudes patrias. El contenido de estos conceptos no es inocente, y sirve de base a la discriminación racial (Besio, 1987, p. A2).

Besio identifica en *Raza Chilena* una de las manifestaciones más acentuadas del racismo en Chile, siendo éste un texto donde se puede constatar:

El desprecio hacia el extranjero, en especial hacia los latinos, judíos, negros y orientales, no sólo por su procedencia foránea o por sus culturas extrañas a la ‘raza chilena’, sino por considerarlos inferiores y pervertidores de la chilenidad (Besio, 1987, p. A2).

Cita fragmentos explícitos del racismo de Palacios, preguntándose: “¿Cómo puede sostenerse razonablemente que Palacios sea un autor que destaca los valores de la chilenidad?” (1987, p. A2). Por el contrario, su obra “constituye una afrenta a valores fundamentales de la nacionalidad y un insulto a los miles de inmigrantes extranjeros y sus descendientes, que con sacrificio y esfuerzo hemos contribuido a la grandeza de Chile” (Besio, 1987, p. A2). Concluye señalando que:

No debemos dejar pasar silenciosamente las pequeñas expresiones racistas o antiextranjeras, porque ellas son fuente de otras repudiables como la comentada en estas líneas, y que posteriormente justifican y materializan genocidios como los sufridos en este siglo por el pueblo judío y el pueblo armenio, o las actitudes despreciables hacia los inmigrantes orientales que viven en Chile, aparecidas en algunos medios de comunicación social últimamente (Besio, 1987, p. 6).

La columna de Besio, que destaca tanto por su análisis político como por el detalle con el que aborda la obra de Palacios, fue respondida por María Estela Pietrasanta, coterránea Palacios y Cardoen y descendiente italiana al igual que Besio. Pietrasanta señala haber leído el libro y no sentirse “menospreciada ni atacada por su contenido y conceptos acerca de los latinos e italianos” (1987a, p. A2), porque Palacios aludía al matriarcado que imperaba en esos pueblos y a los “sicilianos y calabreses que por entonces ya inmigraban a los Estados Unidos de América” (1987a, p. A2) y que eran responsables de las mafias. María Estela también cuestiona las críticas que Besio hace al fascismo, señalando que “muchos chilenos descendientes de italianos fueron fascistas” (1987a, p. A2). En su opinión, la columna de Besio “daña el prestigio y la gloria de uno de nuestros más preclaros pensadores” (1987a, p. A2).

Una editorial publicada en el periódico *El Colchagüino* también hace una defensa de Palacios, de quien se afirma que “aportó, como ningún otro, importantes elementos de estudio a la psicología de nuestra raza” (El Colchagüino, 1987, p. 4). El texto destaca el patriotismo de Palacios y su conocimiento del ser nacional, y vincula la recepción que ha tenido la reedición del texto con la política contingente:

En estos momentos de la vida nacional, es más imperioso que nunca resaltar y rescatar los auténticos valores de la nacionalidad. Los mismos que hace un tiempo quisieron ser mancillados, pero que la Raza Chilena, defendió a toda costa” (El Colchagüino, 1987, p. 4).

Enrique Neiman, colchagüino al igual que Pietrasanta, dedica también unas palabras a la crítica que hace Besio al racismo de Palacios. Neiman señala que “en apariencia son correctas sus apreciaciones [de Besio] desde un punto de vista evolucionado. Pero, creo, comete el error de olvidar ciertos detalles” (1987, p. 6). Neiman afirma que “pese a sus atolondradas afirmaciones antinegras, antisemitas o antilatinas, Nicolás Palacios [...] protesta contra las injusticias sociales y en el fondo se puede hallar un cántico a la chilenidad” (Neiman, 1987, p. 6). Neiman señala que Palacios, “amén de buscar un pretexto para negar la innegable ascendencia española en el pueblo chileno, arguyera que la patria se formó con mezcla araucano-alemana” (1987, p. 6)

Alberto Robertson envía una carta a *El Mercurio* donde se refiere a la “acre censura” (1987, p. A2) que César Besio haría a la obra de Palacios, y los nuevos cargos que se formulan contra Palacios en el texto de Neiman, como es el hecho de que Palacios negaba la ascendencia española del pueblo chileno. Robertson señala que Palacios desarrolla su tesis etnológica porque “estaba combatiendo otro tipo de racismo: aquel que tiende a desvalorizar la herencia española e indígena” (1987, p. A2). Sobre las ideas de Palacios sobre la inmigración, señala que:

No se trata de desdeñar o rechazar otros aportes inmigratorios. Pero si se estima que un pueblo tiene una ‘personalidad’, un ‘alma’ colectiva, vale decir, una cultura, una tradición, costumbres y valores propios, específicos, habrá que convenir en que interesa preservar esa cultura y valores y que, por lo tanto, el aflujo masivo de una población con otros valores puede ser inconveniente” (A. Robertson, 1987).

Pablo Massone señala en una carta al mismo medio que la obra de Palacios es indispensable para quienes busquen conocer la historia patria, y que si bien contiene algunas observaciones caprichosas o anticientíficas, se debe al “patriotismo apasionado, aunque no malicioso” del autor (Massone, 1987, p. A2). Sin embargo, Massone considera que “donde, eso sí, el autor desbarra ostensiblemente es en sus unilaterales lucubraciones racistas que,

afortunadamente, no han tenido mayor acogida, para tranquilidad de quienes pudieran sentirse tocados” (1987, p. A2).

Ante los diversos comentarios que provocó su intercambio con Besio, Pietrasanta publicó una segunda carta, donde afirma no entender:

Tal indignación ante la palabra raza, o la etnología, y no veo por qué tratar de mejorar la raza humana sea moralmente condenable. Más aún, tratar de levantar las condiciones biológicas y raciales del pueblo chileno, como lo pretendía el Dr. Nicolás Palacios (Pietrasanta, 1987b, p. A2).

En la carta, Pietrasanta no solo hace una defensa de Palacios, sino que además le concede un valor a su defensa de la homogeneidad racial:

Mi ilustre coterráneo [Palacios] sólo pretendió mantener la homogeneidad racial de nuestro pueblo chileno en defensa de su alma nacional conformada por su singular cultura, tradición, arte, carácter, etc., que son en definitiva los elementos que diferencian a un pueblo de otro, o mejor dicho, a una raza de otra. Porque el racismo va en defensa de los valores espirituales y físicos propios de cada conglomerado étnico (Pietrasanta, 1987b, p. A2).

Pietrasanta emplea conceptos como *cultura nacional* o *valores espirituales* que en el contexto del nacionalismo étnico frecuentemente se emplean como sustitutos de la noción de raza, y que a pesar de no tener un carácter estrictamente biológico, también se basan en un concepto excluyente de la comunidad nacional. Pietrasanta de hecho va aún más allá, porque equipara la búsqueda de la homogeneidad racial con la defensa de la identidad nacional.

Enrique Brahm, a propósito de esta polémica, señala que asimilar a Hitler a Palacios sería injusto “para el idealismo patriótico de Nicolás Palacios. Pero la raíz y el ambiente de que se nutren sus doctrinas es el mismo” (Brahm, 1987, p. E3) y plantea que se debe rescatar de Palacios la defensa apasionada del pueblo, pero no el sustento doctrinario en que la apoya (Brahm, 1987).

El debate que se estaba desarrollando en torno a la obra de Palacios comenzó a adquirir relevancia, e interesó a diversos intelectuales reconocidos, que a través de su interpretación del texto y su recepción, aprovecharon para formular ciertas ideas sobre la identidad nacional y el nacionalismo en el periodo. Hay dos textos que pueden considerarse representativos de esta discusión, por una parte una columna del historiador Gonzalo Vial, que había sido un colaborador civil de la dictadura, y por otra parte una columna de Bernardo Subercaseaux donde vincula el fervor con que había sido recibida la obra de Palacios con el proyecto de la dictadura.

Gonzalo Vial, quien ya había reivindicado a la figura de Palacios en su *Historia de Chile*, parte su columna caracterizando el contexto del debate, señalando que con la reedición del texto “nuevamente estalla el escándalo: es éxito de librería, blanco de la crítica y nutrido tema de las ‘cartas de los lectores’ en la prensa diaria. Como en 1904, la mayoría de las opiniones es adversa, y beligerantemente adversa” (G. Vial, 1987, p.7). Vial considera que la polémica que provocó en su momento la obra de Palacios tuvo que ver con la teoría de Palacios sobre la raza, dando a entender que la reivindicación que hacía Palacios del mestizaje y del componente indígena “resultaban un lastre abominable e insoportable para quienes querían a toda costa que fuésemos europeos” (1987, p. 7), cuestión que no está formulada de esa forma en ninguno de los textos que hemos revisado.

Vial se pregunta si “habrá un sentimiento parecido en los nuevos detractores de Nicolás Palacios?¿Continuaremos creyendo en esa mítica blancura?” (G. Vial, 1987, p. 7). En nuestra interpretación, lo que da a entender Vial es que los críticos de Palacios, muchos de ellos vinculados a la izquierda, reniegan del nacionalismo y de la nacionalidad para basarse en modelos extranjeros o buscar asimilarse a otros países, como si el nacionalismo étnico o el racialismo fuesen producciones intelectuales locales, sin ninguna relación con un contexto teórico global, recreando de algún modo el mito nacionalista de que la obra de Palacios se produce por un conocimiento acabado del alma nacional y de la identidad nacional y no por un contexto intelectual, político y social que habilita este tipo de reflexiones.

Bernardo Subercaseaux, por su parte, publicó una crítica frontal y directa a la reedición de la obra de Palacios, señalando que existe un vínculo entre las ideas de Palacios sobre la identidad nacional y el proyecto de la dictadura civil-militar:

La reedición del texto (con sendos prólogos apologéticos) resulta hoy perfectamente comprensible a la luz de las conexiones que existen entre el pensamiento de Palacios y algunas de las ideas que han circulado durante este régimen, y muy en particular, con el pensamiento y el temple de ánimo del propio general Augusto Pinochet” (Subercaseaux, 1987, p. 24).

Subercaseaux plantea una comparación muy ilustrativa entre la distinción que hace Palacios entre chilenos de nacimiento y chilenos de raza y la distinción que se hacía por parte de la dictadura de “buenos y malos chilenos, de humanos y humanoides” (Subercaseaux, 1987, p. 24), y señala que el fervor que existió por la reedición del texto se explica porque el ambiente cultural chileno en ese periodo está dominado por una *fanfarria nacionalista*:

Todo indica empero que vivimos días de fanfarria, en que la recóndita esencia de lo chileno se ha convertido en un valor absoluto, en que las propuestas no valen por la creatividad de las ideas sino por las veces en que se menta la palabra Chile (Subercaseaux, 1987, p. 24).

El debate que se produce en torno a la obra de Palacios, teniendo a la vista el texto y con muchos más elementos del contexto, da cuenta de la diversidad de opiniones que existieron en la década de los ochenta, donde en el contexto del discurso público político tuvieron manifestación tanto reivindicaciones y homenajes a Palacios como intervenciones de detractores y críticos. Eso implica, tal como hemos titulado este apartado, que el texto de Palacios no haya sido interpretado solo como un documento de cultura, sino también como un documento de barbarie, que da cuenta del vínculo latente e implícito que existe entre el proyecto refundacional de la dictadura y las violencias y exclusiones que atraviesan la historia nacional.

La politización del debate sobre el racismo y la recepción de la obra de Palacios en el contexto académico (1988-2020)

El último periodo de recepción y crítica de la obra de Nicolás Palacios comienza en los últimos años de la dictadura y se prolonga hasta la actualidad. Es un momento que está cargado de las mismas discusiones y confrontaciones que el periodo anterior, pero al tratarse de un periodo de mayor apertura política y cultural, la discusión se amplía hacia prensa partidaria y hacia publicaciones de carácter académico, constituyendo dos esferas que aunque tienen motivaciones distintas e incluso divergentes, no se desarrollan con plena autonomía, pues las publicaciones políticas articulan su reflexión sobre la obra de Palacios en base a un lenguaje académico que le otorga legitimidad, mientras que el interés académico por la obra de Palacios tiene un contenido político manifiesto.

Entre quienes defienden y reivindican a la figura de Palacios en este periodo se debe considerar a organizaciones e instituciones vinculadas a la ultraderecha o al llamado nacionalismo de tercera posición, que en sintonía con la separación que se establece desde mediados del siglo XX entre la reivindicación de Palacios y el contenido racista de su obra, hacen una defensa mucho más matizada del contenido político de la obra de Palacios.

Hemos fechado en 1988 el inicio de este periodo por la publicación en ese año de un artículo en la Revista *Avanzada*, un medio de extrema derecha que llevaba algunos años publicándose y cuyos fundadores dieron origen al partido pinochetista *Avanzada Nacional*. El artículo, titulado *Nicolás Palacios y el rescate de la identidad nacional*, hace un comentario sobre la biografía de Nicolás Palacios y su contacto con los sectores populares, para destacar cómo se fue gestando en él :

Un profundo deseo, una necesidad imperiosa e irrefrenable de reivindicar, de rescatar la dignidad, el legítimo y sano orgullo que debe formar parte de una nación fuerte, segura de sí misma, de su identidad como pueblo, de una nación con sentido de comunidad, de 'común

unidad', de voluntades aunadas en pos de la consecución del bien de todos, del 'bien común' (Avanzada, 1988, p. 14).

Para quien escribe, de quien sólo conocemos las iniciales H.E.F.P, el valor de la obra de Palacios es haber diagnosticado tempranamente el proceso de “decadencia económica, social, cultura, política y, en definitiva, moral, que culminaría el 10 de septiembre de 1973” (Avanzada, 1988, p. 14), siendo este un extenso periodo donde, con posterioridad a la guerra civil de 1891, “el adormecimiento de la voluntad de lucha, el momentáneo olvido de la identidad nacional, fueron consecuencia de la acción desintegradora de las cúpulas político-partidistas y de las internacionales ideológicas” (Avanzada, 1988, p. 15). Esta tesis es relevante, porque identifica en el proceso de la dictadura una realización del proyecto nacionalista de Nicolás Palacios, dando luces sobre los motivos que provocaron el entusiasmo por la figura de Palacios en este contexto en la derecha chilena.

Otro medio de ultraderecha que desde este periodo publicó en diversas oportunidades textos y homenajes a Nicolás Palacios es la revista *Ciudad de los Césares*, una revista que el historiador José Díaz Nieva identifica como un medio de difusión de la ideología “nacional-revolucionaria”, una tendencia “conformada por las posiciones más extremas y extraparlamentarias del neofascismo de postguerra” (Díaz, 2016, p. 68). El redactor en jefe de ésta revista es el abogado e historiador Erwin Robertson, que como hemos señalado publicó una de las primeras reseñas académicas de la obra de Palacios en el contexto de su reedición. En ese texto, Robinson afirma que, como obra científica, *Raza Chilena* carece de valor, pero que su relevancia está dada en el campo del mito, y que éstos en la historia, a pesar de ser falsos han contribuido a que los pueblos tomen consciencia de su identidad nacional (1988, p. 355).

En esta revista, Sergio Fritz publicó en 1995 un artículo en donde plantea que “Palacios es más sociólogo que biólogo. Entender esto nos permitirá alejar todo lo accesorio en los juicios del médico y entrar con fuerza en su pensamiento radical” (1995, p. 28). Esta obra da cuenta del largo proceso de reinterpretación y reconsideración de la obra de Palacios, porque si a comienzos del siglo XX, Encina

consideraba que Palacios “no era propiamente un sociólogo” (Encina, 1911, p. 305), a finales de este siglo se consideraba que a pesar del descrédito del concepto sociobiológico de las razas, la obra de Palacios sí tenía un valor sociológico.

En *Ciudad de los Césares* también se publicaron otros textos menores con motivo del centenario de *Raza Chilena* (Andrade, 2004), o se han publicado artículos poniendo el acento en su preocupación por la *cuestión social* (Vásquez, 2005), incorporando al discurso del nacionalismo radical de fin de siglo algunas de las claves interpretativas más frecuentes de mediados del siglo XX sobre *Raza Chilena*.

Desde una matriz ideológica similar, el Centro de Estudios Chilenos (CEDECH)⁵, dirigido por Pedro Godoy ha reeditado textos de Palacios como la conferencia *decadencia del espíritu de nacionalidad* y sus textos sobre la matanza de la escuela de Santa María. Para los autores del CEDECH, Palacios “invita al orgullo de lo que denomina ‘*raza chilena*’ y que por sobre lo genético, es lo étnico, es decir, lo social” (Godoy, Galarce, Bilbao, & Sepúlveda, 2011, p. 18), demostrando que al igual que el caso de *Ciudad de los Césares*, conceptos como *étnia*, *identidad* o *cultura* son empleados como sustitutos del concepto de *raza*, para sostener la relevancia de la obra de Palacios con posterioridad al declive de la noción de *raza*.

En su libro *Chilenazi. Un siglo de violencia y xenofobia* (2020), el periodista Carlos Basso destaca la centralidad que ha tenido la figura de Palacios en la cultura neonazi chilena, destacando desde bandas neonazis que han publicado canciones en homenaje al autor hasta movimientos nacionalistas o nacionalsocialistas chilenos que han rescatado la figura de Palacios. Basso define a Palacios como “el padre del nacionalsocialismo chileno, el autor que todo neonazi criollo debe leer sí o sí” (Basso, 2020, p. 43). Basso también ofrece algunos antecedentes para ponderar la influencia de Palacios en el ideario del nacionalsocialismo chileno de la primera mitad del siglo XX, al que hemos hecho referencia en el apartado de antecedentes sociohistóricos.

⁵ A pesar de la grandilocuencia del nombre del “Centro de Estudios Chilenos”, es importante acotar que se trata de una organización de escasa relevancia, cuya actividad se reduce al rescate de figuras “malditas” vinculadas al fascismo o nacionalismo chileno.

En *Avanzada, La Ciudad de los Césares* y las publicaciones del CEDECH, se manifiesta el rescate más militante de las ideas de Palacios. Son los referentes contemporáneos del discurso intelectual de lo que hemos caracterizado como racismo chileno en su variante más radical. Es importante tener en cuenta que a pesar de que el concepto de *raza* pasa a segundo plano en la reivindicación contemporánea de la obra de Palacios, persisten en este rescate descafeinado algunos de los elementos más significativos de su pensamiento, como el rechazo a la inmigración y las ideologías foráneas que atentan contra el ser nacional, la identificación de la identidad nacional con determinadas tradiciones y valores y la idea de una excepcionalidad y superioridad chilena en el contexto latinoamericano. Estas ideas dan cuenta de la actualidad política que tienen las ideas de Palacios, reapropiadas y reinterpretadas en el contexto de lo que Balibar ha denominado neoracismo o *racismo sin razas* (Balibar & Wallerstein, 1991).

Una segunda esfera de recepción de la obra de Palacios en este contexto está en el medio académico, donde diversos autores vinculados a las ciencias sociales y las humanidades se han interesado en la obra de Palacios como un antecedente relevante para comprender la cultura o la identidad nacional. Aunque estos trabajos representan una fuente central para comprender la figura de Palacios y los debates en torno a su obra, solo haremos una breve mención de los principales trabajos, pues sus contenidos fundamentales están presentes a lo largo de todo el presente trabajo.

Entre quienes han profundizado en la obra de Nicolás Palacios se puede mencionar en primer lugar al antropólogo Miguel Alvarado, que ha publicado diversos trabajos sobre antropología literaria, el concepto de identidad y antropología filosófica. Alvarado ha planteado en diversas publicaciones que la obra de Palacios representa un hito fundamental en el surgimiento de la antropología filosófica chilena (Alvarado & Fernández, 2011). Para el autor, *Raza Chilena* “puede ser leído como el primer texto de antropología sistemático escrito en Chile” (2004a, p. 34). Alvarado señala que la importancia del texto de Palacios no está en la veracidad de su contenido, sino en el modo en que Palacios escoge “elementos de

la historia misma para levantar categorías conceptuales de interpretación de la realidad sociocultural chilena” (Alvarado, 2004b, p. 2), dando lugar a la construcción de un mito, que “en tanto sistema explicativo, no puede ser evaluado por su verosimilitud, sino por su eficacia” (Alvarado, 2013, p. 69). Para Alvarado, el mito propuesto por Palacios fue verdaderamente eficiente, representando una suerte de revelación política “sin la cual la alianza conservadora liberal no podría en nuestro país haber señalado algún proyecto cultural remotamente coherente” (2004b, p. 4).

En el contexto de un trabajo más amplio sobre la historia de las ideas y la cultura en Chile, Bernardo Subercaseaux, ha dedicado un espacio significativo de su trabajo a la figura de Palacios. Subercaseaux, quien ya había intervenido en los debates sobre la obra de Palacios a fines de los años ochenta, aborda la obra de Palacios en su artículo *Raza y nación: el caso de Chile* (2007) y el cuarto volumen del libro *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, dedicado al nacionalismo y la cultura (2010). El autor da cuenta en estos trabajos del contenido fundamental de la obra de Palacios y de la forma en que el nacionalismo se desempeñó durante las primeras décadas del siglo XX como fuerza cultural dominante (2010, p. 11).

El historiador Luis Corvalán Márquez aborda la figura de Palacios en un libro sobre el nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile (2009a), y en un artículo sobre el racismo en el pensamiento latinoamericano, donde comenta la obra de Nicolás Palacios, de Francisco Encina y del boliviano Alcides Arguedas (2009b). El trabajo historiográfico de Corvalán permite contextualizar teóricamente la obra de Palacios en relación al nacionalismo étnico de comienzos del siglo XX, e identificar las influencias teóricas y las ideas políticas del médico chileno, con un detallado análisis del pensamiento reaccionario europeo y su recepción en latinoamérica y Chile.

El sociólogo Jorge Larraín, en su obra *Identidad chilena*, destaca la obra de Palacios como una fuente relevante para comprender algunas versiones de la identidad chilena. Larraín señala específicamente la centralidad que tiene la obra de Palacios en la construcción de la versión racial-militar de la identidad chilena (Larraín, 2014, p. 147).

El historiador Horacio Gutiérrez aportó elementos fundamentales para la comprensión de la exaltación que hace Palacios de la figura del *roto* chileno. Para Gutiérrez, la obra de Palacios:

Constituye un intento de demostrar la superioridad racial del *roto*, cuya segregación social ocurriría por la ignorancia y decadencia de la clase media y alta, contaminada por las razas latinas que se habían infiltrado en la inmigración europea (Gutiérrez, 2010, p. 126).

En el mismo ámbito, el historiador Gabriel Cid menciona a la figura de Palacios como un autor relevante para comprender el proceso de invención del *roto* como símbolo nacional (Cid, 2009).

En este periodo también se produce una reflexión sobre el aporte o lugar de Palacios en el contexto de campos disciplinarios más específicos, donde se ha estudiado su influencia en los estudios antropométricos y en la investigación sobre pueblos originarios en Chile (Martínez, 2017; Martín, 2007), en el discurso historiográfico chileno (Pinto, 2016) y en la lingüística, donde se ha destacado la reivindicación que hace Palacios del español popular chileno como un antecedente del nacionalismo etnolingüístico (Rojas, 2016). También se han publicado textos que abordan aspectos más específicos de la obra de Palacios, como su actitud frente a la inmigración (Mazzei, 1994).

En la última década, a medida que ha crecido el interés en el racismo como problema teórico, diversos autores y autoras se han interesado por la obra de Palacios y han buscado interpretar el lugar de esta obra en el racismo chileno. En este contexto, se han publicado trabajos sobre la relación entre la obra de Palacios y los discursos eugenésicos o inmunitarios en Chile (Walsh, 2015; Kottow, 2015), en la subordinación racializada de las comunidades inmigrantes como principio de construcción de la identidad chilena (Palominos, 2016) y en el vínculo que existe entre racismo y soberanía en Chile (Trujillo, 2017). Estos análisis, de profundo interés para nuestro trabajo, van en sintonía con los argumentos desarrollados en el capítulo siguiente, a propósito de la crítica genealógica del racismo chileno.

Capítulo III. Genealogía del racismo chileno

En los capítulos anteriores hemos hecho una caracterización del concepto de raza chilena formulado por Nicolás Palacios, y una descripción de los debates y transformaciones de este concepto en el ámbito del discurso público político. Lo que se propone en el presente capítulo, como hemos adelantado, es una interpretación teórica de estos elementos, a través de una crítica genealógica que considera tanto el surgimiento del concepto de *raza chilena* como los procesos de transmisión y resignificación de ese concepto.

La tesis que proponemos es que la genealogía del racismo chileno puede ser concebida como la transformación del concepto de raza chilena en un *mito político*. Siendo esta una categoría ampliamente discutida en el contexto de la teoría crítica contemporánea, y que no solamente permite interpretar la aparición del concepto de *raza chilena* como la puesta en escena de un mito sobre los orígenes y el desarrollo de la comunidad nacional, sino que además permite interpretar teóricamente el proceso de transmisión y diseminación del concepto de *raza chilena* en la historia, como el proceso de producción de un mito. Donde la obra de Nicolás Palacios ha devenido, también, en un mito sobre la identidad nacional. Un mito del mito. Pues, si el concepto de raza chilena y el planteamiento de Palacios ha perdido su lugar en el campo del saber científico, como mito político y metáfora de la identidad nacional continúa resonando en la historia nacional.

Lo que nos interesa, sobre todo, es insistir en la necesidad de comprender el racismo chileno a través de su historia, relevando el modo en que la genealogía, como procedimiento de investigación histórico-filosófico permite describir no solo el surgimiento, sino también la formación y diseminación de los conceptos y formaciones discursivas. Introduciendo en la reflexión histórica una serie de categorías y consideraciones que permiten conjurar las hipótesis funcionalistas que predominan en los estudios sobre el racismo, el nacionalismo y el discurso público político en Chile y ofreciendo herramientas teóricas y políticas para una reflexión crítica sobre el racismo.

Genealogía de la *raza chilena*

Un primer tema que nos interesa abordar en esta genealogía es el surgimiento del concepto de *raza chilena*. En específico, las relaciones que se pueden establecer entre el surgimiento de este concepto y la aparición de un discurso histórico que se estructura en base a dos supuestos: la diferenciación étnica del pueblo chileno y la identificación entre raza y nación en Chile, como fundamentos de lo que en el contexto del presente trabajo definimos como *racismo chileno*.

Nuestro planteamiento, basado en las interpretaciones contemporáneas de la obra de Palacios, es que desde que comenzó a difundirse la idea de una raza específicamente *chilena*, se produjo en el país una reconfiguración en la representación histórica de la comunidad nacional, pasando de un imaginario histórico aristocrático, que identificaba la historia de la nación exclusivamente con la historia de la elite criolla, a un imaginario racial de carácter *nacional*, cuyo propósito era nacionalizar al conjunto de la sociedad a través de procesos de cooptación y asimilación selectiva (Subercaseaux, 2010). Este imaginario nacional ha desempeñado un lugar central en la ideología del Estado nacional, como fundamento de un proyecto hegemónico que ofrece una identidad común. Como señala Nolacea:

El Estado nacional ha podido realizar con la ideología nacional lo que nunca pudo el imperio con su religión y su fuerza: ha podido hacer que los sujetos explotados, desposeídos, marginales, y dominados dentro de sus fronteras se sientan partícipes de una identidad común con la clase política y dominante (Nolacea, 2007, p. 9).

La reimaginación de la nación en Chile, a partir de su identificación con la raza chilena, constituye el fundamento de lo que Miguel Alvarado denomina la “chilenidad abstracta” (2004b, p.4). Un discurso histórico-político que basa el vínculo social, y por tanto la soberanía, en la identidad nacional, donde la raza se desempeña como fundamento mítico con sus propios tipos nacionales, narrativas y clasificaciones. Este proceso se puede describir, siguiendo los planteamientos de Balibar, como el proceso de producción de una *etnicidad ficticia*. Como señala el autor:

Ninguna *nación* (es decir, ningún Estado nacional) *posee de hecho una base étnica*, lo que quiere decir que no se podría definir el nacionalismo como un etnocentrismo, sino, precisamente en el sentido de la producción de una etnicidad *ficticia*. Razonar de forma diferente sería olvidar que los ‘pueblos’, como tampoco las ‘razas’, no tienen una existencia natural en virtud de una descendencia, de una comunidad de cultura o de intereses preexistentes. Sin embargo, hay que crear en la realidad (y por tanto en el tiempo de la historia) su unidad imaginaria, *contra* otras unidades posibles (Balibar & Wallerstein, 1991, p. 80).

Desde el surgimiento del racismo chileno, como producción mítica de una *etnicidad ficticia*, la historia de Chile dejó de ser representada como el escenario de un enfrentamiento entre diversas razas, para concebirse como la historia de una raza nacional, chilena, que posee un carácter y una identidad propia, y que está permanentemente amenazada por la degeneración, la decadencia y la infiltración de elementos ajenos al alma nacional o la psicología de la raza, que atentan contra su unidad e integridad. Este discurso, cabe señalar, no solo fue funcional a la estrategia de reconfiguración del proyecto nacional, sino que además implicó la inscripción de la raza chilena en el contexto de un supuesto enfrentamiento universal entre razas, siendo ésta una matriz de análisis desde la cual se interpretaron los principales acontecimientos políticos del periodo a nivel nacional e internacional y se definió el lugar que Chile debía ocupar a nivel continental.

Para comprender el surgimiento del racismo chileno, en relación a la aparición del concepto de *raza chilena*, nos basamos fundamentalmente en la genealogía del racismo que desarrolla Foucault, complementando su enfoque sobre el surgimiento del racismo con algunas tesis sobre la genealogía del racismo criollo en América Latina, que proponen autores como Santiago Castro-Gómez y Patricio Lepe-Carrión vinculados al llamado *giro decolonial*. Procederemos por tanto a desarrollar estas ideas y su utilidad para comprender genealógicamente el racismo chileno en relación en los términos que ya hemos señalado.

La genealogía del racismo que propone Michel Foucault se encuentra desarrollada principalmente en el curso que el filósofo dictó en el Collège de France en 1976, publicado póstumamente bajo el título de *Defender la sociedad*. En ese curso, cuyos aportes para la comprensión del racismo ya hemos esbozado en el marco teórico, Foucault se interesa por el surgimiento del racismo en el contexto de sus investigaciones sobre la posibilidad de concebir la guerra como un “principio eventual de análisis de las relaciones de poder” (Foucault, 2002, p. 33).

Lo que le interesa a Foucault, es la forma en que el discurso histórico-político de la lucha de razas del siglo XVII, como formación discursiva, introdujo por primera vez un principio de fragmentación y heterogeneidad en la representación histórica. Señalando Foucault que hasta ese momento, “la historia nunca había sido más que la historia que el poder se contaba sobre sí mismo” (Foucault, 2002, p. 128).

El discurso histórico tradicional había tenido como única finalidad la intensificación y glorificación del poder. Empleaba la narración histórica como un medio para la justificación y legitimación del poder soberano, y su contenido no era más que una narración del derecho del monarca sobre ese poder, y una rememoración de la antigüedad de ese derecho, con el propósito de legitimar el poder del soberano, que era identificado como el sujeto de la historia.

El discurso histórico-político de la lucha de razas, en cambio, introdujo un nuevo sujeto-objeto de la historia, que se ha denominado nación o sociedad (Foucault, 2002, p. 129). En esta forma de discurso, el sujeto de enunciación ya no ocupa la posición de un sujeto universal, a la forma del jurista o el filósofo, sino que habla desde un “yo” o “nosotros” (Foucault, 2002, p. 57), tomando posición en un enfrentamiento donde “la historia de unos no es la historia de otros” (Foucault, 2002, p. 71), y la victoria de unos es la derrota de otros, introduciendo de este modo una concepción binaria de la sociedad y una nueva forma de representar históricamente los conflictos.

El discurso de la lucha de razas, cuyos contenidos fundamentales ya hemos caracterizado en el marco teórico, se convirtió desde su origen, según Foucault, en “la matriz de todas las formas bajo las cuales, de allí en adelante, se buscarán el

rostro y los mecanismos de la guerra social” (Foucault, 2002, p. 64), incluyendo la moderna lucha de clases.

Foucault señala que hasta fines del siglo XIX, el discurso sobre la lucha de razas funcionó como un discurso contrahistórico (2002, p. 67), debido a que estaba en las antípodas de la historia de la soberanía tal como se había desarrollado hasta ese entonces. En el discurso de la lucha de razas desaparecía la identificación entre el pueblo y su monarca (2002, p. 67), para introducir un principio de conflicto y heterogeneidad. Sin embargo, cuando posteriormente el “tema de la pureza de la raza sustituye el de la lucha de razas” (Foucault, 2002, p. 81), Foucault señala que “nace el racismo, o se produce la conversión de la contrahistoria en un racismo biológico” (2002, p. 81). La genealogía del racismo debe por tanto atender al modo en que el discurso sobre la lucha de razas es desplazado, reconvertido, en el discurso sobre la pureza y defensa de la raza.

Para comprender esta transformación, Foucault plantea que es fundamental atender a la transformación en las lógicas de dominación que tiene lugar en este periodo. Esto implica tener en cuenta “los operadores materiales, las formas de sometimiento, las conexiones y utilizaciones de los sistemas locales de ese sometimiento y, por fin, hacia los dispositivos de saber” (Foucault, 2002, p. 42).

La teoría tradicional de la soberanía era útil para describir la mecánica del poder en las sociedades de tipo feudal, pero entre los siglos XVII y XVIII surgió una nueva mecánica de poder, que más que recaer sobre la tierra y su producto, recae sobre los cuerpos y lo que éstos hacen. A ese tipo de poder, Foucault lo denomina *poder disciplinario* (2002). Es bajo esta nueva forma de poder que comenzaron a introducirse en la lógica estatal discursos disciplinadores y de normalización, marcando un punto de quiebre en que el discurso histórico de la lucha de razas, que había surgido como un discurso contrahistórico, comienza a ser utilizado para legitimar el poder. Es en este contexto que el Estado deja de ser concebido como un escenario para la disputa entre razas y pasa a ser el protector de la superioridad y la pureza de una raza particular (Foucault, 2002, p. 80). En este contexto, el discurso de las razas pasa a ser el discurso del poder, transformándose en:

El discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza dada como la verdadera y la única, la que posee el poder y es titular de la norma, contra los que se desvían de ella, contra los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico. Y en ese momento vamos a tener todos los discursos biológico-racistas sobre la degeneración, pero también todas las instituciones que, dentro del cuerpo social, van a hacer funcionar el discurso de la lucha de razas como principio de eliminación, de segregación y, finalmente, de normalización de la sociedad (Foucault, 2002, p. 65).

Luego de esta transformación, según Foucault, el conflicto ya no se representaba en términos de 'tenemos que defendernos contra la sociedad', como era el caso del discurso contrahistórico que impugnaba el poder soberano, sino que su contenido pasó a ser: "tenemos que defender la sociedad contra todos los peligros biológicos de esta otra raza, de esta subraza, de esta contrarraza que, a disgusto, estamos construyendo" (Foucault, 2002, p. 65-66). Es decir, un discurso de selección racial.

En síntesis, se puede señalar que la genealogía del racismo que propone Foucault describe la forma en que el discurso de la lucha de razas pasó de ser un discurso contrahistórico a un discurso funcional al poder normalizador de las sociedades disciplinarias, un medio a través del cual las sociedades van a ejercer racismo sobre si mismas, lo que permite comprender los usos estatales del racismo.

El argumento desarrollado por Foucault ofrece un punto de partida relevante para la crítica genealógica del racismo chileno, en la medida en que permite distinguir cuáles son los procesos, reconfiguraciones y estrategias a las que es necesario atender para comprender el surgimiento del racismo en las distintas sociedades, y el vínculo que existe entre racismo y discurso histórico. En el caso de nuestro trabajo, consideramos que su propuesta aporta un argumento significativo a la tesis de que el racismo chileno se constituye en el momento en que se generaliza el uso de la categoría de *raza chilena*.

El *racismo chileno* puede ser aprehendido, desde una perspectiva genealógica, como un discurso histórico-político que reactualizó el imaginario colonial de la lucha de razas, donde el discurso de las élites decimonónicas, que representaba a la comunidad nacional como el escenario de un enfrentamiento entre distintas razas, es desplazado por un racismo nacional, que, a través de la reivindicación del mestizaje, afirmó la existencia de una sola raza chilena que se identifica con los destinos de la nación. Es una actualización del imaginario nacional, donde la raza ya no representa un factor de división y enfrentamiento, sino de unidad.

Para poder comprender el surgimiento de este discurso, es importante tener en cuenta la trayectoria histórica del discurso sobre las razas en Chile y latinoamérica, donde el antecedente más próximo del racismo nacional está en el racismo colonial, también llamado *racismo criollo*. Un discurso que tiene sus orígenes en el periodo de la Colonia pero que también desempeñó un lugar central en el surgimiento de los Estados nacionales y en la hegemonía de las oligarquías latinoamericanas. Es sobre la base del discurso colonial sobre las razas que se puede comprender el efecto de ruptura que implicó el discurso sobre la *raza chilena* en el siglo XX, y la relevancia que tuvo para la reconfiguración del proyecto hegemónico de las élites.

En *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez a partir de la idea de que 'América', como objeto de conocimiento, estuvo desde un primer momento en el centro del discurso ilustrado, analiza cómo ese discurso fue leído, traducido y enunciado por los criollos en Nueva Granada.

Castro-Gómez sostiene que la elite criolla basó "su preeminencia social en un imaginario de superioridad étnica" (2005, p. 284), apoyándose en un concepto de blancura y *limpieza de sangre* que era tributario del discurso ilustrado. Estas cualidades eran su capital cultural más valioso, pues "les garantizaba el acceso al conocimiento científico y literario de la época, así como la distancia social frente al 'otro colonial' que sirvió como objeto de sus investigaciones" (Castro-Gómez, 2005, p. 15). La blancura funcionaba en la Colonia como un *habitus*. Para Castro-Gómez:

Ser blancos no tenía que ver tanto con el color de la piel, como con la escenificación de un imaginario cultural tejido por creencias religiosas, tipos de vestimenta, certificados de nobleza, modos de comportamiento y formas de producir conocimientos (Castro-Gómez, 2005, p. 68).

El capital simbólico de la blancura, ostentado por las élites criollas, se fue construyendo a través de diversas estrategias, que le permitieron a este grupo perpetuar su linaje y poder. Su propósito era el de “mantenerse a salvo de cualquier sospecha de ‘mancha de la tierra’, es decir, de trazar una frontera étnica que impidiera la mezcla de sangre con indios, negros, mulatos o mestizos” (Castro-Gómez, 2005, p. 70).

Lo que Castro-Gómez llama el *habitus criollo*, o conciencia criolla, comenzó a madurar durante la segunda mitad del siglo XVIII en América Latina, por lo que “la nación empezó a ser imaginada (o inventada simbólicamente) por los criollos desde mucho antes de la formación de los estados nacionales” (2005, p. 308), y permitió a las élites criollas legitimar su carácter dirigente en la conformación de las naciones latinoamericanas. Desde esa perspectiva, “fue su sentido de superioridad racial sobre las ‘castas’ lo que generó el *ímpetu* para que los criollos imaginaran la nación en América Latina y su posición tutelar en ella” (Castro-Gómez, 2005, p. 308).

¿Pero cómo se expresó este imaginario criollo en la conformación del Estado Nación en Chile? Patricio Lepe-Carrión señala que “la Independencia de Chile, no vino sino a determinar objetivamente la nueva administración de la diferencia epistémica y ontológica que la colonia nos heredó” (Lepe-Carrión, 2016, p. 19), perpetuando la jerarquía de razas del periodo colonial. De acuerdo al autor:

La ‘diferencia colonial’, o dicotomía entre civilización y barbarie, constituye la semilla etnocéntrica que engendrará las conceptualizaciones de la raza y racismo durante los siglos XVIII y XIX, y que, por supuesto, articulará la mirada y el poder panóptico que impregnará paulatinamente el espíritu criollo-elitista con que se irán construyendo los pilares etno-raciales de nuestra ‘comunidad

imaginada' –como diría Bethenson–, o de nuestra nación e identidad chilena (Lepe-Carrión, 2016, p. 80).

La tesis fundamental del autor es que “el ‘pueblo’ chileno se ha hecho tal, sobre la base de una ‘matriz colonial de poder’, que puso el elemento racial como un fundamento esencial en la diferenciación de clases al interior de la nación” (Lepe-Carrión, 2016, p. 326), siendo esta matriz que afirmaba la preeminencia de los criollos blancos y la subordinación de mestizos e indígenas la estructura básica del contrato colonial en Chile, cuya legitimación estuvo dada por una serie de “discursos científicos, políticos, y de prácticas culturales tanto de individuos, como de grupos oligárquicos” (Lepe-Carrión, 2016, p. 326).

La independencia de Chile sólo fue posible por un proceso de purificación de sangre, por un blanqueamiento de las elites mediante la nobleza y la exclusión de los sujetos subalternos. Fueron los blancos criollos quienes llevaron adelante este proceso, que desde un comienzo se concibió en base a una matriz excluyente. Para Lepe-Carrión:

Los indígenas sólo se convertirán en parte de un relato mítico o épico sobre lo nacional; mientras que los mestizos que, digámoslo bien, constituyeron la esencia cuantitativa y cualitativa de las ‘clases bajas’ emergentes de finales siglo XVIII o ‘plebe’ chilena, fueron –al fin y al cabo–, los nuevos condenados de la tierra (Lepe-Carrión, 2016, p. 20).

Al igual que en el resto de América Latina, los criollos chilenos emplearon la ‘raza’ como un criterio de distinción que les permitió perpetuar sus privilegios, y afirmar su superioridad. “Es sobre esta ‘distinción’ o imaginario de superioridad étnica de los criollos sobre los indígenas y mestizos, que se irá construyendo la idea de una nación chilena” (Lepe-Carrión, 2016, p. 171). De acuerdo a Lepe-Carrión:

Si en la conquista y la colonia fueron los nativos principalmente –remedando las palabras de Fanon– los desterrados y condenados en su propia tierra, durante los años previos y posteriores a nuestra

independencia serán los mestizos; ya que son ellos quienes, por un lado, no serán escuchados, y por otro, no serán reconocidos como iguales en dignidad (Lepe-Carrión, 2016, p. 19).

El racismo criollo, anclado fuertemente en un discurso ilustrado, fue el modelo bajo el que se autopercibió la aristocracia hasta el siglo XIX. Sin embargo, y tal como hemos señalado en el apartado de antecedentes sociohistóricos, este imaginario elitista y excluyente comenzó a entrar en crisis a comienzos del siglo XX, en un proceso que hemos caracterizado como crisis de dominación oligárquica.

Desde esta perspectiva, se puede señalar que el surgimiento de la *raza chilena*, que ya no se basa en un ideal de blancura y en una asimilación europea sino en una reivindicación del mestizaje, representa una innovación respecto al racismo colonial, pues hace extensiva la titularidad de *raza* al conjunto de la sociedad chilena. El racismo colonial se basaba en un imaginario excluyente y elitista, mientras que el *racismo chileno* integra, aunque solo discursivamente, a los sectores subalternos, mestizos e indígenas, como una forma de hacerlos parte de la narrativa de la comunidad nacional y de convocarlos para enfrentar las nuevas amenazas que se presentaban a la nación. Es por tanto un discurso de cooptación.

La reivindicación del mestizaje, vale insistir, no implica una ruptura con el imaginario eurocentrista y racista del ideal de blancura, sino que plantea una actualización de este imaginario, desarrollándose un nuevo concepto de selección racial que permite imaginar al conjunto de la comunidad nacional como un grupo cualitativamente superior a los demás países latinoamericanos, y que no debía mezclarse con inmigrantes de la Europa latina ni menos del continente africano.

El racismo nacional no implica una ruptura total con el *contrato colonial*, sino una reconfiguración que permitió incluir en este imaginario supremacista al conjunto de la comunidad nacional, y convertir la desconfianza en la aristocracia y las clases dirigentes en un discurso productivo para el nacionalismo reaccionario.

En síntesis, se puede señalar que el *racismo chileno*, desde su origen, actúa como un discurso cohesionador y diferenciador, que busca incorporar al imaginario

nacional a los sectores subalternos desde una perspectiva homogeneizante, pues identifica en figuras como el *roto chileno* y el *araucano* cualidades raciales que expresan el carácter de la nación. Esto implicó una transformación en el discurso histórico, pues desde ese momento, y para quienes adscriben a las ideas de Palacios, los indígenas y mestizos ya no eran considerados como un obstáculo para la modernización y el progreso de la nación, sino como una fuente histórica de legitimidad y de mitos para la construcción de la nación. De ese modo, la historia de Chile deja de representarse como la historia de un enfrentamiento entre razas, donde por un lado está la raza criolla y por el otro los indígenas y mestizos, para representarse como la historia de una nueva raza histórica, que se define como “chilena” y que se identifica con la comunidad nacional y su desarrollo histórico.

La historia de esta supuesta raza, se convierte, a través del nacionalismo étnico y el racialismo, en una fuente de legitimidad para la comunidad nacional, que ahora dispone plenamente del pasado histórico para la producción de mitos y narrativas, y se identifica históricamente con el desarrollo de esta raza. Étienne Balibar es uno de los autores que más ha insistido en el vínculo que existe entre el racismo y la producción de un discurso histórico. Para Balibar, el racismo es el proceso de producción de una etnicidad ficticia, a través de una identificación entre la historia de la raza y de la nación. De acuerdo al autor, el racismo:

Representa una de las formas más insistentes de la memoria histórica de las sociedades modernas. El racismo es lo que continúa operando la ‘fusión’ imaginaria del pasado y de la actualidad en la que se despliega la percepción colectiva de la historia humana (Balibar & Wallerstein, 1991, p. 74).

Es en base a esta idea que consideramos que el concepto de *raza chilena* propuesto por Palacios representa un fundamento para el racismo chileno, porque es a grandes rasgos el concepto que sustenta este discurso histórico. Sin embargo, y como veremos a continuación, la genealogía no puede ser reducida a una explicación sobre el *origen* de un concepto, sino que debe abordar también su proceso de transmisión y resignificación.

Nicolás Palacios, la genealogía, la historia

En el apartado anterior hemos trazado la genealogía del concepto de *raza chilena* en la obra de Palacios, proponiendo algunas hipótesis de lectura sobre las rupturas y continuidades que existen entre este concepto, como fundamento del racismo chileno, y las distintas expresiones del racismo criollo o colonial.

Hay, sin embargo, una reflexión pendiente sobre los procesos de transmisión y resignificación del concepto de raza chilena hasta la actualidad, que exige una reflexión teórica sobre la forma en que se producen los usos y reapropiaciones de este concepto, que hemos documentado ampliamente en el *Capítulo II*.

Para este propósito profundizaremos en el concepto nietzscheano de *genealogía*, cuyo uso no solo permite comprender el sentido histórico de los conceptos, si no que también permite conjurar todas las limitaciones que la hipótesis funcionalista del nacionalismo tiene para comprender la *formación* de la nación —y de la “raza”— más allá de su *surgimiento* (Hall, 2019). Para esto nos basamos fundamentalmente en *La genealogía de la moral* (Nietzsche, 2018), específicamente en el Tratado Segundo, donde el autor expone algunas consideraciones sobre la genealogía.

La lectura que proponemos de la *genealogía* nietzscheana sigue de cerca la interpretación que propone Michel Foucault en su ensayo *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Un ensayo de 1971 donde el filósofo francés lleva a cabo, tras largos años de estudio, un ajuste de cuentas con la herencia nietzscheana, y aborda con una precisión ejemplar los distintos usos que hace Nietzsche del procedimiento genealógico y la pregunta por el origen (Foucault, 2004).

Nos proponemos también, siempre que vaya al caso, problematizar algunos lugares comunes en torno a la relación que los comentaristas han establecido entre Nietzsche y Palacios. Abordando tanto la evocación del filósofo alemán en la obra del médico como aquellos rasgos de la filosofía de Nietzsche que la ponen en tensión y que abren nuevas posibilidades para una crítica del racismo chileno. El título de este apartado señala, con cierta ironía, esa relación. Como un intento simultáneo de hacer justicia a Nietzsche y de ajusticiar a Palacios.

El problema de la historia está presente en la obra de Nietzsche desde sus primeros escritos. Con apenas 17 años plasmó sus primeras reflexiones sobre el tema en *Fatum e historia* (1862), donde aborda el problema del determinismo histórico a partir de una reflexión sobre la relación entre el *fatum* (o destino) y la libre voluntad (Nietzsche, 2011).

A través de la imagen de sucesivos círculos concéntricos, cada vez más amplios, Nietzsche plantea que existe una homología entre los individuos, los pueblos, la sociedad y la humanidad, y que “al estar el hombre implicado en los círculos de la historia universal surge el conflicto entre la voluntad individual y la voluntad general” (2011, p. 203). Bajo esa lógica, el gran historiador, como el gran filósofo, es aquel que es capaz de deducir de los círculos interiores los exteriores (Nietzsche, 2011), o sea, aquel que en el estudio de un individuo o un pueblo puede identificar rasgos que permitan comprender la experiencia humana en toda su amplitud.

En ese texto temprano, Nietzsche esboza por primera vez la pregunta por la procedencia de las ideas morales, señalando que “del mismo modo que las costumbres son resultado de una época, de un pueblo, de una corriente de pensamiento, también la moral es el resultado del desarrollo general de la humanidad” (2011, p. 202). Nietzsche ya era capaz de concebir, en su adolescencia, cómo las ideas morales no eran eternas y trascendentes, si no que tenían un carácter histórico y un devenir.

Hay también en *Fatum e historia* un planteamiento temprano de algunos de los rasgos más significativos de su método genealógico. A propósito del surgimiento de las ideas y su relación con la esencia humana, Nietzsche problematiza:

cómo esas ideas adquieren vida y forma; se convierten en patrimonio de todos, en conciencia moral, en sentimiento del deber; cómo el eterno instinto de producción las usa como materia para formar otras nuevas; cómo configuran la vida, rigen la historia; cómo en el conflicto unas toman cosas de las otras, y cómo de esa mezcla surgen nuevas configuraciones. Un luchar y fluctuar entre corrientes diversas (Nietzsche, 2011, p. 203).

Para Nietzsche las ideas tenían un carácter contingente. Eran el resultado de una constante reelaboración, donde el conflicto social y el devenir histórico marcaban el proceso de transmisión a través del cual éstas ideas eran reapropiadas, reconfiguradas y mezcladas.

La preocupación de Nietzsche sobre la forma en que nos relacionamos con el pasado histórico se profundiza con sus estudios de filología. En 1872 publica *El nacimiento de la tragedia*, donde la dicotomía entre fatum e historia es desplazada por las figuras de lo apolíneo y lo dionisiaco. Para Nietzsche, lo dionisiaco representa lo caótico y vital y lo apolíneo lo formal y rígido. Lo que le interesaba a Nietzsche era comprender el modo en que ambas fuerzas coexistían en la tragedia griega, antes de que lo dionisiaco fuese desplazado (Nietzsche, 1985).

Luego de este trabajo, Nietzsche inicia el proyecto de las *Consideraciones intempestivas*. Una serie de ensayos donde busca ajustar cuentas con los pensadores de su época y con la cultura alemana en general. Su conocimiento filológico y el trabajo del mundo clásico le permiten al autor, en su opinión, observar su propio tiempo con distancia. Por lo que reflexiona *intempestivamente* sobre las contradicciones del recientemente unificado mundo germánico y mira con cierto escepticismo el nacionalismo exacerbado derivado de la guerra franco-prusiana y los usos que se hacían de la historia en ese contexto.

En la segunda de sus consideraciones intempestivas, titulada “*Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*”, Nietzsche aborda el problema planteado en el título del ensayo. Para el filósofo, “lo ahistórico y lo histórico son en igual medida necesarios para la salud de un individuo, de un pueblo o de una cultura” (2009, p. 331). Para Nietzsche:

Es menester que el hombre, para poder vivir, tenga la fuerza de destruir y liberarse del pasado, así como que pueda emplear dicha fuerza de vez en cuando. Esto lo consigue llevando el pasado a juicio, instruyendo su caso de manera dolorosa, para, finalmente, condenarlo, ya que todo pasado es digno de ser condenado (Nietzsche, 2009, p. 346).

Cualquier uso del pasado histórico debe ser siempre crítico. Para Nietzsche, “necesitamos la historia, pero la necesitamos de un modo distinto a la del ocioso mimado en el jardín del saber” (2009, p. 323). La cultura histórica, de la que tanto se enorgullecía su tiempo, era para el filósofo una debilidad, porque solo debilitaba el instinto y le permitía al poder fundamentarse en una supuesta objetividad histórica. Plantea Nietzsche una crítica a los *hombres históricos*, que son aquellos que creen:

Que el sentido de la existencia saldrá cada vez más a la luz en el transcurso de un proceso, de ahí que sólo miren hacia atrás para, a través de la consideración de los procesos anteriores hasta el momento actual, comprender el presente y aprender a desear el futuro de manera más intensa; pero no saben hasta qué punto es ahistórica su manera de pensar y actuar en la Historia y en qué medida su ocupación histórica no es un instrumento del conocimiento puro sino de la misma vida” (Nietzsche, 2009, p. 334).

A este tipo de mentalidad, Nietzsche contrapone la idea de lo suprahistórico, como un punto de vista que permite reconocer el carácter arbitrario de todos los sucesos históricos, permitiendo reconocer “la única condición de cualquier suceso histórico: la ceguera e injusticia de los hombres que actúan” (2009, p. 333).

En cuanto a los usos de la historia, Nietzsche distingue en ese texto tres formas de la historia: la monumental, la anticuaria y la crítica. La historia monumental es útil a quien “necesita actuar y esforzarse” (2009, p. 336), por lo que busca inspiración en el pasado, en la contemplación de las grandes gestas y héroes de otros tiempos

La historia anticuaria es aquella que busca “conservar y venerar” (2009, p. 336) el pasado, dando dignidad a lo pequeño y lo caído en desuso. Es una forma de historia útil para aquellos que buscan evitar que lo grande surja, por lo que se basa en una excesiva admiración por la grandeza del pasado. La historia anticuaria es útil para conservar la vida, pero no para engendrarla.

El último de los usos de la historia es la historia crítica, que le pertenece a aquel que “sufrir y necesita liberarse” (2009, p. 336). La historia crítica lleva el pasado a juicio y lo condena. El problema de esta historia, para Nietzsche, es que no considera que nosotros también somos el resultado de procesos históricos, por lo que en la negación del pasado debe haber también una reflexión sobre cuánto de lo que nosotros somos proviene de la historia.

En el contexto de sus investigaciones sobre la moral, Nietzsche comienza a percibir que la investigación filológica sobre el origen de los conceptos no capta toda su riqueza, y que junto con la aparición de los conceptos es necesario también atender a su desarrollo. En *Aurora* (1881) el filósofo aborda críticamente la idea de que podemos comprender algo remitiéndonos exclusivamente a su origen:

Siempre se daba por supuesto que la salvación del hombre tenía que depender de ese llegar a ver y comprender el origen de las cosas: mientras que nosotros ahora cuanto más nos ocupamos con el origen menos afectados nos vemos en nuestros intereses; es más, que todo el aprecio y el ‘interés’ que hemos puesto en las cosas empiezan a perder sentido cuanto más atrás retrocedemos con el conocimiento y nos acercamos a las cosas mismas (Nietzsche, 2014, pp. 512-513).

Es en la *genealogía de la moral* donde Nietzsche expone con mayor claridad sus cuestionamientos a la búsqueda metafísica del *origen*, y la distancia que existe entre esa forma de filosofar, ahistórica, y su propuesta genealógica (Nietzsche, 2018).

Foucault señala que la genealogía nietzscheana se caracteriza por un fuerte escepticismo de todas las *génesis lineales*, como narraciones de la historia que describen la formación de los conceptos “como si las palabras hubiesen guardado su sentido, los deseos su dirección, las ideas su lógica; como si este mundo de cosas dichas y queridas no hubiese conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias” (Foucault, 2004, p. 11). En contra de esta consideración metafísica del origen, “lo que encontramos en el comienzo histórico de las cosas no es la identidad aún preservada de su origen, –es su discordancia con las otras cosas–, el disparate” (Foucault, 2004, p. 19).

Foucault propone, en su interpretación de la genealogía nietzscheana, una distinción entre los conceptos de origen [*ursprung*] y procedencia [*herkunft*] (Foucault, 2004). El concepto de origen, vinculado al concepto griego de *arkhé* [ἀρχή] es cuestionado por Nietzsche porque tiene una carga metafísica, en el sentido de que remite a un principio invariable, por fuera de la historia.

El concepto de procedencia, en cambio, se hace cargo del carácter dinámico de las ideas. Es un concepto vinculado a la noción de proceso, que no pone el acento en un comienzo ahistórico sino en el modo en que las cosas han llegado a ser lo que son. El vocablo alemán *herkunft* expresa, por tanto, de un modo mucho más específico el propósito de la genealogía nietzscheana, porque implica un *venir* hacia acá, un proceder. No es tan solo el origen, sino también la distancia respecto a ese origen, el proceso de su devenir.

En este estudio sobre la procedencia de la ideas el *sentido histórico* es fundamental. Como señala Foucault, “el genealogista tiene la necesidad de la historia para conjurar la quimera del origen” (Foucault, 2004, p. 23). Es por eso que Nietzsche, junto con criticar la búsqueda del origen, emprende una crítica contra aquellas filosofías que consideraba ahistóricas, porque la falta de sentido histórico impide comprender el proceso de creación y desarrollo de los conceptos y las ideas.

En la *genealogía de la moral*, Nietzsche contrapone las hipótesis metafísicas que se “pierden en el azul del cielo” (Nietzsche, 2018, p. 34) al gris de los papeles y documentos. Lo que a Nietzsche le interesa y sirve para su proyecto es “lo fundado en documentos, lo realmente comprobable, lo efectivamente existido, en una palabra, toda la larga y difícilmente descifrable escritura jeroglífica del pasado” (Nietzsche, 2018, p. 34). Es el sentido histórico lo que reintroduce en el devenir todo lo que la filosofías trascendentales o metafísicas habían considerado inmortal.

En el párrafo §12 del segundo tratado de la *genealogía de la moral*, Nietzsche profundiza en el procedimiento genealógico y plantea otra precaución: La genealogía no solo no corresponde a la búsqueda de un *origen* puro de los conceptos, sino que también se opone a aquellas interpretaciones que buscan explicar los conceptos y las ideas exclusivamente a través de su *finalidad* o función.

Para Nietzsche, “la causa de la génesis de una cosa y la utilidad final de ésta, su efectiva utilización e inserción en un sistema de finalidades, son hechos *toto coelo* separados entre sí” (2018, p. 111). La no-relación entre el surgimiento de una cosa y su uso final se manifiesta, para Nietzsche, en todo orden de cosas:

Por muy bien que se haya comprendido *la utilidad* de un órgano fisiológico cualquiera (o también de una institución jurídica, de una costumbre social, de un uso político, de una forma determinada en las artes o en el culto religioso), nada se ha comprendido aún con ello respecto a su génesis (Nietzsche, 2018, pp. 111-112).

No hay un desarrollo o despliegue predeterminado o una función social inherente a los conceptos, sino que el devenir histórico de los conceptos es el resultado de diversas relaciones de fuerza, que se expresan a través de las interpretaciones pero también de batallas y enfrentamientos por el sentido. Para Nietzsche: “la forma es fluida, pero el ‘sentido’ lo es todavía más” (Nietzsche, 2018, p. 113).

De ese modo, la historia de los conceptos, incluyendo conceptos como raza o nación, no debe ser concebida como un proceso lineal o teleológico. El desarrollo de los discursos y términos no obedece a un movimiento continuo y progresivo, como despliegue de una significación originaria, si no que es un proceso marcado por una serie de relaciones de fuerza y procesos históricos. No hay que buscar por tanto la genealogía de los conceptos en un plano trascendente, sino en la historia. Como señala Foucault:

Si interpretar fuera sacar lentamente a la luz una significación enterrada en el origen, sólo la metafísica podría interpretar el devenir de la humanidad. Pero si interpretar es apropiarse, violenta o subrepticamente, de un sistema de reglas que en sí mismo no tiene significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro juego y someterlo a reglas secundarias, entonces el devenir de la humanidad consiste en una serie de interpretaciones. Y la genealogía debe ser su historia (Foucault, 2004, pp. 41-42).

En síntesis, se puede señalar que la genealogía nietzscheana no busca establecer una identidad originaria de los conceptos ni una deducción de su sentido a través de sus funciones y fines, si no captar la historia efectiva de su formación y despliegue. Bajo esa premisa, se puede entender la genealogía como una historia de las interpretaciones y una puesta en escena de las relaciones de poder y los enfrentamientos que están a la base de los discursos y conceptos, incluso de aquellos que están más naturalizados. ¿De qué manera este procedimiento se relaciona con la crítica del concepto de *raza chilena*?

Una primera idea que rescatamos de la genealogía nietzscheana para la crítica del racismo chileno está en la forma en que la genealogía tensiona la idea del origen. Recordemos que Palacios define su obra como una investigación sobre el origen étnico del pueblo chileno (N. Palacios, 1987), proponiendo la tesis del mestizaje araucano-gótico como origen único de la raza chilena y fundamento de la identidad nacional. La crítica de Nietzsche permite desestabilizar ese fundamento, aún cuando muchos de los argumentos se construyan con un vocabulario semejante.

Una lectura atenta de la forma en que Foucault reconstruye el problema del origen y la procedencia en Nietzsche es fundamental para establecer una distinción clara entre la *procedencia* nietzscheana y la búsqueda del origen del pensamiento racista. Según Foucault, la *herkunft*:

Es el tronco, la procedencia; es la vieja pertenencia a un grupo —el del a sangre, el de la tradición (...). A menudo, el análisis de la *Herkunft* hace intervenir la raza o el tipo social. Sin embargo, no se trata tanto de encontrar en un individuo un sentimiento o una idea, los caracteres genéricos que permiten asimilarlo a otros (...) como de descubrir todas las marcas sutiles, singulares, subindividuales que pueden entrecruzarse en él y formar una red difícil de desenmarañar. Lejos de ser una categoría de la semejanza, tal origen permite separar, para ponerlas aparte, todas las marcas diferentes (Foucault, 2004, pp. 25-26).

En el análisis de la procedencia puede estar presente, como señala Foucault, una referencia a la raza, tipo o incluso a ciertos caracteres nacionales. Pero su evocación está trastocada por la arbitrariedad que para Nietzsche existe tras todos los fundamentos y sujetos. De ese modo, la reconstrucción de la *procedencia* no pasa por la búsqueda de una mezcla pura, sino por la puesta en escena de la *mezcolanza* como única posibilidad. El análisis de la procedencia “permite disociar el Yo y hacer pulular, en los lugares y posiciones de su síntesis vacía, mil acontecimientos ahora perdidos” (Foucault, 2004, pp. 26).

Se puede decir que el racismo procede de forma inversa: buscando en la dispersión una coherencia o unidad a través de materiales históricos. La obra de Nietzsche pone en jaque esta posibilidad, porque el supuesto de la identificación de una *mezcla* es desplazado por la idea de la *mezcolanza*, como pura arbitrariedad. Como dice Foucault, parafraseando al Nietzsche de *Más allá del bien y del mal*:

los alemanes se imaginan haber llegado al máximo de su complejidad cuando han dicho que tenían el alma doble; se han quedado muy cortos, o más bien tratan de dominar como pueden la *mezcolanza* de razas de la que están constituidos. (Foucault, 2004, p. 26).

En su texto, Nietzsche señala que: “El alma alemana es, ante todo, compleja, tiene orígenes dispares, se compone más bien de elementos yuxtapuestos y superpuestos, en lugar de estar realmente estructurada: esto depende de su procedencia” (Nietzsche, 1999, p. 196). Bajo esta lógica se puede establecer una diferenciación entre las tesis de Palacios y las reflexiones de Nietzsche sobre el problema de la procedencia. Para el filósofo:

Un alemán que quisiera atreverse a afirmar ‘dos almas habitan, ¡hay!, en mi pecho’, faltaría gravemente a la verdad, o, mejor dicho, quedaría muchas almas por detrás de la verdad. Por ser un pueblo en que ha habido la más gigantesca *mezcolanza* y rozamiento de razas (Nietzsche, 1999, p. 196).

Su planteamiento está, por tanto, en las antípodas de la reducción que hace Palacios de la raza a dos elementos constitutivos y al despliegue de una identificación originaria. Para Nietzsche, “el alemán mismo no es, *sino que* deviene, ‘se desarrolla’” (1999, pp. 197-198). No existen identidades fijas u originarias, y la genealogía procede desmontando, a través del recurso de la historia, toda hipótesis que vaya en ese sentido:

La historia, genealógicamente dirigida, no tiene por meta encontrar las raíces de nuestra identidad, sino, al contrario, empeñarse en disiparla; no intenta descubrir el hogar único del que venimos, esa patria primera a la que los metafísicos prometen que regresaremos; intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan (Foucault, 2004, pp. 67-68).

Por la búsqueda de la procedencia y la del término se podría pensar, superficialmente, que la obra de Palacios propone a su modo una *genealogía* de la raza chilena, y que un uso correcto del procedimiento genealógico consistiría en reemplazar esta genealogía *racista* por otra, apoyándose en documentos y fuentes históricas. Pero la genealogía, tal como la hemos caracterizado, es un procedimiento que desmonta cualquier hipótesis sobre el origen que se base en una lógica de pureza e identidad. El proyecto de Palacios no corresponde por tanto a una genealogía, sino a una *etnogenia*, como procedimiento histórico contrapuesto a la genealogía.

Retomando los tres usos de la historia que Nietzsche describe en su segunda intempestiva, la genealogía del racismo se puede definir como el uso de la historia *crítica* para develar los procedimientos a través de los cuales el racismo y el nacionalismo han hecho uso de la historia *anticuaria* y la *monumental*. En términos que hemos empleado en el presente trabajo, la genealogía del racismo ofrece una posibilidad para el desmontaje de la *etnicidad ficticia*, revelando la arbitrariedad de todos los supuestos bajo los cuales “el alma pretende unificarse, allí donde el Yo se inventa una identidad o una coherencia” (Foucault, 2004, p. 26).

A pesar de las evidentes contradicciones entre la genealogía nietzscheana y el proyecto intelectual de Palacios, consideramos que es importante hacer referencia al vínculo que existe entre ambos autores, que se manifiesta en las referencias que hace Palacios al filósofo alemán, y sobre todo en los paralelos que los comentaristas han hecho entre ambas personalidades, basándose en los aspectos más reaccionarios de la obra de Nietzsche.

Como es sabido, el pensamiento de Nietzsche, contradictorio y fragmentario, ha sido reapropiado para la teoría crítica desde mediados del siglo XX, a través de autores como Foucault o Deleuze y antes Bataille y Blanchot, pero antes, en el contexto cultural en que se formó Palacios la obra de Nietzsche era una referencia que se asociaba preferentemente al pensamiento reaccionario europeo. Una lectura ocasional de la misma *genealogía de la moral* muestra cómo en su texto aparecen prejuicios racistas y evocaciones de bárbaros y godos como aquellos que tanto fascinaron a Palacios.

Las menciones que hace Palacios de Nietzsche, sin embargo, no desempeñan un papel relevante en su teoría, si no que sirven para ejemplificar sus planteamientos. Cuando habla del porvenir de la raza, se refiere a Nietzsche como un soñador de la humanidad futura, definiendo al filósofo como “el cantor de Darwin” (N. Palacios, 1987, p. 501), ubicando al pensador alemán en el contexto del darwinismo social que tanta fuerza tuvo en sus planteamientos.

En otros tres pasajes hace referencias al filósofo alemán. Palacios fundamenta, por ejemplo, su misogonia y su justificación del maltrato a las mujeres en las ideas de Nietzsche. Señala en su texto: “Zarathustra recibió en una ocasión consejos de una mujer (...) ‘¿tú vas donde las mujeres? No olvides la guasca” (N. Palacios, 1987, p. 302).

Palacios cita también al filósofo para referirse a la severidad con que se debe hacer cumplir la ley. Haciendo referencia a aquel pasaje donde Zarathustra, el personaje Nietzscheano, decía. “no tienes el corazón bastante duro para gobernar al superhombre” (N. Palacios, 1987, p. 292).

Estas referencias ilustran claramente la forma en que el pensamiento de Nietzsche era puesto en circulación por los autores de la época y los aspectos más controvertidos y nefastos de la producción nietzscheana. Significativo ha sido también el vínculo que comentaristas y críticos han hecho entre Nietzsche y Palacios, donde autores como Osses o Fritz han querido ver una suerte de homología entre ambos pensadores. Así queda manifestado en un pasaje citado en el capítulo anterior, donde Osses señalaba que el patriotismo de Palacios era asimilable en muchos aspectos al sustentado por el contradictorio filósofo del superhombre y sus epígonos nazis” (Osses, 1960, p. 117)

Nietzsche ha sido considerado frecuentemente como una de las fuentes que inspiraron el nacionalsocialismo. A pesar del desprecio que el filósofo mostraba a toda forma de nacionalismo o política colectiva, y los aspectos de su obra que ofrecen herramientas para la crítica del racismo y el nacionalismo étnico, hubo efectivamente una apropiación de sus textos y una exaltación de su figura en el contexto de la Alemania nazi. No es materia de este trabajo reconstruir esas relaciones, pero es importante tener en cuenta esa referencia para diferenciar el modo en que la opinión pública ha relacionado la obra de Nietzsche con la de Palacios del modo en que nuestro ensayo ha puesto a trabajar la relación entre ambos pensadores, rescatando sobre todo las herramientas teórico-metodológicas.

Un último aspecto de la genealogía nietzscheana que aporta a la comprensión y crítica del racismo chileno tiene que ver con el escepticismo de Nietzsche frente a la posibilidad de poder comprender un fenómeno o concepto a través de sus *funciones* o *finés*, y la forma en que esta idea contribuye a comprender el proceso de transmisión e interpretación del concepto de *raza chilena*.

En *la genealogía de la moral*, Nietzsche señala que:

Algo que de algún modo ha llegado a realizarse, es interpretado una y otra vez, por un poder superior a ello, en dirección a nuevos propósitos, es apropiado de un modo nuevo, es transformado y adaptado a una nueva utilidad (Nietzsche, 2018, p. 111).

Esta idea es relevante para nuestra interpretación, pues permite establecer un diálogo crítico con las interpretaciones funcionalistas del racismo y el nacionalismo, que comprenden el proceso de formación e imaginación de la nación como un proceso que se remite, casi en su totalidad, a un momento originario. La historia de la nación y el nacionalismo no puede ser una *historia anticuaria*, sino que debe ser una interpretación crítica del proceso de *monumentalización* de los discursos.

La genealogía se hace cargo de la transmisión y la diseminación de los conceptos, pero no busca comprenderlos solo a través de sus significados finales, si no que pone en valor toda la historia de los conceptos, la fluidez de su sentido y su lugar en los diversos momentos de la historia. Esto es particularmente relevante para comprender la historia del concepto de raza. Como señalan De Ruddet, Poiret y Vourc'h:

La producción del lenguaje, aunque sea conceptual (¿o sobretodo cuando es conceptual?) es un hecho social. Contemplar la génesis, la evolución, el abandono o la invención de léxicos en su contexto y su profundidad histórica aclara las elecciones. Esta aproximación, a la vez histórica y crítica, nos obliga también, como lo recuerda siempre Colette Guillaumin, a recordar que las palabras suelen menos perder sus significados anteriores que incluir unos nuevos. No obstante la intención y las precauciones, el pasado de las palabras se sedimenta y persiste -de manera manifiesta o latente- en sus usos ulteriores. En nuestra opinión, éste es típicamente el caso del vocablo 'raza' que, aunque aparentemente totalmente 'sociologizado', sigue remitiendo al sentido biológico fijado en el siglo XIX (De Ruddet, Poiret & Vourc'h, 2010, p. 75).

En ese sentido, la genealogía del racismo chileno no implica solo una mirada al surgimiento del concepto, sino también entender los usos que se han hecho de este concepto en la historia, y cuales son las relaciones de poder que han estado presentes en su transmisión. El concepto de *mito político* permite comprender el *racismo chileno*, simultáneamente, como mito sobre los orígenes y como proyecto.

La raza chilena como mito político

La historia del pensamiento, y de un modo más general la historia de la civilización occidental, ha sido descrita de forma recurrente como una transición progresiva desde el ámbito del *mito* [μῦθος] al *logos* [λόγος]. Bajo esta forma de comprender la historia, el pensamiento racional, o *la razón*, se conciben como instrumentos que permitirían a la humanidad liberarse del cautiverio del mito.

El predominio de esta idea en el pensamiento filosófico, que se puede remontar a la Grecia clásica, tuvo su mayor apogeo con el proyecto moderno ilustrado, que se propuso la superación definitiva del pensamiento mítico a través de un proceso progresivo de racionalización y desmitologización. No obstante, diversas tradiciones críticas han puesto en tensión el supuesto de una separación tan tajante entre ilustración y mito, destacando la persistencia del *mito* en la época moderna.

Adorno y Horkheimer, en *Dialéctica de la Ilustración*, propusieron una lectura de la modernidad y la Ilustración que contrasta con el supuesto de la Ilustración como un proceso estrictamente separado del mito. El planteamiento de los autores se puede sintetizar en la fórmula de que simultáneamente “el mito es ya ilustración” (2007, p. 15), y que “la ilustración recae en la mitología” (2007, p. 15). De acuerdo a esta interpretación, la Ilustración se puede definir como un proyecto de desencantamiento del mundo, que buscaba someterlo al dominio y arbitrio de la razón. De ese modo, a través de la disolución de los mitos y la entronización del saber en la ciencia, la naturaleza quedó reducida a pura materia o sustrato de dominio. Este proceso, y aquí radica el centro de su propuesta, no se desarrolló en oposición al mito, sino que el mito constituye un primer momento de la ilustración.

En los *mitos* antiguos ya se expresaba una vocación de dominio por parte de la humanidad, pues las diversas mitologías buscaban a través de narraciones establecer el origen de la naturaleza, para de ese modo objetivarla. Esto constituye una prefiguración de la pretensión de dominio sobre la naturaleza que caracteriza al proyecto racionalista ilustrado, por lo que el mito sería, para Adorno y Horkheimer, un primer antecedente del proceso en que “el mito se cambia en ilustración y la naturaleza en mera objetividad” (2007, p. 25).

Los autores señalan que, así como el mito era ya ilustración, la ilustración también recae en mitología. Esta idea, que aparentemente contradice la primera fórmula, no es sino su complemento. Para los autores, la civilización entera se ha desarrollado bajo el signo del dominio, lo que ha terminado por negar no solo el mito, sino todo sentido que trascienda los hechos brutos. Así, la ilustración ha caído víctima de su propia lógica reductora y ha retornado a la mitología, a la necesidad y la coacción de la que pretendía liberar a los humanos. En este proceso, se han visto reducidos incluso los mismos conceptos de la ilustración, haciendo que ésta quede atrapada como una *mitología* (Adorno & Horkheimer, 2007).

De esta consideración sobre el proyecto ilustrado se desprende una profunda reflexión sobre los fundamentos míticos del proyecto moderno. Siendo la *dialéctica de la ilustración* una de las primeras manifestaciones de un debate que ha desarrollado ampliamente la filosofía política contemporánea, donde autores como Roberto Esposito, Jean-Luc Nancy y Phillipe Lacoue-Labarthe han reflexionado sobre el lugar del mito y la mitología en el ámbito de la política moderna.

Roberto Esposito, dedica un capítulo al concepto de mito en su obra *Diez pensamientos acerca de la política*. Ubicando esta categoría entre conceptos tan discutidos como *política, democracia o soberanía*, y relevando la importancia que tiene el análisis de este concepto para interrogar los fundamentos onto-teológicos de las categorías políticas modernas (2012). Nancy y Lacoue-Labarthe, por su parte, han publicado una serie de reflexiones sobre el lugar del *mito* en la política moderna. Destacando, para efectos de nuestro trabajo, la interpretación filosófica del mito racial que proponen en *El mito nazi* (Lacoue-Labarthe & Nancy, 2002).

Para comprender el análisis que realizan estos autores, es importante tener en cuenta que al hablar de mito no se está haciendo referencia a un conjunto restrictivo de narraciones cosmogónicas y teogónicas, sino que en la categoría de *mito* también se incluyen todas las narraciones que refieren al origen de una *comunidad*. Los mitos, como narraciones, también “pueden referirse a grandes hechos heroicos que con frecuencia son considerados como el fundamento y el comienzo de la historia de una comunidad o del género humano en general” (Ferrater, 2010, p. 243).

Para ser más precisos, haremos uso del concepto de *mito político*, que permite distinguir específicamente entre aquellas narraciones que remiten al surgimiento del mundo y los dioses, y aquellos mitos que hacen referencia al origen de la comunidad política, siendo esta segunda acepción la que se relaciona con nuestro trabajo.

En relación al mito político, consideramos adecuada la definición de Esposito, quien define el mito como la “fuerza de reunificación que permite al pueblo acceder nuevamente a su propio origen común, y que hace de ese origen el lugar desde el cual y sobre el cual instaurar la unidad del pueblo” (2012, p. 160). En esta forma de concebir el mito aparece no solo la cuestión del origen, sino también la forma en que este origen representa el lugar desde el que se fundamenta la unidad de la comunidad política. Para Esposito, el mito tiene la doble condición de ser “el modelo de una identidad y a la vez su actual efectuación” (2012, p. 160).

Si tomamos en cuenta la definición que hace Esposito, podemos señalar que la *raza* representa el fundamento mítico-político por excelencia, porque la raza representa la marca de una procedencia y el principio sobre el que se sostiene el proyecto de una comunidad por venir. En el mito de la raza se anuda la cuestión del origen y del destino. Como señalan Nancy y Lacoue-Labarthe, la raza “es antes que nada el principio y el lugar de una potencia mítica” (2002, p. 42). A través de la narración histórica de la raza, como mito, se establece un linaje y una procedencia. Pero además de ser un concepto que remite a un origen, la *raza* constituye el centro desde el que se concibe el destino de la comunidad, porque, tal como hemos expuesto en capítulos anteriores, en el mito de la *raza chilena* se establece una identidad entre el destino de la raza y el de la nación.

Los mitos políticos no se producen por fuera del discurso social, si no a través de una apropiación de los distintos mitos, tipos y representaciones que existen en la sociedad, o como lo denominan Nancy y Lacoue-Labarthe, una “*apropiación de los medios de identificación*” (2002, p. 31).

En el presente trabajo ya hemos hecho referencia a la forma en que el racismo chileno se constituye a partir de otros mitos en circulación, como la idea de la continuidad entre la nación chilena y el pasado indígena a través del factor bélico

(Láscar, 2007), la mitología en torno a la figura del araucano que viene de tiempos de Ercilla (Mardones, 2017) y de un modo más reciente el mito nacionalista de que el nacionalismo no nace de influencias extranjeras sino de un conocimiento acabado del ser nacional (Godoy, 1973).

Así mismo, hemos hecho referencia a algunos tópicos recurrentes en la representación de Chile y los chilenos que en la obra de Palacios fueron elevados a la categoría de mito, como la tesis de la diferencia y superioridad étnica de la raza chilena, la idea de las aptitudes militares del roto chileno, y de un modo más general la idea sobre la excepcionalidad de Chile en el contexto latinoamericano.

Que la *raza chilena* constituya en sí misma una forma de mito no es una cuestión ajena al debate sobre la obra de Palacios, si no que representa la interpretación dominante en las últimas décadas, independientemente de la valoración que se tenga de la obra de Palacios. Mario Céspedes, por ejemplo, hace referencia a las *mitologías etnográficas* de Palacios de un modo crítico (1987), mientras que Erwin Robinson, quien reivindica la obra de Palacios como un mito político atribuye un carácter positivo a los mitos políticos, pues han contribuido a que los pueblos “tomen consciencia de su identidad nacional” (1988, p. 355).

El concepto de mito también ha estado presente en algunos de los estudio más relevantes sobre la obra de Palacios y su influencia, como el trabajo de Miguel Alvarado y el de Sarah Walsh. Alvarado, como hemos mencionado, hace hincapié en la necesidad de comprender la obra de Palacios como un mito o revelación política (2004b), mientras que Sarah Walsh, en su artículo “*One of the Most Uniform Races of the Entire World*”: *Creole Eugenics and the Myth of Chilean Racial Homogeneity*, señala que la obra de Palacios desempeñó un lugar central en la conformación del mito de la homogeneidad racial en Chile (Walsh, 2015).

Tenemos por un lado las reflexiones de la filosofía contemporánea sobre el lugar del mito en la política moderna, incluyendo el mito de la raza, y por otra parte el uso del concepto de *mito* en diversas interpretaciones que se han hecho de la obra de Palacios. Sin embargo, hace falta un diálogo entre la perspectiva filosófica y las formas en que se ha abordado el carácter *mítico* de la raza chilena.

La función mito-política del concepto de raza chilena se manifiesta, de acuerdo con nuestra interpretación, fundamentalmente en tres aspectos: en el planteamiento de la *raza chilena* como origen y fundamento de la comunidad nacional, en la consideración de la raza como criterio para establecer los límites de la comunidad bajo un criterio de autenticidad, y en los usos que se han hecho del concepto de *raza chilena* para elevar determinadas figuras, acontecimientos e historias a la categoría de mitos nacionales, donde la obra de Palacios aparece por sí misma como un mito que contiene y expresa el sentido último de la chilenidad.

Establecer que la supuesta *raza chilena* es el origen y único fundamento de la comunidad nacional es problemático, porque, tal como ya hemos señalado, implica que temas como la identidad nacional, la historia o la cultura no sean concebidos como un proyecto colectivo, en permanente realización, sino que corresponderían más bien al despliegue de una identificación originaria, cuya manifestación debe ajustarse siempre a un determinado patrón, o, de lo contrario, la comunidad estará bajo amenaza e incluso bajo riesgo de disolución.

El mito de la *raza chilena* reclama para sí el monopolio de la producción identitaria y el carácter nacional, lo que tiene como consecuencia una perspectiva conservadora de la identidad nacional. Como señala el sociólogo Jorge Larraín:

Si se concibe la identidad nacional como una esencia inmutable y constituida en un pasado remoto, de una vez para siempre, como una herencia intocable, todo cambio o alteración posterior de sus constituyentes básicos implica necesariamente no sólo la pérdida de esa identidad sino que además una alienación. Por el contrario, si la identidad nacional no se define como una esencia incambiable, sino más bien como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la 'comunidad imaginada' que es la nación, entonces las alteraciones ocurridas en sus elementos constituyentes no implican necesariamente que la identidad nacional se ha perdido, sino más bien que ha cambiado, que se va construyendo (Larraín, 2019, pp. 349-350).

El mito de la raza chilena se convierte de ese modo en una suerte de segunda naturaleza, porque los rasgos que constituyen la identidad nacional quedan definidos de una vez y para siempre, lo que se traduce en una defensa del statu quo, porque cada individuo o grupo que no se comporte bajo los criterios que se atribuyen a la identidad nacional puede inmediatamente ser excluido de la nacionalidad.

Este argumento evidencia una de las falacias más habituales del discurso nacionalista, donde las generalizaciones con respecto a ciertos grupos o nacionalidades se hacen apelando a adjetivos calificativos como “verdadero” o, “auténtico”. Entonces, si un individuo no se comporta de acuerdo al estereotipo nacionalista, se defiende la generalización apelando a que ese individuo, en ese caso, *no es un auténtico chileno*. Un problema al que ya hemos hecho referencia cuando abordamos la distinción que hace Palacios entre chilenos de nacimiento y chilenos de raza, pero que puede ser profundizado en relación a la idea de la raza chilena como mito político.

Uno de los rasgos más particulares del concepto de *raza chilena* está en la relación que se establece entre dos conceptos heterogéneos, el de *raza* y el de *nación*. Incluso entre las teorías racialistas más descabelladas y los nacionalismos más radicales, es poco frecuente que la raza se identifique con un Estado nación en particular. Los mitos raciales generalmente se remontan a un pasado pretérito y se circunscriben a un espacio territorial más amplio. El mito de la raza chilena rompe con ambas características, porque en el planteamiento de Palacios la raza chilena es de aparición reciente y se la ubica en el contexto de una nación moderna específica y un territorio determinado. Eso ha llevado a que la cuestión de la selección constituya un rasgo casi obsesivo, pues la única garantía de la autenticidad de la raza es el establecimiento de un linaje y la producción de una diferencia.

El filósofo Gilles Deleuze en *Lógica del sentido* aborda, a propósito de la filosofía platónica, la función que desempeñan los mitos. Para Deleuze:

El mito construye el modelo inmanente o el fundamento-prueba según el cual deben ser juzgados los pretendientes y su pretensión medida. Bajo esta condición, la división persigue y alcanza su propósito que no es la especificación del concepto, sino la autenticación de la Idea (Deleuze, 1994, p. 257).

El mito es, entonces, la apropiación de los medios de identificación con el propósito de producir una diferencia. Es “el relato de una fundación. Es él quien permite erigir un modelo con el que los diferentes pretendientes puedan ser juzgados” (Deleuze, 1994, p. 256).

De acuerdo a la interpretación de Deleuze: “La finalidad de la división no es, pues, en modo alguno, dividir un género en especies, sino, más profundamente, seleccionar linajes: distinguir pretendientes, distinguir lo puro y lo impuro, lo auténtico y lo inauténtico” (1994, p. 256).

El sentido del mito de la raza chilena no debe ser interpretado entonces como la búsqueda de un lugar para esta raza entre el catálogo de razas existentes, si no como una lógica selectiva, que busca ubicar esta raza como el modelo auténtico de la chilenidad y distinguirla de las formas impuras, falsas o inauténticas del ser nacional. No hay por tanto *raza chilena* sin racismo.

Una última consideración teórica sobre las manifestaciones del mito está en el trabajo antes citado de Nancy y Lacoue-Labarthe, quienes plantean que el mito tiene como finalidad encarnarse en una figura o *tipo*. Para estos autores:

Mito y tipo son indisociables. Porque el tipo es la realización de la identidad singular que porta el sueño. Él es a la vez el modelo de la identidad y su realidad presente, efectiva, *formada* (Lacoue-Labarthe & Nancy, 2002, p. 41).

De ahí que consideremos que la mitologización de ciertas figuras o sujetos nacionales es otra manifestación del carácter mito-político del concepto de raza chilena.

La producción del *tipo nacional*, como proyecto y destino del mito se manifiesta en primer lugar en la revaloración que se hace en la obra de Palacios de la figura del araucano, que de acuerdo a Andrea Kottow representa “la admisión de una figura mítica del mapuche, fuertemente orientada en *La Araucana* de Ercilla” (Kottow, 2015, p. 44). Para esta autora:

Palacios no reivindica en *Raza chilena* una figura histórica contingente, que se haga cargo de los problemas surgidos tras la así llamada pacificación de la Araucanía, sino de un indígena literario y mítico, que sirve a sus propósitos terapéuticos de refundación simbólica de la nación (Kottow, 2015, p. 44).

La figura del *godo* también desempeña en el mito racial un carácter decisivo. En la figura del conquistador europeo se manifiesta la herencia de las razas históricas y la expresión más concreta de las virtudes de la selección racial. Pues como hemos señalado, la guerra y las condiciones de la conquista fueron factores que para Palacios se tradujeron en una depuración de la raza conquistadora y en una oportunidad para que esta raza preservara sus cualidades y las heredara en el proceso de mestizaje.

El protagonista indiscutido del trabajo de Palacios es el *roto chileno*. Encarnación del mito racial y *tipo nacional* por excelencia. El roto chileno no solo encarna las virtudes del mestizaje gótico-araucano, sino que es, de un modo mucho más general, el modelo o arquetipo de la nación, la encarnación de lo típicamente chileno.

La emergencia del roto chileno, como hemos señalado obedece a coordenadas políticas muy precisas. Es una figura que se caracteriza fundamentalmente por sus aptitudes militares, pero que también destaca como trabajador abnegado y patriota ejemplar. Es una figura que, como hemos señalado, se contrapone al arquetipo del *proletario*, encarnación del mito revolucionario, pero también es el roto una figura que Palacios contrapone a la oligarquía nacional, cuya crisis como sujeto histórico hemos abordado también ampliamente en este trabajo.

La realización del mito racial pasa en ese contexto necesariamente por una reconfiguración del espacio político, donde nuevos actores irrumpen en la política para encarnar las virtudes del roto chileno. Es bajo esa lógica que se puede comprender la temprana defensa que hace Palacios de la participación de los militares en la vida política y el entusiasmo con que estos recibieron el texto. En las últimas páginas de *raza chilena*, Palacios señala que las condiciones sociales y políticas de Chile “harán pronto desempeñar al ejército un papel mas activo en su rol de sostenedor de las instituciones” (1987, p. 705).

La tesis de Palacios sobre la intervención militar en la política, como bien señala Corvalán Márquez:

A la larga resultó profética, en particular al estructurarse en el seno de las FFAA una mesocracia antioligárquica y antiliberal, a través de cuya acción, a partir de 1924, terminó por derrumbarse el monopolio de la oligarquía sobre el poder político (Corvalán, 2009a, p. 163).

El mito racial es uno de los principales fundamentos de la versión racial-militar de la identidad nacional (Larraín, 2014), que además del texto de Palacios está presente en el libro *Una raza militar* del ex Comandante en Jefe del ejército Indalicio Téllez (1944) y en *El Ciclo Racial* de Miguel Serrano, texto ampliamente comentado en el capítulo anterior tanto por su inscripción en los debates refundacionales de la dictadura civil-militar. De ahí que en su discurso de Chacarillas, el dictador Pinochet apelara al mito racial en su llamado a la juventud:

Nuestra raza y la fibra de nuestra nacionalidad para defender la dignidad o la soberanía de nuestra patria no habían muerto ni podrían morir jamás, porque son valores morales que se anidan en el alma misma de la chilenidad (Pinochet, 1977, p. 12).

La historia del concepto de raza chilena es, por tanto, la historia de un mito político, que representa uno de los artefactos culturales más importantes para comprender la presencia del racismo y el nacionalismo en la cultura chilena y en la llamada invención literaria de Chile.

Conclusiones

El presente trabajo tenía como propósito aportar a la comprensión de la historia del concepto de *raza chilena*, desde su formulación en la obra de Nicolás Palacios hasta la actualidad. Para cumplir con este objetivo se hizo una revisión de antecedentes sociohistóricos y teóricos, y una caracterización del concepto de *raza chilena* a partir de un análisis de la obra de Palacios, una descripción de los debates y transformaciones en torno a este concepto, y una crítica genealógica de estos materiales a partir de debates contemporáneos en torno al *racismo*, la *genealogía* y el *mito político*.

En la revisión de antecedentes sociohistóricos hemos hecho una revisión de la crisis de dominación oligárquica, los principales diagnósticos intelectuales sobre este proceso en el contexto del centenario, y una revisión sobre el lugar que en esa producción crítica desempeñaron los conceptos de raza y nación.

En esa revisión se presentaron los primeros argumentos que muestran el modo en que las ideas de Nicolás Palacios fueron determinantes en la renovación de los discursos sobre la nación y la raza a comienzos del siglo XX, y se plantea la tesis de que esos discursos desempeñaron un papel relevante en la reconfiguración del proyecto nacional, con la incorporación de sectores subalternos al imaginario nacional desde una perspectiva homogeneizante, en un contexto marcado por las tensiones que trajeron los procesos de modernización y diversificación económica, la chilenización de la fuerza laboral en el norte salitrero y la incorporación subordinada de la totalidad del territorio mapuche a la nación chilena.

En el *marco teórico* se abordaron los conceptos de *racismo*, *nacionalismo* y *discurso público político*, contextualizando tanto sus definiciones en el ámbito de las ciencias sociales como algunos debates sobre su aplicación a distintos contextos y procesos sociohistóricos. El apartado concluye con la proposición de que la articulación teórica de los tres conceptos permite dar forma a un concepto que hemos denominado *racismo chileno*, especificando el uso que se hace de este concepto en el presente trabajo y la delimitación de sus ámbitos de aplicación.

La definición que se ofrece de *racismo chileno*, en ese contexto, es que se trata de una forma de discurso racista basada en la idea de la existencia y superioridad de una *raza chilena* y en las formas del discurso nacionalista que sustentan ese concepto, bajo el supuesto de la diferencia étnica y la homogeneidad de la raza. Este discurso se constituye y reproduce en la esfera del discurso público político.

En el *argumento metodológico* se expuso una serie de consideraciones sobre las principales decisiones metodológicas que orientan nuestro trabajo, a través de los conceptos de *interpretación, crítica, archivo y genealogía*. El planteamiento más relevante del apartado está en la idea de que la investigación vincula la reflexión teórica con el trabajo de archivo. En este apartado también se puede encontrar una primera aproximación a la genealogía como procedimiento histórico-filosófico y *crítica del archivo*.

A continuación, el texto se estructura en tres capítulos o ensayos, cada uno de los cuales buscó dar respuesta a uno de los objetivos específicos de nuestro trabajo.

En el primer capítulo, *Nicolás Palacios y la raza chilena*, se hace una revisión del concepto de *raza chilena* y su vínculo con el surgimiento y consolidación del racismo chileno, tomando como referencia la biografía de Nicolás Palacios y sus principales textos.

Entre los principales aportes de este capítulo está la proposición de que la obra de Nicolás Palacios, y sus tesis sobre la existencia de la *raza chilena*, constituyen un fundamento para el racismo chileno. Este planteamiento es apoyado por distintos fragmentos de la obra de Palacios, que muestran de qué manera se establece una distinción entre chilenos de nacimiento y chilenos de raza, se hace una exaltación de figuras o tipos nacionales como el roto chileno, se propone una tesis sobre el origen araucano-gótico de la raza chilena y se toma distancia de aquellos discursos que reivindicaban la influencia latina en la conformación de la identidad chilena, para relevar el vínculo con naciones de origen germánico o anglosajón. Un argumento que Palacios emplea para fundamentar su desconfianza en las élites, la diferencia que existiría entre Chile y los demás países de latinoamérica y la superioridad de la *raza chilena* en el contexto de las jerarquías de razas.

El capítulo también presenta e interpreta fragmentos que ilustran el vínculo que existe entre las ideas de Nicolás Palacios y el nacionalismo étnico de comienzos de siglo XX. Consideramos que la identificación del nacionalismo de Palacios como una manifestación del *nacionalismo étnico* es un aporte de este trabajo, que permite comprender de un modo más específico el proyecto político de Nicolás Palacios y su concepto de identidad nacional.

En la bibliografía académica generalmente no se hace distinción entre nacionalismo cívico y étnico, lo que ha llevado a que se pierda el énfasis en el carácter selectivo y excluyente que tiene su concepto de comunidad nacional y el vínculo que existe entre su trabajo y el nacionalismo militante en Chile.

Finalmente, consideramos que es un aporte del trabajo la proposición de que la biografía de Nicolás Palacios es relevante para comprender su producción teórica, y que la participación de Palacios en eventos como la Guerra del Pacífico o el auge de la industria minera en el norte es relevante para comprender el contenido político-social de su propuesta. Hasta el momento existían solo textos de carácter hagiográfico, como la biografía que escribió su hermano, las notas necrológicas que se publicaron con motivo de su fallecimiento y algunas reivindicaciones en periódicos de extrema derecha. Consideramos que los antecedentes que se han expuesto y la relación que se ha hecho entre la biografía y las ideas de Palacios es un aporte relevante para comprender lo que hemos definido como racismo chileno.

Entre los temas que se pueden seguir profundizando está la tarea de llevar a cabo una comparación más detallada entre los planteamientos de Palacios y las ideas de los autores más relevantes del racialismo europeo, con el propósito de identificar de una forma más precisa cuál es el lugar específico que cada uno de los autores citados desempeña en la configuración de la tesis de la *raza chilena*, donde muchas veces aparecen como un todo homogéneo. Sin embargo, y tratándose esta de una de las primeras aproximaciones sistemáticas que se hacen al trabajo de Palacios, consideramos que se ha cumplido el objetivo de caracterizar los contenidos fundamentales de la obra de Palacios y los argumentos relevantes para la genealogía del racismo chileno.

En el segundo capítulo se hizo una revisión de los debates en torno al concepto de *raza chilena* y la obra de Palacios, caracterizando las transformaciones que ha habido en su recepción y la valoración que se ha hecho del texto en diversos contextos, desde la publicación de *Raza Chilena* hasta la actualidad.

El principal aporte de este capítulo a los estudios críticos del racismo está en la recopilación y revisión de diversos materiales, considerando tanto bibliografía académica como columnas de opinión, noticias, cartas al director y la historia del monumento de Thauby. Estos materiales, que hasta donde sabemos nunca habían sido considerados en un trabajo académico, han sido interpretados y puestos en contexto, con la identificación de al menos cuatro momentos en la recepción de la obra de Palacios.

En el estudio del periodo *científico* (1904-1945) hemos hecho una caracterización del contexto de difusión del texto y de los primeros comentarios del texto, analizando las interpretaciones de Guevara y Unamuno y profundizando en las críticas que estos conocedores de la realidad española y mapuche hacen de la interpretación de Palacios. Así mismo, hemos hecho un aporte en la sistematización de las críticas de Encina y Cabero y sus diferencias con la obra de Palacios. Este aporte es relevante, porque al ser contemporáneos, y compartir un marco de análisis, muchas veces se pasan por alto las diferencias. La principal conclusión es que a pesar de que los autores tuvieran críticas a la interpretación de Palacios, era un contexto donde el concepto de *raza* tenía una amplia aceptación y la obra de Palacios se discutió como un texto con valor científico, aún cuando se discrepara de sus tesis.

El segundo periodo, que hemos caracterizado como *social* (1945-1973) está marcado por el declive del concepto de raza y la institucionalización de las ciencias sociales, donde diversos ensayistas e intelectuales buscaron en la obra de Palacios un antecedente al pensamiento social en Chile. Este periodo se caracteriza porque en la interpretación de la obra de Palacios el concepto de *raza* es desplazado a un segundo plano, y se relevan conceptos vinculados a la nación y comunidad nacional. Uno de los aportes del trabajo, vinculado con la interpretación del capítulo anterior, ha sido demostrar como el racismo se presenta en estas lecturas.

Es en este periodo donde se comienza a considerar a Palacios en el contexto del ensayismo chileno, donde sectores progresistas y socialmente comprometidos comienzan a valorar el contenido “patriótico” de su obra y donde se comenzó a discutir la obra en un contexto más amplio de referencias teóricas e historiográficas, por lo que hemos concluido que en este periodo se valora la obra de Palacios *a pesar* de sus ideas sobre la raza y no *a partir de* estas, como en el periodo anterior.

A pesar de los elogios que se hacen de la figura de Palacios, es evidente que en ese periodo su obra desempeñaba un lugar marginal en el discurso público político y el debate intelectual, una opinión de Teillier que parece estar respaldada por la historia del monumento y por el escaso interés que había por reeditar el texto de Palacios, que ya en ese entonces era de difícil acceso.

Esta situación cambió en el tercer periodo, que hemos denominado *cultural* (1973-1987), que a su vez está subdividido en dos periodos marcados por dos hitos: el golpe militar (1973) y la reedición del texto (1986). En este periodo la obra de Palacios comenzó a ser rescatada por intelectuales vinculados al régimen militar o al nacionalismo chileno, quienes veían en la obra de Palacios una clave para comprender la identidad nacional y dar respuesta a la situación de crisis. En este periodo comienzan también a proliferar interpretaciones *patrimoniales*, que se interesaron por la obra de Palacios desde una perspectiva académica.

Lo más relevante de este tercer periodo está dado por el uso que se hace de la obra de Palacios como un fundamento para relevar la importancia del factor racial-militar en la conformación de la identidad nacional. En este capítulo se da cuenta del modo en que la obra de Palacios fue recogida en la formación de militares y en los debates intelectuales del régimen, demostrando que más allá del *apagón cultural* que se ha empleado para describir el periodo de la dictadura militar, existió interés por desarrollar una política cultural y reconstruir un proyecto hegemónico, donde la pugna entre neoliberales y nacionalistas se resuelve a favor de los primeros. En este periodo histórico destaca el hito de la reedición del texto de Palacios, cuyo contexto hemos caracterizado ampliamente junto a una revisión de los prólogos que acompañaron esta reedición.

El último periodo, que denominamos *político* (de 1987 a la actualidad) está marcado por la politización de los debates sobre la obra de Palacios y el racismo, donde las opiniones en torno a la obra de Palacios comienzan a dividirse entre quienes consideraban que era importante rescatar la obra de Palacios por su carácter nacionalista y defensa de la identidad nacional, y quienes consideraban que la obra de Palacios era un testimonio del racismo y el proyecto de la dictadura militar. De ahí que se recupere la figura, presentada a inicios del trabajo, de *Raza Chilena* como un documento de cultura y un documento de barbarie. En este periodo, y con el término de la dictadura, comienza a discutirse la obra de Palacios en revistas y publicaciones de carácter político y en contextos académicos.

Lo relevante de este último apartado es el modo en que los debates en torno a la obra de Palacios comenzaron a configurar un discurso público político, que comenzó en medios de prensa pero que luego se trasladaría a publicaciones partidarias y contextos institucionales. La disponibilidad de ejemplares del texto de Palacios, y el interés que existía en el periodo por los debates en torno a la identidad nacional, permitieron que la obra de Palacios pudiese ser sometida a una crítica textual, lo que permitió que ya en la década de los ochenta se problematizara el contenido racista del texto de Palacios y se propusieran lecturas sobre su deriva política, tanto entre quienes rescataban la obra como entre quienes eran sus detractores. Se presentan además en este contexto las primeras interpretaciones de la obra de Palacios en el contexto de los estudios críticos del racismo, donde se emplearon conceptos como *raza* y *nación* para comprender la obra de Palacios.

En conclusión, se puede señalar que con los materiales que teníamos disponibles, se pudo llevar a cabo de forma satisfactoria una descripción de los debates y transformaciones en torno al concepto de *raza chilena* en el discurso público político por más de un siglo. Siendo este un archivo que ofrece diversos materiales y documentos para la genealogía del racismo chileno.

Entre los temas que se pueden seguir profundizando está la relación que hay entre las lecturas de *Raza Chilena* que hemos descrito y otros textos culturales, literarios y científicos, para situar la transmisión del texto en un contexto más amplio.

En el tercer capítulo, *Genealogía del racismo chileno*, se llevó a cabo una interpretación teórica del material presentado en los dos capítulos anteriores, a través de una *genealogía del racismo chileno*, que considera tanto el surgimiento del concepto de raza chilena como los procesos de transmisión y resignificación de ese concepto.

Primero se lleva a cabo una genealogía del concepto de *raza chilena*, donde se muestra el vínculo que hay entre la aparición del concepto y el surgimiento de un discurso sobre la diferenciación étnica del pueblo chileno y la identificación entre raza y nación. La tesis que se propone es que la obra de Palacios marcó la transición desde el racismo criollo a una forma de *racismo nacional*. Para esta interpretación se plantea una revisión del concepto de raza chilena a través del aporte de la genealogía del racismo de Michel Foucault y las genealogías decoloniales del racismo criollo en América Latina.

Se puede señalar, a modo de conclusión, que el *racismo chileno* constituye un discurso histórico-político que reactualizó el imaginario colonial de la lucha de razas, pasando de la representación colonial de un enfrentamiento entre distintas razas a una forma de racismo donde se postula la existencia de una única raza chilena, que debe ser defendida y perfeccionada. El *racismo chileno* actúa, por lo tanto, como un discurso cohesionador y diferenciador, que incorporó al imaginario nacional figuras como *el roto chileno* y *el araucano*, que ya no eran un obstáculo para el desarrollo de la nación sino una fuente de legitimidad para su reimaginación. En base a esos antecedentes, proponemos que el concepto de *raza chilena* propuesto por Nicolás Palacios es central para comprender el surgimiento del *racismo chileno*.

En el segundo apartado del capítulo se hace una caracterización de la genealogía nietzscheana, mostrando cómo este procedimiento no busca establecer una identidad originaria de los conceptos ni deducir su sentido a través de sus fines, sino captar la historia efectiva de su formación. Nietzsche sospecha de todo desarrollo teleológico de los conceptos, develando su arbitrariedad, y la forma en que estos se han constituido a través de relaciones de poder y violencia. La genealogía es una historia de las interpretaciones que permite reconstruir la aparición de los conceptos.

Entre las conclusiones de este apartado se puede señalar la idea de que la genealogía se opone al racismo (etnogenia), porque a través de su sospecha del *origen* pone en tensión toda posibilidad de una *mezcla pura*, al estilo de Palacios, recurriendo a la historia efectiva para mostrar que en el origen no está la pureza, sino el accidente, el conflicto y la *mezcolanza*.

La propuesta nietzscheana está, por tanto, en las antípodas de la reducción que hace Palacios de la génesis de la raza a dos elementos. A través de una interpretación nietzscheana, se puede introducir el devenir en la pregunta por la identidad nacional, mostrando como en el origen de la nación no hay un fundamento trascendente, sino procesos como la conquista española, la chilenización forzada del norte y el despojo de las tierras del sur. Procesos que Palacios presenta de forma mitologizada y que la genealogía puede restituir en su carácter efectivo.

Otro aporte de la genealogía nietzscheana a la comprensión del *racismo chileno* está en la idea de los conceptos no pueden ser aprehendidos ni por un origen ahistórico ni por sus últimas figuraciones, sino que deben ser interpretados y pensados a través de todas las fases y estaciones de su desarrollo histórico. La genealogía también implica no pensar los conceptos como el fruto de un desarrollo lineal y progresivo, sino como la historia del surgimiento de nuevos sentidos e interpretaciones, que no anulan los sentidos anteriores.

En el presente trabajo hemos reconstruido esa historia e insistido en la idea de que no se puede comprender el desarrollo del concepto de *raza chilena* al margen de las relaciones de fuerza y los procesos políticos y sociales que han posibilitado su emergencia, y su presencia en el debate público por más de un siglo. Eso no significa, empero, que haya una necesidad histórica del racismo o del nacionalismo. Se trata más bien de pensar el discurso público político sobre la “raza chilena” como un proceso en disputa. Entendiendo la aparición del concepto y su transmisión como un problema de *comunicación política*.

Para comprender este proceso se propone el concepto de *mito político*, que permite describir la trayectoria del concepto y su uso en la historia.

El último apartado comienza con una caracterización del concepto de *mito político*. Comentando los debates sobre los conceptos de *mito* y *mito político* en la filosofía contemporánea, desde los trabajos de Adorno y Horkheimer a los trabajos de Roberto Esposito sobre el mito y Nancy con Lacoue-Labarthe sobre el *mito nazi*. Lo relevante de este recorrido es el lugar que se otorga al *mito político* como narración sobre el origen y destino de una comunidad política.

En base a las definiciones comentadas, se destaca la idea de que la *raza* es el mito político por excelencia, porque representa la marca de la procedencia y el principio sobre el que se sostiene el proyecto de comunidad. Luego se analizó el modo en que se manifiesta la función mito-política del concepto de raza chilena, a partir del planteamiento de la raza chilena como origen y fundamento de la comunidad nacional, como criterio para establecer los límites de la comunidad bajo un criterio de autenticidad, y como argumento para establecer *tipos nacionales* y producir otros mitos. Siendo *Raza Chilena* de Nicolás Palacios un mito del mito.

En el análisis se plantea que el mito de la *raza chilena* reclama para sí el monopolio de la producción identitaria y el carácter nacional, concibiendo la identidad chilena como un despliegue de la raza chilena y no como una construcción colectiva y dinámica. Se habla de ese modo de lo *auténticamente chileno* y se hace una exclusión dentro de la comunidad nacional según este criterio.

El mito de la raza chilena opera a través de una selección, que busca ubicar esta raza como modelo auténtico de la nacionalidad y distinguirla de formas impuras, falsas o inauténticas.

Finalmente, se aborda el modo en que el mito se encarna en figuras o *tipos*, problematizando el lugar que en este mito desempeñan la figura del *araucano*, el *godo* y sobre todo el *roto chileno*, como síntesis del mito racial. En la emergencia del *roto chileno*, como tipo nacional, se abre un espacio para la irrupción de nuevos actores en la política, que serían representantes legítimos del mito racial. Es bajo esta idea que hemos interpretado el uso del mito racial para justificar la intervención de los militares en la política, considerando la defensa de Palacios a los militares, el ibañismo y a la presencia del mito racial en los discursos de Pinochet.

El principal aporte de este apartado es el esfuerzo que hemos hecho por dar consistencia teórica a la tesis de la *raza chilena* como mito político. Si bien este concepto había sido empleado en otras oportunidades, no había una definición clara ni se había ahondado en las implicancias de esta definición.

Una vez presentados los principales aportes y conclusiones de cada uno de los capítulos, se puede hacer una conclusión general del presente trabajo, integrando las distintas dimensiones y ofreciendo una reflexión sobre nuestro objetivo general. Como hemos señalado, el objetivo del presente trabajo era comprender cómo se ha desarrollado la historia del concepto de *raza chilena*, desde su formulación en la obra de Nicolás Palacios hasta la actualidad.

En base al análisis teórico y documental que hemos realizado, consideramos que la genealogía del racismo chileno puede ser caracterizada como el proceso a través del cual el concepto de *raza chilena* se ha transformado en un mito político.

Esta tesis implica, en primer lugar, que se entienda el surgimiento del concepto de *raza chilena* como la producción de un mito sobre el *origen* de la comunidad nacional. Como hemos señalado, el interés de Palacios por la cuestión racial no tenía un interés científico o académico, sino que buscaba influir en los criterios de quienes tomaban decisiones políticas e intervenir en el debate político desde una perspectiva nacionalista. En ese contexto, lo que surge con la obra de Palacios es un mito sobre el origen de la comunidad nacional, que repercute en la forma en que los chilenos se conciben a sí mismos, entienden su relación con los demás países latinoamericanos, y conciben el lugar que el país debe desempeñar en el contexto internacional. Incliniéndose hacia el mundo anglosajón en desmedro de la Europa latina y la unidad continental.

En segundo lugar, consideramos que el concepto de *mito político* también se ajusta a la interpretación que hemos realizado del proceso de transmisión y diseminación del concepto de *raza chilena* en la historia. Donde, por una parte, la obra de Palacios ha dejado de ser considerada como un texto científico para considerarse una metáfora de la identidad nacional, y por otra parte, la figura misma de Palacios y su obra se han convertido en un mito nacionalista en sí mismo.

El carácter *mítico* del concepto de raza chilena implica que su poder de convocatoria no está dado por su veracidad o verosimilitud, si no que se expresa y reactualiza permanentemente en la capacidad que el mito de la *raza chilena* tiene de interpelar a los sujetos y recoger los contenidos del mito en la imaginación de la comunidad nacional.

Aquí es importante tener en cuenta que, a pesar de que el racismo opere en mayor o menor medida en la conformación de todas las comunidades nacionales, no hay un carácter inherentemente racista o totalitario a cualquier forma de comunidad. La clave está en imaginar la posibilidad de una comunidad que no se reduzca a una identificación originaria, como la raza, sino que sea consciente de su devenir y su heterogeneidad.

La genealogía que hemos trazado en el presente trabajo puede ser un aporte a esa reimaginación, siempre teniendo en cuenta que esta genealogía no es una historia definitiva, sino una entre las muchas interpretaciones que se pueden hacer del desarrollo que ha tenido la comunidad nacional bajo el concepto de *raza chilena*. La genealogía nunca tiene un carácter definitivo, porque implica volver una y otra vez a los materiales de archivo, a la historia efectiva, con el propósito de desarrollar hipótesis de lectura, y encontrar nuevos caminos para entender nuestro *llegar a ser*.

Es importante tener en cuenta que la transformación o crítica del racismo no pasa solo por reinterpretar la historia y poner en escena la historia de violencias y conquistas que subyace a los grandes monumentos y textos, si no que hay que hacer algo con esa historia. Porque el procedimiento genealógico nos ha mostrado que la historia no está en ideas trascendentes o un plano metafísico, sino que es la materialización de distintas luchas y procesos históricos.

Nos permitimos, entonces, traer a la memoria y concluir este trabajo con una cita del joven Marx, que en su *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* señaló que: “el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material debe ser abatida por la fuerza material” (Marx, 2016, p. 99).

Procedencia de las imágenes

Figura 1. Fernando Thauby, “Raza Chilena” u “Homenaje al Dr. Palacios”. Fotografía de *Plataforma Urbana*.

Figura 2. Fernando Thauby, “Raza Chilena” u “Homenaje al Dr. Palacios”. Fotografía de *Biblioteca Nacional Digital*.

Figura 3. Fernando Thauby, “Raza Chilena” u “Homenaje al Dr. Palacios” en el Barrio Pila del Ganso. Fotografía de *Las Últimas Noticias*; “Raza Chilena” u “Homenaje al Dr. Palacios” en Santa Cruz. Fotografía de: Serrano, M. (2005). *El ciclo racial chileno*. Santiago: La Nueva Edad.

Figura 4. Fernando Thauby, “Raza Chilena” u “Homenaje al Dr. Palacios”. Fotografía de @curiosoarte [Instagram].

Bibliografía

- Adorno, T. (1984). *Crítica cultural y sociedad*. Madrid: Sarpe.
- Adorno, T. & Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Akal.
- Afondo. (1987). Raza Chilena. *Afondo(5)*, p. 34.
- Alvarado, M. (2004a). Notas sobre narración e ideología frente a la diversidad latinoamericana. *Revista de ciencias humanas. Universidad Tecnológica de Pereira*, pp. 23-44.
- Alvarado, M. (2004b). La modernidad maldita de Nicolás Palacios. Apuntes sobre Raza chilena. *Gazeta de Antropología(20)*, pp. 1-9.
- Alvarado, M. (2013). *Aculturaciones. El vacío de la cultura o el delirio de la identidad*. Santiago: Cuarto Propio / Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.
- Alvarado, M., & Fernández, H. (2011). Una narración fundacional para una antropología filosófica chilena: Raza Chilena de Nicolás Palacios. *Cinta Moebio(40)*, pp. 47-63.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas*. México: FCE.
- Andrade, G. (2004). Cien años de Raza Chilena. *Ciudad de los césares(70)*, pp. 22-26.
- Angenot, M. (2012). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Arancibia, J. (2006). *Comunicación política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*. Santiago: ARCIS.
- Arancibia, P. (1986). Recepción y crítica a Raza Chilena: los comentarios de Miguel de Unamuno. *Dimensión Histórica de Chile(3)*, pp. 63-98.
- Araya, H. (1987, 1 de junio). Dos obras históricas. *El Mercurio de Valparaíso*, p. 7.

- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Avanzada (1988). Nicolás Palacios y el rescate de la identidad nacional. *Avanzada*(51), pp. 14-15
- Balibar, É. & Wallerstein, I. (1991). *Raza, Nación y Clase*. Madrid: IEPALA.
- Balibar, É. (2016). *La proposición de la igualibertad*. Barcelona: Herder.
- Barranco, C. (2001). Las fuentes documentales en trabajo social. *Servicios sociales y política social*(53), pp. 131-149.
- Basso, C. (2020). *Chilenazi. Un siglo de violencia y xenofobia*. Santiago de Chile: Aguilar.
- Besio, C. (1987, 27 de junio). Raza Chilena. *El Mercurio*, p. A2
- Benjamin, W. (2018). Tesis sobre el concepto de historia. En W. Benjamin, *Iluminaciones* (pp. 307-318). Madrid: Taurus.
- Boladeras, M. (2001). La opinión pública en Habermas. *Revista Anàlisi*(26), pp. 51-70.
- Brahm, E. (1987, 26 de julio). La controvertida obra de Nicolás Palacios. *El Mercurio*, p. E3.
- Buitrago-Carvajal, H. (2015). La metodología investigativa de la Ontología crítica del presente o historia arqueo-genealógica. *Revista Quaestiones Disputatae*, pp. 168-184.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2008). ¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault. En *Transform, Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional* (pp. 141-167). Madrid: Traficantes de sueños.
- Cabero, A. (1926). *Chile y los chilenos*. Santiago: Nacimiento.

- Cardoen, C. (1987). Presentación. En N. Palacios, *Raza Chilena* (p. VII-XII). Santiago: Ediciones Colchagua.
- Carmagnani, M. (1984). *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Carrasco, H. (2002). El discurso público mapuche: noción, tipos discursivos e hibridez. *Estudios filológicos*(37), pp. 185-197.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cespedes, M. (1987). *Disparates de Palacios*. Revista Hoy(515), pp. 42-43.
- Chatterjee, p. (2000). El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas. En A. Fernández (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 123-164). Buenos Aires: Manantial.
- Cid, G. (2009). Un ícono funcional: la invención del *roto* como símbolo nacional, 1870-1888. En G. Cid & A. San Francisco (eds.), *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (pp. 221-255). Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Cid, G & San Francisco, A. (eds.) (2009). *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Cid, G & San Francisco, A. (eds.) (2010). *Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Correa, S., Figueroa, C., Jocelyn-Holt, A., Rolle, C., & Vicuña, M. (2001). *Historia del siglo XX chileno: balance paradójico*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Corvalán, L. (2009a). *Nacionalismo y Autoritarismo durante el siglo XX en Chile*. Santiago: Universidad Católica Silva Henríquez.
- Corvalán, L. (2009b). Tres autores racistas en el pensamiento latinoamericano: Arguedas, Palacios y Encina. *Mapocho*(65), pp. 65-74.

- De Rudder, V., Poiret, C & Vourc'h, F. (2010). En O. Hoffmann, & O. Quintero, *Estudiar el racismo, textos y herramientas. Antología de textos teóricos traducidos al español referidos al estudio del racismo* (pp. 73-101). México: AFRODESC.
- Deleuze, G. (1994). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. (2013). *El Saber: Curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus.
- Díaz, J. (2016). *El nacionallismo bajo Pinochet 1973-1993*. Santiago: Ediciones Historia Chilena.
- Dublé, D. (22 de Marzo, 1905). Acontecimiento Bibliográfico. *El Ferrocarril*. Santiago.
- El Colchagüino (1987, 9 de julio). Nicolás Palacios: "Raza Chilena". *El Colchaguino*, p. 4.
- Encina, F. (1911). Don Nicolás Palacios. *Revista chilena de historia y geografía*(2), pp. 305-312.
- Encina, F. (1964). *Portales*. Santiago: Editorial Nascimento.
- Encina, F. (1997). *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Esposito, R. (2012). *Diez pensamientos acerca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Faletto, E. & Ruiz, E. (1972). La crisis de la dominación oligárquica (1920). En E. Faletto, E. Ruiz, & H. Zelman, *Genesis histórica del proceso político chileno* (pp. 7-31). Santiago: Quimantú.
- Fernández, A. (2000). Introducción. En A. Fernández (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 11-23). Buenos Aires: Manantial.
- Ferrater, J. (2010). *Diccionario de filosofía abreviado*. Buenos Aires: Debolsillo.

- Foucault, M. (1993). ¿Qué es la ilustración? *Daimon Revista de Filosofía*, pp. 5-18.
- Foucault, M. (1995). Crítica y Aufklärung. *Revista de filosofía-ULA*, pp. 1-18.
- Foucault, M. (2002). *Defender la sociedad*. México: FCE.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.
- Foucault, M. (2005). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Foucault, M. (2015). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Fritz Roa, S. (1995). Algunas reflexiones sobre la obra de Nicolás Palacios. *Ciudad de los césares*(41), pp. 28-30.
- Galdames, L. (1905, 17 de mayo). Raza Chilena. *El Imparcial*.
- Gaune, R. & Lara, M. (Eds.) (2009). *Historias de racismo y discriminación en Chile*. Santiago: Uqbar editores.
- Gazmuri, C. (1979). *Testimonios de una crisis: Chile 1900-1925*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Gazmuri, C. (1981). Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero. *Revista Historia*(16), pp. 225-247.
- Gellner, E. (1998). *Nacionalismo*. Barcelona: Destino.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza.
- Geulen, C. (2010). *Breve historia del racismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Godoy, H. (1973). El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX. *Dilemas*(9), pp. 32-38.
- Godoy, P., Galarce, G., Bilbao, W., & Sepúlveda, G. (2011). *Nicolás Palacios. Pasión y doctrina*. Santiago: Centro de Estudios Chilenos CEDECH.
- Gombrich, E. (2011). *La historia del arte*. Londres: Phaidon Press.

- Gonçalvez, L. (1999). *Arqueología del cuerpo. Ensayo para una clínica de la multiplicidad*. Montevideo: TEAB.
- Góngora, M. (2010). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- González, C. (2007). La noción de discurso público en textos escolares de cuarto año de Enseñanza Media. *Revista Signos*(63), pp. 51-79.
- González, R. (1987, 1 de marzo). El corazón que hay en el. *Las Últimas Noticias*, p. 23.
- Guevara, T. (1905). *El libro "Raza Chilena" y sus referencias sobre el sur*. Temuco: Imprenta Alemana.
- Guillaumin, C. (2010). Una sociedad en orden. Sobre algunas de las formas de la ideología racista. En O. Hoffmann, & O. Quintero, *Estudiar el racismo, textos y herramientas. Antología de textos teóricos traducidos al español referidos al estudio del racismo* (pp. 36-52). México: AFRODESC.
- Gutiérrez, H. (2010). Exaltación del mestizo: La invención del roto chileno. *Universum*, 1(25), pp. 122-139.
- Habermas, J. (1973). Öffentlichkeit (ein Lexikonartikel) 1964. En J. Habermas, *Kultur un Kritik* Francfort: Suhrkamp.
- Habermas, J. (1997). Historia y crítica de la opinión pública. Barcelona: Ediciones G. Gili.
- Hobsbawm, E. (2000a). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2000b). Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy. En A. Fernández (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 173-184). Buenos Aires: Manantial.
- Iglesias, R. (2017). *La conformación del Estado nacional chileno durante el siglo XIX: educación, nación y ciudadanía [tesis doctoral]*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- Instituto Nacional de Derechos Humanos. (2017). *Informe anual. Situación de los derechos humanos en Chile 2017*. Santiago de Chile: Instituto Nacional de Derechos Humanos.
- Jobet, J. (1956). *Los precursores del pensamiento social de Chile Volumen II*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Klaiber, J. (1978). Los "cholos" y los "rotos": actitudes raciales durante la guerra del pacífico. *Histórica*, II(1), pp. 27-37.
- Kottow, A. (2015). Tramas inmunitarias en la modernidad chilena: Raza, salud y porvenir en Raza Chilena de Nicolás Palacios y Casa Grande de Luis Orrego Luco. *Anales de literatura chilena*(23), pp. 29-52.
- Lacoue-Labarthe, P. & Nancy, J. (2002). *El mito nazi*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- La Tercera (1987, 19 de junio). Raza Chilena, *La Tercera*, p. 3.
- Larraín, J. (2014). *Identidad chilena* (Segunda ed.). Santiago: LOM.
- Larrain, J. (2019). Cultura e identidad nacional en un nuevo contexto migratorio. En N. Rojas & J. Vicuña, *Migración en Chile. Evidencia y mitos de una nueva realidad*. Santiago: LOM.
- Láscar, A. (2007). *Lo chileno en tierra mapuche. Héroes de pluma*. Santiago: Mosquito Editores.
- Latcham, R. (1935). El ensayo en Chile en el siglo XX. *Cuadernos Hispanoamericanos*(46), pp. 56-77.
- Lazzara, M. (2009). Crítica cultural. En M. Szurmuk, & R. Mckee, *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (pp. 60-67). México: Instituto Mora/Siglo XXI.
- Lechner, N. (2006). La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado. En N. Lechner, *Obras Escogidas Tomo I* (pp. 139-336). Santiago: LOM.

- Lepe-Carrión, P. (2016). *El contrato colonial en Chile. Ciencia, racismo y nación*. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala
- Macías, P. (2017). *Esfera pública y sociedad en red: el nuevo sujeto político* (tesis doctoral). Universitat de les Illes Balears, Islas Baleares.
- Mardones, R. (2017). Crisis moral y discursos sobre la psicología del sujeto mapuche a inicios del siglo XX en Chile. En R. Mardones, *invención de la psique nativa. Construcción discursiva de las características psicológicas atribuidas al sujeto indígena en América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Santo Tomás – RIL Editores.
- Martín, S. (2007). Los mapuches y la nación: la urgencia de repensar el problema de la exclusión a través de la deconstrucción del discurso de B. Vicuña Mackenna y N. Palacios. *Historia y patrimonio. Revista de estudiantes de historia UDP*(1), pp. 39-53.
- Martínez, F. (2017). De la antropometría del niño chileno a la antropología araucana. Leotardo Matus: prácticas científicas y mediciones corporales. Chile, 1906-1915. *Palimpsesto*, VIII(11), pp. 56-76.
- Marx, K. (2016). Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción. En K. Marx, *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Massone, P. (1987, 18 de julio). Raza Chilena. *El Mercurio*, p. A2.
- Mazzei, L. (1994). El discurso antiinmigracionista en Nicolás Palacios. *Atenea*(470), pp. 33-54.
- Mazzeo, M. (2013). *El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de 'socialismo práctico'*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Barcelona: Futuro Anterior.
- Memmi, A. (2010). El racismo. Definiciones. En O. Hoffmann, & O. Quintero, *Estudiar el racismo, textos y herramientas. Antología de textos teóricos*

traducidos al español referidos al estudio del racismo (pp. 53-72). México: AFRODESC.

Monzón, C. (1985). Orígenes y primeras teorías sobre la opinión pública: el liberalismo y el marxismo. *Revista de Estudios Políticos*(44), pp. 81-113.

Moreno, J. (2002). Epílogo del traductor. En P. Lacoue-Labarthe & J. Nancy, *El mito nazi*. Barcelona: Editorial Anthropos.

Moreno, R. (2015). El debate académico sobre nación y nacionalismo desde los orígenes hasta la consolidación del predominio anglosajón. *Arbor*, 191(775), pp. 1-13.

Mouffe, C. (2011). *En torno a lo político*. México: FCE.

Neiman, E. (1987, 20 de julio). Raza Chilena. *El Vocero*, p. 6.

Nietzsche, F. (1985). El nacimiento de la tragedia. Barcelona: Alianza Editorial.

Nietzsche, F. (1999). Más allá del bien y del mal. Navarra: Ediciones Folio.

Nietzsche F. (2009). Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [II Intempestiva]. En F. Nietzsche, Friedrich *Nietzsche I*. Madrid: Editorial Gredos.

Nietzsche, F. (2011). *Fatum e Historia*. En F. Nietzsche, *Obras Completas. Volumen I* (pp. 201-208). Madrid: Editorial Tecnos.

Nietzsche, F. (2014). Aurora. En F. Nietzsche, *Obras Completas. Volumen III* (pp. 468-696). Madrid: Editorial Tecnos.

Nietzsche, F. (2018). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.

Nolacea, A. (2007). Introducción. En A. Láscar, *Lo chileno en tierra mapuche. Héroes de pluma* (pp. 9-13). Santiago: Mosquito Editores.

Osses, M. (1960). Apunte crítico al nacionalismo patriarcal en "Raza Chilena", de Nicolás Palacios. *Revista de derecho*(113), pp. 115-151.

Palacios, N. (1987). *Raza Chilena*. Santiago: Ediciones Colchagua.

- Palacios, N. (2011). Decadencia del espíritu de nacionalidad. En P. Godoy, G. Galarce, W. Bilbao, & G. Sepúlveda, *Nicolás Palacios: Pasión y doctrina* (pp. 51-89). Santiago: CEDECH.
- Palacios, S. (1917). El autor de "Raza Chilena" Dr. Nicolás Palacios. Recuerdos íntimos. *Revista Chilena*(2), pp. 535-540.
- Palacios, S. (1918). El autor de "Raza Chilena" Dr. Nicolás Palacios (Conclusión). *Revista Chilena*(3), pp. 47-69.
- Palominos, S. (2016). Racismo, inmigración y políticas culturales. La subordinación racializada de las comunidades inmigrantes como principio de construcción de la identidad chilena. En M. Tijoux, *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración* (p. 187-212). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Palti, E. (2002). *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Peralta, A. (1993). *Ideas de Chile*. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción.
- Pérez, T. (1999). *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Pietrasanta, M. (1987a, 2 de julio). "Raza Chilena" y los latinos. *El Mercurio*, p. A2
- Pietrasanta, M. (1987b, 24 de julio). Raza chilena suma y sigue. *El Mercurio*, p. A2
- Pino, P. (2018, 12 de febrero). Brazos, narices y un compás: las piezas robadas a las esculturas públicas de Santiago. *La Segunda*, p. 16.
- Pinochet, A. (1977). Nueva institucionalidad en Chile. Discursos de S.E. el Presidente de la República General de Ejército D. Augusto Pinochet Ugarte. Santiago de Chile: s.e.
- Pinochet, T. (1909) *La conquista de Chile en el siglo XX*. Santiago de Chile: La Ilustración.

- Pinto, J. (2016). *La historiografía chilena durante el siglo XX*. Valparaíso: América en Movimiento.
- Plataforma Urbana (2014, 11 de septiembre). Arte y Ciudad: "Homenaje al doctor Nicolás Palacios", en el cerro Santa Lucía. *Plataforma Urbana [página web]*. Recuperado de <https://www.plataformaurbana.cl/archive/2014/09/11/arte-y-ciudad-homenaje-al-doctor-nicolas-palacios-en-busqueda-de-la-identidad/>
- Prado, J. (1987, 20 de enero). Raza Chilena, defensa de la nacionalidad. *La Nación*, p. 3.
- Presidencia de la república (1942). *Defensa de la raza : 1939-1941*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad y Modernidad-Racionalidad. En Z. Palermo & P. Quintero, *Aníbal Quijano: textos de fundación* (pp. 59-69). Buenos Aires: Ediciones Del Signo
- Ramos, C. & Falabella, A. (2019). Dispositivo de evaluación educacional y gubernamentalidad en Chile: los orígenes (1844-1970). *Cultura-Hombre-Sociedad*(diciembre 2019), pp. 1-31.
- Richard, N. (2001). *Residuos y metáforas*. Santiago: Cuarto Propio.
- Richard, N. (12 de Octubre de 2018). *Crítica Cultural*. Obtenido de Centro Nacional de Arte Contemporáneo: <http://centronacionaldearte.cl/glosario/critica-cultural/>.
- Rivas, F. (1987). *Sobre "Raza Chilena"*. *Revista Hoy*(517) p. 64.
- Robertson, A. (1987, 11 de julio). Raza Chilena. *El Mercurio*, p. A2.
- Robertson, E. (1988). Nicolás Palacios: Raza Chilena. *Dimensión histórica de Chile*(4-5), pp. 354-356.
- Robertson, E. (2009). De un centenario a otro. En torno a Nicolás Palacios. *Revista 2010*, pp. 36-39.

- Rojas, D. (2016). La historización del español de Chile en Raza Chilena de Nicolás Palacios (1904). *Rilce*, 32(2), pp. 467-488. doi:10.15581/008.32.2.467-88.
- Said, E. (1998). Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad. En H. Foster, *La posmodernidad* (pp. 199-235). Barcelona: Kairós.
- Said, E. (2016). *Orientalismo*. Barcelona: Debate.
- Saiz, V. & Gómez, P. (2009). La colonización empresarial del discurso público político. *Cuadernos de información*(24), pp. 53-66.
- Sánchez, M. & Riobó, E. (2020). Griegos, latinos y germanos en algunos escritos racistas y eugénicos chilenos de la primera mitad del siglo XX. *Revista Historia*(53), pp. 183-210.
- Santa Cruz, E. (2010). *La prensa chilena en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Santiagonostalgico (2019, 3 de junio). Detalle del Monumento al doctor Nicolas Palacios tal como se encontraba en el Cerro Santa Lucía hasta su destrucción. Santiago: Santiago Nostálgico [Página Web]. Recuperado de: <https://www.flickr.com/photos/stgonostalgico/47997104132/>.
- Sennet, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Ediciones Península.
- Serrano, M. (1987). Nicolás Palacios, un pensador excepcional en el mundo de habla castellana. En N. Palacios, *Raza Chilena* (pp. XXXIII-XXXVIII). Santiago: Ediciones Colchagua.
- Serrano, M. (2005). *El ciclo racial chileno*. Santiago: La Nueva Edad.
- Silva, R. (1961). *Panorama literario de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Smith, A. (2000). ¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones. En A. Fernández (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 185-210). Buenos Aires: Manantial.
- Subercaseaux, B. (1987, 18 de agosto). La fanfarria nacionalista. *La Época*, p. 24.

- Subercaseaux, B. (2007). Raza y nación: el caso de Chile. *A contracorriente*, V(1), pp. 29-63.
- Subercaseaux, B. (2010). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo IV Nacionalismo y cultura*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Taguieff, P. (2010). Introducción al libro "El color y la sangre" Doctrinas racistas "a la francesa". En O. Hoffmann, & O. Quintero, *Estudiar el racismo, textos y herramientas. Antología de textos teóricos traducidos al español referidos al estudio del racismo* (pp. 21-35). México: AFRODESC.
- Teillier, J (1965). Nicolás Palacios, olvidado defensor de la chilenidad. *Revista En viaje*, 385, p. 5-7.
- Téllez, I. (1944). Una raza militar. Santiago: La Sud-Americana.
- Thayer, L. (1989). Orígenes de Chile: elementos étnicos, apellidos, familias. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- The Clinic (2012, 7 de enero). El chileno que se anticipó a Hitler. *The Clinic [digital]*. Recuperado de <https://www.theclinic.cl/2012/01/07/el-chileno-que-se-anticipo-a-hitler/>.
- Thompson, J. (1988). Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación Barcelona: Paidós.
- Tijoux, M. (Ed.). (2016). Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración. Santiago: Editorial Universitaria.
- Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- Torres, I. (2010). El imaginario de las elites y los sectores populares. 1912-1922. Santiago: Editorial Universitaria.
- Trujillo, I. (2017). Figuras soberanas del racismo. Elementos para un seminario sobre soberanía y racismo. *Actuel Marx / Intervenciones*, pp. 53-67.
- Tupper, P. (1987). Ideario de Nicolás Palacios. En N. Palacios, *Raza Chilena* (p. XV-XXXI). Santiago: Ediciones Colchagua.

- Unamuno, M. (1968b). *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Santiago: Rhodas.
- UNESCO (1969). Cuatro declaraciones sobre la cuestión racial. Rennes: Oberthu.
- Valdés, J. (1910). *Sinceridad: Chile íntimo en 1910*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- Valdivia, V. (1995a). Nacionalismo e ibañismo. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- Valdivia, V. (1995b). El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952). Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- Valdivia, V. (1996). Camino al golpe: el nacionalismo chileno a la caza de las Fuerzas Armadas. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- Vargas, J. (1977, 10 de julio). Nicolás Palacios. *El Cóndor*. p. 3.
- Vargas, J. (1981, 11 de agosto). Nicolás Palacios. *La Región*. p. 3.
- Vásquez, J. (2005). "Sentirán, destrozados, los lamentos" Nicolás Palacios, Santa María de Iquique y la cuestión social. *Ciudad de los césares*(72), pp. 21-25.
- Vial, G. (1981). *Historia de Chile, 1891-1973. Volumen I, Tomo II*. Santiago: Santillana.
- Vial, E. (1987). Entre góticos y araucanas. *Qué Pasa*(844), p. 31.
- Vial, G (1987). Actualidad de Palacios. *Mundo Diners Club*(59), p. 7.
- Walsh, S. (2015). "One of the Most Uniform Races of the Entire World": Creole Eugenics and the Myth of Chilean Racial Homogeneity. *Journal of the History of Biology*(48), pp. 613-639.
- Wieviorka, M (1994). Racismo y Exclusión. *Estudios Sociológicos*(34), pp. 37-47.
- Wieviorka, M. (2009). *El racismo: una introducción*. Barcelona: Gedisa.